

The background is a light brown, wood-grained texture. A large, dark brown tree trunk with a hollowed-out center is the central focus. Several white, five-pointed stars are scattered around the tree, some hanging from thin lines. In the bottom left corner, a pair of white sneakers with red and blue accents lies on the ground. The title 'En el corazón del bosque' is written in a large, white, serif font across the middle of the tree trunk. Below the title, the author's name 'JOHN BOYNE' is written in a smaller, white, serif font. In the bottom right corner, there is a blue banner with the word 'Lectulandia' in white, serif font.

En el corazón del bosque

JOHN BOYNE

Lectulandia

Una mañana muy temprano, mientras sus padres aún duermen, Noah Barleywater se escapa de casa. En ayunas y sin dinero, se adentra en el bosque y no se detiene hasta llegar a un pueblo donde se encuentra con la tienda de juguetes más especial que cabe imaginarse: no sólo las hermosas marionetas de madera que pueblan los estantes se comportan como si estuvieran vivas, sino que también hay animales, vehículos y todo tipo de objetos inesperados.

Un amable anciano, que fabrica los juguetes, lo invita a comer e intenta averiguar el motivo de su huida, y ante el silencio del niño, le cuenta la historia de su vida. Noah, perplejo, escucha atentamente el relato, lleno de aventuras increíbles, de orgullo por las proezas logradas, pero sobre todo de remordimiento por las promesas no cumplidas. Las palabras del misterioso anciano llevarán al niño a tomar una decisión que cambiará su vida.

Con la sensibilidad y la inteligencia narrativa que lo caracterizan, John Boyne hace un guiño al cuento de Pinocho para crear una fábula sobre la infancia, el dolor y las decisiones que debemos tomar desde que somos niños.

Lectulandia

John Boyne

En el corazón del bosque

ePUB v1.0

Crubiera 29.04.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Noah Barleywater Runs Away*

John Boyne, 2010.

Traducción: Patricia Antón de Vez

Diseño portada: Ediciones Salamandra

Editor original: Crubiera (v1.0)

ePub base v2.1

Para Katie Lynch

1. El primer pueblo

Noah Barleywater salió de casa muy temprano, antes del amanecer, antes de que los perros despertaran, antes de que el rocío dejase de humedecer los campos.

Se levantó de la cama, se puso la ropa que había dejado preparada la noche anterior y bajó con sigilo por las escaleras, conteniendo el aliento. Había tres peldaños flojos que crujían, así que los pisó con extrema precaución, procurando hacer el menor ruido posible.

En el vestíbulo, tomó el abrigo del colgador, pero no se puso los zapatos hasta que hubo salido de la casa. Recorrió el sendero hasta la verja, la abrió y luego la cerró tras de sí, pisando con cuidado para que el crujido de la gravilla no alertara a sus padres.

A esa hora aún estaba oscuro, así que tuvo que entornar los ojos para distinguir la sinuosa carretera que más allá empezaba a ascender. Cada vez habría más luz, y eso le permitiría advertir cualquier peligro que pudiese estar al acecho en las sombras. Una vez hubo recorrido los primeros cuatrocientos metros, en el punto en que aún estaba a tiempo de volver y distinguir su casa en la distancia, contempló el humo que se elevaba de la chimenea de la cocina y pensó en sus padres, a salvo en sus camas y sin saber que él se marchaba para siempre. Y no pudo evitar sentirse un poco triste.

«¿Estaré haciendo lo correcto?», se preguntó cuando una oleada de recuerdos felices trató de sofocar los más recientes y tristes.

Pero no tenía elección. No soportaba quedarse más tiempo allí. Nadie podría culparlo por eso. Además, lo mejor probablemente era que se marchara a abrirse su propio camino en el mundo. Después de todo, ya tenía ocho años, y la verdad era que hasta entonces no había hecho grandes cosas en la vida.

Un niño de su clase, Charlie Charlton, había aparecido en el periódico local cuando sólo tenía siete años, porque la reina había acudido a inaugurar un centro diurno para los ancianos del pueblo. Lo habían elegido a él para obsequiarla con un ramo de flores y decirle: «Estamos encantados de que haya venido, majestad». En la fotografía, Charlie sonreía como el gato de Cheshire al tenderle el ramo, y la expresión de la reina sugería que no le gustaba el olor que percibía pero la buena educación le impedía mencionarlo; era una expresión típica de ella, y a Noah siempre

le provocaba una risita. La fotografía fue colgada al día siguiente en el tablón de anuncios del colegio, y allí siguió hasta que alguien (no fue Noah) le dibujó un bigote a su majestad y escribió unas palabras groseras en un bocadillo, lo que estuvo a punto de provocarle un infarto al director, el señor Tushingham.

El asunto había causado un sonado escándalo, pero al menos Charlie Charlton consiguió que su cara saliera en los periódicos y ser la estrella del patio del cole durante unos días. ¿Qué había hecho Noah en su vida que pudiese compararse con eso? Nada. Sin ir más lejos, unos días antes había tratado de elaborar una lista de todos sus logros, y he aquí lo que recabó:

1. He leído catorce libros de cabo a rabo.
2. El año pasado gané la medalla de bronce en los quinientos metros el Día del Deporte, y habría ganado la de plata si Breiffni O'Neill no hubiera salido antes del disparo y conseguido ventaja.
3. Sé cuál es la capital de Portugal. (Lisboa).
4. Es posible que sea bajito para mi edad, pero soy el séptimo niño más listo de mi clase.
5. Mi ortografía es excelente.

«Cinco logros en ocho años», había pensado, negando con la cabeza mientras chupaba la punta del lápiz, aunque la señorita Bright, la maestra, solía gritarles que no lo hicieran si no querían envenenarse con el plomo. «Eso equivale a un logro cada... —Hizo un rápido cálculo en un papel—. Un logro cada diecinueve meses y seis días. No es muy impresionante que digamos».

Trató de convencerse de que ésa era la razón por la que se iba de casa, porque sonaba más a aventura que el motivo real, algo sobre lo que no quería pensar. Al menos, no tan temprano por la mañana.

De modo que allí estaba, solo, como un joven soldado de camino al frente. Se volvió pensando: «¡Bueno, ya está! ¡Nunca volveré a ver esa casa!», y continuó con el aire de un hombre que sabe que, en las próximas elecciones, tiene todas las probabilidades de ser elegido alcalde. Era importante mostrarse seguro de sí, eso lo aprendió muy pronto. Al fin y al cabo, los adultos tenían la desagradable costumbre de mirar a los niños que viajaban solos como si estuvieran cometiendo algún delito. A ninguno se le ocurría que podía tratarse simplemente de un chaval que iba a ver mundo y correr grandes aventuras. Qué cortos de miras eran los adultos. Ése era uno de sus muchos problemas.

«Tengo que mirar siempre al frente, como si esperase ver a algún conocido —se dijo—. He de comportarme como una persona con un propósito muy claro, así habrá menos posibilidades de que me paren o pregunten quién soy y qué estoy haciendo. Cuando vea gente apretaré el paso, como si temiese recibir un rapapolvo si no llego

puntual a mi destino».

No tardó mucho en arribar al primer pueblo, y para entonces empezaba a tener un poco de hambre, pues no había comido nada desde la noche anterior. Un delicioso aroma a huevos y beicon salía por las ventanas de las casas que flanqueaban las calles. Noah se relamió y miró en los alféizares. En los libros que había leído, los adultos solían dejar allí pasteles y tartas humeantes, para que los niños hambrientos pudiesen birlarlos al pasar. Pero en ese pueblo nadie parecía ser tan tonto. O quizá simplemente no habían leído los mismos libros que él.

Entonces tuvo un golpe de suerte: ante sus ojos apareció un manzano. Un instante antes no estaba, o al menos no lo había visto, pero ahí lo tenía, alto y orgulloso a la brisa del amanecer, con las ramas cargadas de relucientes frutos. Se detuvo en seco y sonrió, pues las manzanas le gustaban tanto que su madre solía decir que algún día, si no se andaba con cuidado, se convertiría en manzana. (Y eso sí que haría que su nombre apareciera en los periódicos, desde luego).

«¡Mi desayuno!», pensó mientras se acercaba al árbol, pero en ese momento la rama más cercana pareció elevarse un poco y replegarse hacia el tronco, como si supiera que el niño pretendía robar uno de sus tesoros.

—¡Vaya! —exclamó Noah, y titubeó antes de dar el siguiente paso.

Esta vez el árbol profirió un sonido gutural, parecido al que hacía su padre cuando estaba leyendo el periódico y Noah le daba la tabarra para que saliera a jugar al fútbol. Además, de no haber sido imposible, habría jurado que el árbol se movía un poco hacia la izquierda, apartándose de él, con las ramas más encogidas hacia el tronco y las manzanas temblando de miedo.

—No puede ser —dijo Noah—. Los árboles no se mueven. Y las manzanas no tiemblan, desde luego.

Sin embargo, el árbol se estaba moviendo. No había lugar a dudas. Hasta parecía estar hablándole. Pero ¿qué decía? Una voz apenas audible susurraba bajo la corteza: «No, no, por favor, no lo hagas, te lo ruego, no, no...»

«Bueno, ya está bien de tonterías a estas horas de la mañana», pensó el chico.

Y se lanzó contra el árbol, que permaneció inmóvil mientras Noah se encaramaba al tronco y arrancaba tres manzanas (una, dos y tres), antes de bajar de un salto. Se metió una en el bolsillo izquierdo, otra en el derecho, y finalmente dio un buen mordisco a la tercera con expresión triunfal.

El árbol ya no se movía; de hecho, parecía un poco mustio.

—¡Bueno, tenía hambre! —se justificó Noah—. ¿Qué querías que hiciese?

No hubo respuesta. Noah se encogió de hombros y se alejó, sintiéndose un poco culpable, pero sacudiendo la cabeza como para dejar atrás aquella experiencia. Iba por una calle adoquinada.

De pronto oyó una voz a su espalda.

—¡Eh, tú!

Se volvió. Era un hombre que se acercaba a él con paso decidido.

—¡Te he visto! —lo acusó blandiendo un dedo nudoso—. ¿Te parece bonito lo que has hecho?

Noah se quedó paralizado un instante, y al punto se volvió y echó a correr. No podía dejarse atrapar a las primeras de cambio. No permitiría que le hicieran volver. Y así, sin titubear, corrió todo lo que pudo para alejarse de aquel hombre, dejando tras de sí una estela de polvo. La estela se elevó hasta convertirse en una nube oscura, que descargó durante el resto de la mañana sobre los jardines y arriates recién plantados en primavera, haciendo que los aldeanos tosieran y escupieran durante horas, sin que Noah se percatara siquiera de que había sido responsable de aquella pequeña calamidad.

No aminoró el paso hasta que estuvo seguro de que ya no lo perseguían, y entonces cayó en la cuenta de que la manzana del bolsillo izquierdo se le había caído mientras corría.

«Qué más da —se resignó—. Todavía me queda la del derecho».

Pero no: esa manzana tampoco estaba, y ni siquiera la había oído caer.

«¡Jo, qué rabia! —pensó—. Pero al menos me queda la que tengo en la mano...»

Pero no: ésa también había desaparecido en algún punto del camino, sin que él lo advirtiera.

«Qué extraño», se dijo, y prosiguió su camino, un poco desanimado ahora, tratando de no pensar en el hambre que tenía. Un mordisco de manzana, después de todo, difícilmente constituye un desayuno adecuado para un niño de ocho años, en especial para un niño que ha salido a ver mundo y correr grandes aventuras.

2. El segundo pueblo

Tardó mucho más en llegar al segundo pueblo que al primero.

Después de lo que le pareció una larga caminata, Noah vio a lo lejos una casa grande de brillante tejado naranja, y se acordó de una excursión que había hecho con su madre unas semanas antes, en la que se habían detenido a tomar té y tarta en un pequeño café que tenía un tejado de aquel mismo color llamativo. Para su alegría, en un rincón de aquel café tenían una máquina *flipper* y había conseguido 4.500.000 puntos en el primer intento, pasando a encabezar la lista de los mejores jugadores y provocando todo un delirio de pitidos y campanillas en la máquina.

«Ése fue otro logro», se dijo, recordando lo contento que se había sentido ante aquel triunfo y lo impresionada que había quedado su madre, en especial cuando ella hizo un intento y no pasó de los 300.000 puntos.

—¿Ha visto eso? —le dijo al camarero, que secaba los vasos con un trapo sucio—. Mi hijo acaba de conseguir cuatro millones y medio de puntos.

—¿Y? —repuso el hombre, como si cualquiera pudiese lograr esa puntuación.

—¿Cómo que «y»? —replicó su madre soltando una risita de perplejidad—. Algún día podría convertirse en campeón del mundo, y entonces usted presumiría ante la gente de que empezó justo aquí, en su local.

—No creo que haya campeonatos del mundo de *flippers* —respondió el hombre, que no parecía muy aficionado a sonreír—. No es lo que se dice un deporte.

—Caminar veinte kilómetros tampoco lo es —contestó la madre de Noah—, y en los juegos olímpicos dan medallas en la categoría de marcha.

Noah sonrió. Le gustaba ver a su madre emocionada por algo que él había hecho, pero le sorprendió que le diera tanta importancia. Todo parecía importarle mucho aquel día.

—No perdamos tiempo. ¿Qué hacemos ahora? —le había dicho a Noah al salir del café, mirando de aquí para allá en busca de más emociones.

En el segundo pueblo había bastante más actividad que en el primero. El sol ya estaba alto y los adultos marchaban a trabajar, con la típica expresión del que habría preferido quedarse en la cama una hora más. La mayoría pasaban presurosos junto a Noah, con maletines y paraguas, porque siempre se temían lo peor, pero hubo dos que lo miraron con suspicacia, conscientes de que no era de allí. Por suerte, nadie tenía tiempo de entretenerse haciéndole preguntas incómodas.

Miró calle arriba y calle abajo, preguntándose si allí también habría un café; quizá así podría jugar otra partida y, si conseguía una puntuación que lo llevara al primer puesto del ranking de jugadores, a lo mejor el dueño le ofrecía un desayuno caliente para recompensar tan magnífico logro. No podía permitirse pagarlo él, por supuesto, pues había decidido no birlar dinero de la cartera de su padre ni monedas sueltas del bolso de su madre. Eso le habría facilitado las cosas en su aventura, claro, pero no quería que sus padres lo recordaran como un ladrón.

Miró alrededor pero no vio sitio alguno que ofreciera la posibilidad de un desayuno gratis, y sintió un repentino agotamiento, pues se había levantado muy temprano y caminado mucho. Sin plantearse siquiera que pudiera parecer grosero, se desperezó y soltó un bostezo de hipopótamo. Y entonces, con los ojos cerrados y los puños apretados, le dio sin querer en el ojo a un señor muy bajito que pasaba por allí.

—¡Ay! —exclamó el hombre, parándose en seco para frotarse el ojo. Miró furioso a su inesperado agresor.

—¡Oh! —exclamó Noah—. Lo siento muchísimo, señor. No lo he visto.

—¿No sólo me atacas sino que también me insultas? —replicó el hombre, la cara roja de indignación—. Puede que sea bajito, pero no soy invisible, ¿sabes?

Desde luego era un tipo de lo más curioso, ni siquiera tenía la altura de Noah, de quien todos decían que era menudo para su edad —aunque no había que preocuparse porque eso cambiaría algún día—. Llevaba una peluca negra que a raíz de la colisión se le había caído al suelo. Cuando la recogió, se la puso al revés sin darse cuenta, dando la sensación de alejarse en lugar de acercarse. En un carrito llevaba un gran gato gris. El minino abrió los ojos un instante, miró a Noah, dio a entender que era un niño del montón y no valía la pena molestarlo, y volvió a dormirse.

—Ha sido sin querer —se disculpó Noah, desconcertado ante la ira del hombre—. No pretendía darle un puñetazo ni insultarlo.

—Y sin embargo has conseguido ambas cosas. Y encima me has retrasado. ¿Qué hora es?

Noah consultó su reloj, pero, antes de que pudiese responder, el hombre soltó un resoplido.

—¡Vaya, no me digas que ya es la hora! —bufó—. Menuda suerte la mía; teníamos cita con el veterinario, y no atiende a los que llegan tarde. Los pone de patitas en la calle. Y si eso ocurre, mi gato morirá. Y todo será por tu culpa. ¡Eres un niño realmente abominable! —concluyó con tono furibundo y la cara lívida.

—Le he dicho que lo siento —insistió Noah, un poco sorprendido, pues si aquel hombrecillo llegaba tarde a su cita difícilmente podría culparlo a él. Sólo lo había entretenido unos instantes. Y si el gato iba a morirse... Bueno, los gatos se mueren y ya está. Su propio gato había pasado a mejor vida unos meses antes y, sí, le hicieron un funeral y se pusieron tristes, pero no había sido el fin del mundo. Su madre incluso

había compuesto una sencilla tonada sobre el gato y la interpretó con la guitarra mientras rellenaban su tumba. Su madre era estupenda para esas cosas, no permitía que las situaciones tristes le estropearan el día.

—A ver, ¿quién eres tú? —preguntó el hombre, inclinándose para olisquear al niño con cautela, como si fuera un cuenco de nata estropeada por no haberla metido en la nevera—. No te conozco, ¿verdad? ¿Qué te trae por aquí? En este pueblo no nos gustan los extraños, ¿sabes? Haz el favor de volver ahora mismo al sitio del que procedes. ¡Y déjanos en paz!

—Soy Noah Barleywater, y sólo pasaba por aquí porque...

—¡No me interesa! —espetó el hombre; y sin más empujó el carrito y se alejó a toda prisa haciendo aspavientos.

«La gente de aquí no parece muy simpática —se dijo Noah observando al hombrecillo—. Y yo que pensaba que éste podía ser el sitio adecuado para empezar de nuevo».

Aquel incidente le dejó un sabor amargo y desde entonces, a medida que cruzaba el pueblo, fue convenciéndose de que todos lo miraban y se disponían a llevárselo en volandas a la cárcel. Poco después advirtió la presencia de un hombre de estatura normal, sentado en un banco leyendo el periódico. Movía la cabeza con pesar, como si los complicados asuntos del mundo le provocaran una gran decepción.

—¡Por todos los cielos! —exclamó de pronto, sosteniendo el periódico con las manos crispadas y expresión de incredulidad ante el artículo que estaba leyendo—. ¡Esto es intolerable!

Noah titubeó un instante antes de acercarse y sentarse a su lado, sintiendo curiosidad por saber qué le resultaba tan asombroso.

—¡Qué espanto! —añadió el hombre, negando con la cabeza—. ¡Un verdadero espanto!

—¿El qué? —quiso saber Noah.

—Aquí pone que han robado unas manzanas de un árbol en... —Pronunció el nombre del primer pueblo que Noah había atravesado esa mañana, y luego leyó—: «El árbol se disponía a ocupar su puesto habitual de las mañanas cuando un joven rufián apareció de repente y se arrojó sobre él para robar tres manzanas y provocar que una cuarta cayera de una rama y se magullara al dar contra el suelo.

»Tanto el árbol como las manzanas han sido trasladados al hospital, donde están evaluando sus heridas. Según los médicos, las siguientes veinticuatro horas serán cruciales».

Noah frunció el entrecejo. Aunque la noticia tenía una curiosa similitud con el incidente ocurrido un par de horas antes, no parecía posible que ya estuviera publicada en los periódicos. Además, ¿constituía eso una noticia? Su padre solía decir que en esos periodicuchos no publicaban nada que valiese la pena, sólo un montón de

cotilleos absurdos sobre un puñado de gente que en realidad no le importaba a nadie.

—¿Es el periódico de hoy? —preguntó con recelo.

—Sí, por supuesto. Bueno, es la edición de la tarde, pero he conseguido un ejemplar anticipado.

—Pero si ahora es por la mañana —le recordó Noah.

—Por eso precisamente es un ejemplar anticipado —respondió el hombre con irritación, volviéndose para mirarlo; se puso las gafas un momento y de repente se las quitó para exclamar con cara de susto—: ¡Por todos los santos!

Noah lo miró, sin saber qué lo asustaba tanto, pero entonces se fijó en el dibujo que había bajo el artículo del ladrón de manzanas: un niño de ocho años, bajito para su edad pero con una buena mata de pelo, le daba un buen mordisco a una manzana. «¿Cómo puede ser?», se preguntó. No había nadie que pudiera haberlo visto. Bajo la imagen se leía en letras mayúsculas:

VÉASE MÁS SOBRE ESTA HISTORIA EN LAS PÁGINAS 4, 5, 6, 7, 14, 23 Y 40. POR FAVOR, TENGAN EN CUENTA QUE ESTE NIÑO ES UNA AMENAZA PARA LA SOCIEDAD Y QUE DEBEN ABORDARLO CON EXTREMA CAUTELA O NO HACERLO EN ABSOLUTO. «Me han llamado cosas peores», pensó Noah, pero el hombre no estuvo de acuerdo, pues empezó a gritar a pleno pulmón.

—¡Es él! ¡Que alguien lo detenga! ¡Al ladrón!

Noah se levantó de un brinco y miró alrededor, seguro de que iban a apresarlo de un momento a otro, pero por suerte nadie parecía estar dispuesto a ello.

—¡Que alguien lo detenga! —se desesperó el hombre cuando el niño echó a correr—. ¡Deténganlo! ¡No permitan que se salga con la suya!

Y ése fue el final del segundo pueblo por lo que a Noah concernía. Corrió y corrió hasta verlo convertirse en poco más que un puñado de edificios que se desvanecía en la distancia, y luego desapareció del todo y Noah ya no consiguió recordar siquiera cómo había empezado aquel enredo.

3. El salchicha servicial y el burro hambriento

Las cosas no tardaron en complicarse. El sendero empezó a difuminarse y los árboles se fundieron unos con otros, para abrirse de pronto. La luz consiguió penetrar para mostrarle el camino, pero al punto se volvió tenue otra vez y el niño tuvo que aguzar la mirada para asegurarse de que seguía la dirección correcta.

Se miró los pies y se sorprendió: el tortuoso sendero había desaparecido del todo y parecía hallarse en una parte del bosque completamente distinta. Allí los árboles eran más verdes, el aire traía un olor más dulce y la hierba se percibía más espesa y mullida bajo los zapatos. Oyó correr un arroyo cerca, pero cuando miró alrededor, extrañado, pues sabía que no había agua en aquel bosque, el arroyo volvió a guardar silencio, como si no quisiera que lo encontrasen.

Noah se detuvo y permaneció inmóvil unos instantes, mirando por encima del hombro hacia el segundo pueblo, pero era imposible ver nada desde tan lejos. En dirección al pueblo sólo había árboles y más árboles que parecían apiñados para ocultar de la vista lo que había detrás. En algún sitio, sin duda, estaba el sendero que había seguido desde que salió de casa por la mañana. Sólo se había desviado una vez, cuando tuvo que correr a ocultarse detrás de un árbol porque se hacía pipí. Luego, cuando se dispuso a proseguir su viaje, no supo si había llegado hasta allí por la derecha o por la izquierda, de modo que eligió la dirección que le pareció correcta y echó a andar.

¿Tal vez había cometido un error? Pero ya no podía hacer otra cosa que seguir caminando, y al cabo de unos minutos lo alivió comprobar que los árboles volvían a abrirse y que en la distancia aparecía un tercer pueblo.

Mucho más pequeño que los dos anteriores, consistía tan sólo en unos cuantos edificios de formas curiosas, situados a intervalos irregulares a lo largo de una única calle. No era lo que esperaba, pero confió en que la gente de allí fuera simpática y lograra por fin comer algo antes de desfallecer del todo.

Al cabo de poco, un edificio muy curioso al inicio de la calle, en la acera de enfrente, despertó su interés.

Si algo sabía Noah sobre las casas era que se construían con paredes en ángulos rectos y con un tejado encima para impedir que la lluvia empapara las alfombras o que los pájaros te ensuciaran la cabeza.

Aquella casa, sin embargo, no era así en absoluto.

La contempló, asombrado de que paredes y ventanas fueran totalmente deformes y que aquí y allá hubiera salientes sin motivo aparente. Y aunque tenía en efecto una techumbre más o menos en el sitio que tocaba, no era de pizarra o tejas, ni siquiera de paja como la de la casa de su amigo Charlie Charlton. Era de madera. Noah parpadeó y volvió a mirar la casa, ladeando un poco la cabeza para comprobar si torcida se veía mejor.

Pero, por curiosa que fuera aquella casa, no lo era nada comparada con el enorme árbol que se alzaba ante ella, medio ocultando de la vista el letrero que había encima de la puerta. Entre las ramas logró distinguir algunas letras: una J en la primera palabra, una CH y una O al final de la última. Aguzó la vista, tratando de utilizar sus rayos X para ver a través de las ramas, hasta que recordó que él no tenía visión de rayos X; ése era un niño de uno de sus libros. Quería ver el letrero y sin embargo no conseguía apartar la mirada del árbol. Por algún motivo, éste había captado toda su atención.

Sí, era alto, pero no más que muchos árboles que había visto a lo largo de su vida. (Su casa estaba junto a un bosque). Llevaban allí cientos de años, o eso le habían dicho; no era de extrañar que alcanzaran semejante tamaño. Con los árboles pasaba todo lo contrario que con las personas: éstas, cuanto mayores eran, más pequeñas parecían volverse. Con los árboles, funcionaba al revés.

Y sí, la corteza de aquél era de un saludable tono marrón, más parecido al de una deliciosa tableta de chocolate que al de una corteza corriente, pero aun así no era más que la corteza de un árbol sano y frondoso; algo que difícilmente puede subyugarte por completo.

Las hojas que pendían de las gruesas ramas eran lustrosas y verdes, pero no más que cualquier hoja que aleteara a la brisa del verano en los árboles del mundo entero; y tampoco eran distintas de las de los árboles que había frente a la ventana de su habitación.

No obstante, en ese árbol había algo extraordinario, y no acababa de explicarse qué era. Algo hipnótico. Algo que le hacía abrir mucho los ojos y quedarse boquiabierto, incluso olvidarse de respirar por unos instantes.

—Supongo que has oído las historias, ¿verdad? —dijo una voz a su derecha.

Noah se volvió en redondo. Era un viejo perro salchicha que se acercaba a él con una sonrisa torcida en el hocico, acompañado por un burro rechoncho que paseaba la vista por el suelo como si hubiese perdido algo.

—Mucha gente viene a echarle un vistazo. No eres el primero, jovencito, y tampoco serás el último. ¡Guau! —Soltó un ladrido al final de su comentario y apartó la mirada, arqueando las cejas altivamente con el aire de quien acaba de hacer un ruido grosero en un ascensor.

—No sé de qué me habla —respondió Noah—. No he oído ninguna historia.

Verá, es que no soy de aquí. Sólo estoy de paso, y este árbol delante de esa casa tan rara me ha llamado la atención.

—Llevas casi una hora de pie en el mismo sitio —dijo el chucho, y soltó una risita—. ¿No lo sabías?

—No habrás visto un sándwich por aquí, ¿verdad? —preguntó el burro alzando la mirada hacia Noah—. Me han llegado rumores de que alguien había perdido un sándwich aquí. Era de carne y mermelada picante.

—No, me temo que no lo he visto —repuso Noah, y deseó haberlo hecho.

—Cuánto me apetece comerme un sándwich —dijo el burro con voz cansina y moviendo la cabeza, tristón—. A lo mejor, si sigo buscando...

—No le hagas caso —intervino el salchicha—. Siempre tiene hambre. No importa cuánto le des de comer, siempre quiere más.

—Tú también tendrías hambre si llevaras más de veinte minutos sin probar bocado —soltó el burro, al parecer un poco dolido.

—Bueno, lo que te he dicho es cierto —continuó el salchicha—. Estabas ahí de pie cuando salí a dar mi paseo, y acabo de volver. Verás, es que todos los días corro por los campos hasta el pozo, así me mantengo en forma. Y tú has estado todo ese rato contemplando el árbol.

—¿De verdad? —preguntó Noah con cara de asombro—. ¿Está seguro? Pensaba que habían sido sólo unos minutos.

—No me sorprende. La gente pierde la noción del tiempo cuando mira ese árbol. Es lo más interesante que hay en nuestro pueblo, desde luego. Aparte de la estatua, por supuesto.

—¿Qué estatua?

—¿Quieres decir que no la has visto? La tienes justo detrás.

Noah se volvió y, en efecto, allí se alzaba una alta estatua de granito de un joven con aspecto furibundo, con pantalones cortos de deporte y una camiseta. Levantaba los brazos en gesto triunfal y bajo los pies, talladas en la piedra, se leían las palabras «DMITRI CAPALDI: RÁPIDO COMO EL VIENTO». Noah se quedó perplejo, pues estaba seguro de que aquella estatua no estaba allí un momento antes.

—¿Tienes alguna golosina? —le preguntó el burro, acercándose tan de repente a hurgar con el hocico en los bolsillos de Noah que éste retrocedió de un salto.

—¡Deja en paz al chico, burro! —espetó el salchicha—. No lleva ninguna golosina encima. —Y añadió mirando a Noah con los ojos entornados—: ¿Verdad?

—No, nada —respondió el niño—. Da la casualidad de que yo también tengo hambre.

—Qué desilusión —comentó el burro con gesto de hacer pucheros—. Qué desilusión tan grande...

—¿Sabes qué? —continuó el salchicha, inclinándose un poco y bajando la voz—.

Hay quienes piensan, y me incluyo entre ellos, que el árbol es más interesante que la estatua. Por eso la gente lo mira tanto rato. Yo mismo intento no mirarlo si puedo evitarlo. En cierta ocasión me perdí por su culpa la fiesta de cumpleaños de un amigo. Dos años seguidos.

—Lo que te perdiste fueron dos pasteles de rechupete —intervino el burro, permitiéndose una sonrisa al recordarlo; tenía humedecidos sus grandes ojos—. Los dos estaban recubiertos de una capa de glaseado, con forma de rosas. Un año el glaseado fue verde y el siguiente, naranja. Ahora me muero de curiosidad por saber de qué color será este año. ¿Crees que será rojo? Podría serlo, ¿no? O quizá azul... — Y tras una pausa añadió—: Claro que también está el amarillo.

—Vale ya, burro —repuso el salchicha—. En el mundo hay muchos, muchísimos colores. Ya lo hemos entendido. No agotemos la paciencia de nuestro nuevo amigo.

—¿No tendrás unos pastelitos escondidos por ahí, por casualidad? —insistió el burro.

—¿Qué tiene de especial el árbol? —inquirió Noah, haciendo caso omiso de la pregunta, y se volvió para mirarlo—. O sea, hay millones de árboles en el mundo.

—Ah, no —contestó el perro sacudiendo la cabeza—. No, ése es un error habitual. En realidad sólo hay uno. Verás, resulta que comparten una raíz universal, en el centro de la tierra, y todos brotan de ahí, de manera que, estrictamente hablando, hay sólo uno.

Noah lo consideró antes de negar con la cabeza.

—Eso no es verdad —concluyó, riéndose un poco ante lo absurdo de aquella afirmación.

Aquello provocó que el salchicha se pusiera a ladrar como un poseso, babeando y enseñando los dientes, y continuó de esa guisa durante unos minutos. El burro se limitó a apartar la mirada y exhalar un suspiro de resignación, antes de hurgar en la hierba con el hocico en busca de algo que pudiese servirle de tentempié.

—Discúlpame —dijo el salchicha, un poco avergonzado, cuando hubo recobrado el control—. Soy así, lo siento. No me gusta que me contradigan.

—Bueno, tranquilo —repuso Noah—. En cualquier caso, parece un árbol muy especial, venga de donde venga.

—Lo es. Y no me importa admitir que es el único árbol del pueblo en el que nunca he... —Se ruborizó un poco y miró alrededor, como si temiese que lo oyeran—. Me refiero a que hay ciertas cosas que los perros hacen fuera y los niños dentro, ya me entiendes.

—Sí —contestó Noah con una risita, sin revelar que él lo había hecho fuera esa misma mañana—. ¿De modo que nunca ha hecho...?

—Ni una sola vez en cincuenta y seis años.

—¿Tiene cincuenta y seis años? —preguntó el chico—. Vaya, entonces tenemos

la misma edad.

—¿De veras? No parece que tengas más de ocho años.

—Claro, tengo justo ocho —repuso Noah—. En años de perro equivale a cincuenta y seis.

El salchicha soltó un bufido y la sonrisa se desvaneció de su cara.

—Me parece un comentario de lo más irreverente. ¿Qué te hace decir algo así? He sido simpático contigo, ¿no? No he hecho comentarios ofensivos sobre tu estatura. —Y añadió con afectación—: O sobre tu falta de ella.

Noah lo miró y lamentó sus palabras.

—Lo siento —dijo, pero no entendía por qué el salchicha se lo había tomado como algo personal—. No pretendía ofenderlo.

—¡Guau, guau! —ladró el perro, y entonces esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. Vale, ya está olvidado. Volvemos a ser buenos amigos. Pero estábamos hablando del árbol... Bien, lo interesante de verdad no es el árbol, sino...

—La tienda que hay detrás —precisó el burro.

Noah miró más allá del tronco hacia la casa deforme, oculta en gran parte por las ramas, como si durante ese rato se hubiesen extendido para protegerla de su inquisitiva mirada.

—¿Qué tiene de interesante? —quiso saber—. A mí me parece sólo una tienda destartalada. Y los constructores no parecen haberse esmerado mucho que digamos. Está hecha sin ton ni son. Me sorprende que un viento fuerte no se la haya llevado.

—Eso te pasa porque no la miras como es debido —explicó el salchicha—. Vuelve a mirar.

Noah fijó la vista en el otro lado de la calle y espiró con fuerza por la nariz, confiando en ver lo que fuera que veía el perro.

—Esa tienda lleva ahí más tiempo del que yo he vivido —añadió el salchicha con tono solemne—. El anciano caballero que vivía ahí, ya fallecido, plantó el árbol ante la puerta hace muchos años para alegrar un poco el sitio. Pero la tienda es mucho más antigua.

—¿Era amigo suyo? Me refiero al dueño.

—Un gran amigo. Siempre me arrojaba un hueso cuando pasaba, y yo nunca olvido esas muestras de amabilidad.

—¿Por casualidad no te quedará alguno todavía? —quiso saber el burro.

—Ya sabes que no. Eso ocurrió hace décadas.

—Roer huesos es una delicia —dijo el burro con convicción, mirando a Noah—. Sí, toda una delicia.

—El hijo del viejo también es amigo mío —continuó el salchicha—. Otro tipo excelente. Vivió aquí de niño, pero luego se marchó durante muchísimo tiempo. Al final volvió, y hoy en día todavía vive ahí. ¡Guau! Mi padre me contó cómo el viejo

plantó una semilla que se convirtió en un arbolillo, y el arbolillo no tardó en volverse un grueso tronco del que brotaron ramas, y de las ramas brotaron hojas, y antes de que alguien en el concejo municipal tuviera tiempo de votar al respecto, este árbol formidable se alzaba en el centro del pueblo. Una historia muy especial, ciertamente.

—Tiene aspecto de llevar ahí varios siglos —comentó Noah.

—Sí, ¿verdad? Pero en realidad no es tan viejo.

—Aun así, no me parece una historia tan rara —dijo Noah—. La naturaleza es así. He estudiado la naturaleza en el colegio, y no tiene nada de raro que este árbol se haya desarrollado tan bien. Quizá el terreno es muy fértil. O las semillas eran de crecimiento rápido. O alguien ha estado echándole fertilizante Milagro cada semana. Mi madre lo hace, y una vez me pescó vertiéndomelo en la cabeza para ganar estatura. Me hizo quitar la ropa y me regó con la manguera en el jardín, donde todo el mundo pudiera verme. Claro que entonces era mucho más pequeño y muy poco sensato.

—Qué historia tan interesante —intervino el burro, y soltó un bufido dando a entender todo lo contrario.

—Pero ¿quién ha dicho que mi historia tuviese algo de raro? —preguntó el salchicha, ofendido otra vez.

—Usted mismo —respondió Noah—. Ha dicho que tenía algo especial.

—Pues aún no has oído lo mejor —repuso el perro, y de pronto se puso a correr en círculos alrededor de Noah de pura excitación—. Es muy curioso. Cada pocos días pasa algo muy raro en ese árbol. Cuando el pueblo se va a dormir, el árbol tiene el mismo aspecto que ahora. Sin embargo, por la mañana, cuando despertamos, vemos que le han podado varias ramas durante la noche, aunque no hay rastros de leña caída. Y un par de días después, ¡han vuelto a crecer! Es asombroso. Me refiero a que es la clase de cosas que pasan en... —Mencionó el segundo pueblo que Noah había atravesado aquella mañana y se estremeció un poco, como si el mero nombre de aquel terrible lugar le dejara un regusto amargo—. Pero aquí no suelen ocurrir cosas así.

—Muy interesante —dijo el niño.

—Ya te lo he dicho. ¡Guau!

—Y la tienda tiene unos colores muy vivos.

—Por supuesto que sí. ¡Guau! Es una juguetería.

El chico abrió los ojos como platos.

—¡Una juguetería! ¡Mis dos palabras favoritas!

—Para mí, no —repuso el salchicha—. Me gusta «una», pero «juguetería» no me fascina que digamos. Prefiero «resistencia», la capacidad de encajar los problemas sin sucumbir. Me da la impresión de que tendrías que reflexionar sobre esa palabra, jovencito.

—A mí me gusta «flan de frutas» —intervino el burro—. Tres palabras magníficas.

—No tengo ninguno —se apresuró a decir Noah, anticipándose a la pregunta.

El burro pareció desconcertado, y el niño se preguntó si estaría considerando comérselo.

—Ya veo que no me prestas atención —dijo el perro al cabo de un rato, al parecer ofendido otra vez. Se ciñó la bufanda con los dientes, pues de pronto se había levantado viento y empezaba a hacer frío—. Y si es así, no te entretendremos más. Seguiremos nuestro camino. Buenos días.

—Sí, buenos días —añadió el burro, volviéndose con un suspiro.

Noah les dijo adiós, pero su despedida fue menos calurosa de lo que correspondía, dada toda la información que el salchicha (y en menor medida el burro tragaldabas) le había ofrecido.

Unos instantes después se encontró cruzando la calle. Se detuvo ante el árbol y tendió una mano para tocarlo, pero antes de hacerlo le pareció que gruñía, de manera que se apartó, asustado. No fue el suave susurro del manzano del primer pueblo; fue algo mucho más agresivo, como el rugido de un tigre protegiendo a sus cachorros.

Noah pensó en sus padres allá en casa y en lo preocupados que estarían por su desaparición, de la que sin duda ya se habrían enterado. No lo entenderían, por supuesto. Pensarían que era un egoísta. Pero la idea de quedarse y ver aquello... Se estremeció; no debía pensar en esas cosas.

Se alejó del árbol, tratando de olvidarse de sus padres, y centró su atención en la juguetería.

Y en la puerta de entrada.

Y en el pomo.

Y, sin pretenderlo en realidad, se encontró girándolo y abriendo la puerta, y, antes de darse cuenta siquiera, estaba dentro de la tienda y había cerrado la puerta a su espalda.

4. Marionetas

Noah no había tenido la intención de entrar en la juguetería. Sólo quería echar una ojeada por el escaparate para ver qué había dentro. No tenía dinero para comprar nada, por supuesto, pero no había nada de malo en contemplar lo que uno no podía permitirse. Además, le preocupaba que hubiese muchos clientes, por si advertían que no era del pueblo y llamaban a la policía.

Pero, de algún modo, tuvo la sensación de que la tienda lo había absorbido sin que él tomase decisión alguna, como si todo hubiese estado fuera de sus manos. Era una situación de lo más extraña, por supuesto, pero, ya que estaba dentro, le pareció que lo mejor sería echar un vistazo a la tienda.

Lo primero que notó fue el silencio reinante. No se parecía al silencio que había cuando despertaba en plena noche tras una pesadilla. Cuando pasaba eso, siempre se colaban en su habitación leves sonidos difíciles de identificar por los minúsculos resquicios de las ventanas. En esas ocasiones percibía que allí fuera había vida, aunque estuviese dormida. Se trataba de un silencio que no era verdadero silencio.

En cambio, dentro de aquella tienda, las cosas eran muy distintas: el silencio era una ausencia total de sonido.

Noah había entrado en muchas jugueterías a lo largo de su vida. Siempre que salía de compras con sus padres, trataba de portarse bien para que antes de volver a casa lo llevaran a una. Y si se portaba más que bien, incluso cabía la posibilidad de que sus padres le compraran alguna chuchería, aunque la despensa estuviera medio vacía y no tuviesen dinero para gastar en extras. Así pues, no le importaba que su madre le hiciera probarse todos los pantalones escolares de la tienda antes de elegir el primer par que había tomado del perchero siete horas antes; él seguía con una alegre sonrisa, como si comprar ropa fuera lo más emocionante que podía hacer un niño de ocho años, y no algo que le daba ganas de gritar tan fuerte que las paredes del centro comercial se derrumbaran y todos los clientes, dependientes, cajas registradoras, percheros, camisas, corbatas, calzoncillos y calcetines desaparecieran en las regiones más remotas del sistema solar y no volviera a saberse de ellos.

Pero aquella juguetería era muy diferente de todas las que conocía. Miró alrededor, tratando de averiguar qué la hacía tan distinta, y al principio no consiguió saberlo.

Hasta que lo supo.

La diferencia entre esa juguetería y las demás era que allí no se veía plástico por ninguna parte. Todos los juguetes expuestos estaban hechos en madera.

Había trenes en estantes, largos vagones y vías que se extendían de un rincón a otro, todos de madera. Había ejércitos que marchaban hacia nuevos países y nuevas aventuras, desplegados sobre los mostradores, todos de madera. Había casas y pueblos, barcos y camiones, toda clase de juguetes con que pudiera soñar una mente despierta como la suya, y todos de madera. Una madera maciza y oscura que parecía emitir un resplandor y... sí, incluso una especie de zumbido distante.

De hecho, ni siquiera parecían juguetes, sino algo más importante. Todo cuanto había ante sus ojos era nuevo y distinto, y tuvo la sensación de que era el único sitio del mundo en que se vendían aquellos juguetes tan particulares.

Casi todos estaban pintados con sumo esmero y no con los colores habituales, a diferencia de los juguetes que tenía en casa, cuyas superficies se cuarteaban y desconchaban con sólo mirarlas demasiado. Hasta entonces no había visto colores como aquéllos; ni siquiera era capaz de ponerles nombre. A su izquierda había un reloj pintado de... bueno, no exactamente de verde, sino de un color como el que le habría gustado ser al verde si hubiese tenido imaginación. Y más allá, junto a un cubilete para lápices, había un tablero de juego cuyo color principal no era el rojo, sino un tono al que el rojo miraría con envidia, avergonzándose de su propia y apagada apariencia. Y los cubos con las letras del alfabeto... bueno, alguien habría dicho que estaban pintados de amarillo y azul, pero sabiendo que esas palabras tan simples eran un insulto al color de aquellas letras.

Sin embargo, por curioso que fuera todo aquello, por sorprendente e inusual que pareciera a ojos de Noah, no era nada comparado con los juguetes que predominaban en las paredes de la tienda.

Marionetas.

Había decenas. No, decenas no, veintenas. Ni siquiera veintenas, sino centenares, quizá más de las que una persona podía contar en un día, ni siquiera con la ayuda de los ábacos multicolores que había sobre un mostrador cercano. De formas y tamaños diferentes, todas y cada una estaban pintadas de colores brillantes que las llenaban de animación y energía, tanto que parecían vivas.

«No parecen marionetas —pensó Noah—. Se ven demasiado reales».

Pendían en hileras de las paredes, de alambres sujetos a la espalda. Y no eran sólo marionetas de personas: también había animales y vehículos y objetos inesperados. Todas tenían cordeles que permitían mover sus distintas partes.

—¡Qué extraordinario! —murmuró Noah en voz baja y, al mirar alrededor, empezó a experimentar la extraña sensación de que las marionetas lo seguían con los ojos allá donde fuese, vigilando de cerca sus movimientos por si agarraba algo y lo rompía, o por si pretendía birlar algún juguete y salir corriendo.

Un episodio parecido había ocurrido unos meses antes, cuando su madre lo había llevado en otra de sus inopinadas excursiones fuera de casa, algo a lo que se había habituado últimamente, y con tanta insistencia en que pasaran tiempo juntos que Noah se había sentido un poco confuso. En aquella ocasión, una baraja de cartas de magia había acabado misteriosamente en su bolsillo cuando recorrían una tienda, pero no tenía ni idea de cómo había sucedido. Desde luego, no la había robado, y ni siquiera recordaba haberla visto expuesta. Pero, cuando se disponían a salir de la tienda, un guardia grandullón, robusto y sudoroso, vestido con un uniforme azul, se había acercado a ellos para pedirles con voz muy seria que lo acompañaran.

—¿Para qué? —preguntó la madre de Noah—. ¿Qué problema hay?

—Madame —repuso el guardia, utilizando una palabra que hizo que Noah se preguntara si por ensalmo acababan de llegar a Francia—, tengo motivos para creer que su pequeño está saliendo de la tienda con un artículo que no ha pagado.

Noah alzó la vista hacia el hombre con una mezcla de indignación y desprecio. Indignación porque él era muchas cosas, muchísimas, pero no un ladrón. Y desprecio porque nada le molestaba más que un adulto lo llamara «pequeño».

—Qué tontería —respondió su madre—. Mi hijo nunca haría algo semejante.

—Señora, haga el favor de comprobar qué lleva el chico en el bolsillo de atrás.

Y en efecto, cuando Noah se llevó la mano al bolsillo, se encontró con que los naipes de magia habían acabado allí de alguna forma.

—Bueno, pues yo no los he robado —alegó él, mirando con sorpresa la ilustración de la caja, el as de espadas, que le guiñaba alegremente un ojo.

—Entonces quizá podrás explicarme cómo han llegado a tu bolsillo —repuso el guardia con paciencia.

—Si tiene alguna pregunta, hágamela a mí —espetó la madre, furibunda e indignada—. Mi hijo jamás robaría una baraja de cartas. En casa tenemos más que suficientes. Estoy enseñándole a hacer trampas en el póquer para que sea millonario antes de los dieciocho.

El guardia se sorprendió. Estaba acostumbrado a que los padres se enfurecieran con sus hijos en situaciones como aquella y los zarandearan de lo lindo para sonsacarles la verdad, pero aquella madre no parecía la clase de mujer que haría algo así. En realidad, parecía la clase de mujer que creería en las respuestas de su hijo, y eso era algo que no se veía todos los días.

—Tú no has robado estos naipes, ¿verdad? —le preguntó a su pequeño, más afirmando que preguntando.

—Por supuesto que no —contestó él, y era la pura verdad.

—Bien —repuso su madre, volviéndose hacia el guardia al tiempo que se encogía de hombros—, pues no hay más que hablar. Por ahora bastará con una disculpa, pero creo que debería hacer usted una donación a la organización benéfica que yo decida

por su injusta acusación. Será alguna que tenga que ver con animales. Con animales pequeños y peludos, que son mis favoritos.

—Me temo que las cosas no son tan sencillas, señora —insistió el guardia—. El hecho es que los naipes estaban en el bolsillo de su hijo. Y alguien tiene que haberlos metido ahí.

—Tiene razón —contestó ella, tomando la baraja de manos de Noah para tendérsela al guardia con una sonrisa—. Pero son cartas mágicas, ¿no? Es probable que se hayan metido ahí ellas solas.

Ése era otro recuerdo feliz, de esos en los que Noah intentaba no pensar. Pero aquélla era una juguetería normal. En la de ahora ni siquiera había guardias de seguridad. No había nadie para acusarlo de algo que no había hecho. Se mordió el labio y miró alrededor con nerviosismo; tal vez lo mejor era marcharse y continuar su camino hacia el pueblo siguiente, pero entonces oyó unos ruidos que se acercaban.

Pisadas.

Pisadas lentas y pesadas.

Contuvo el aliento y aguzó el oído, entornando los ojos como si así pudiera escuchar mejor. Los pasos parecieron detenerse. Noah exhaló un suspiro de alivio, pero al punto se oyeron otra vez. Se quedó inmóvil, tratando de identificar de dónde venían exactamente.

«¡De debajo del suelo!», constató con sorpresa, bajando la vista.

En efecto, se oían pisadas que ascendían bajo la tienda, el rítmico sonido de unas pesadas botas subiendo despacio por una escalera, cada vez más cerca de donde él estaba. Miró alrededor para comprobar si alguien más las oía, pero estaba totalmente solo; hasta entonces no había advertido que era la única persona en la tienda.

Aparte de las marionetas, claro.

—¿Hola? —susurró con nerviosismo, y su voz reverberó levemente—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Las pisadas se detuvieron, volvieron a empezar, titubearon, continuaron, y entonces se oyeron más y más cerca.

—¿Hola? —insistió Noah levantando la voz, cada vez más nervioso.

Tragó saliva y se preguntó por qué sentía esa extraña mezcla de miedo y seguridad. No era como la vez que había pasado toda una noche perdido en el bosque y sus padres habían tenido que salir a buscarlo antes de que se lo comieran los lobos; aquello sí había sido aterrador. Y tampoco era como la tarde en que se quedó encerrado en el sótano, sin luz, porque se había atascado el pestillo; aquello había sido un simple fastidio. Lo de ahora era completamente distinto. Se sentía como si tuviera que estar allí pero más le valiera estar preparado para lo que fuera a ocurrir.

Se volvió hacia la entrada de la tienda, pero, para su sorpresa, no consiguió ver la puerta. Debía de haberse internado tanto que ya no era visible. Sólo que no recordaba

haberse alejado tanto y la tienda no le parecía especialmente grande, desde luego no lo bastante para perderse en ella. Miró a su espalda y no consiguió ver ninguna puerta, ni ningún rótulo de salida o entrada. Sólo había marionetas, cientos de marionetas de madera, todas mirándolo desafiantes, sonriendo, riendo, frunciendo el entrecejo, amenazándolo... Expresaban las más diversas emociones. De pronto, le pareció que aquellas marionetas no eran nada amigables y que se movían hacia él, una a una, rodeándolo, atrapándolo en un círculo cada vez más cerrado.

—¿Quién es ése? —susurraban.

—Un extraño.

—No nos gustan los extraños.

—Vaya aspecto más raro tiene, ¿verdad?

—Es bajito para su edad.

—Pero tiene un pelo bonito.

Las voces eran cada vez más numerosas, aunque no pasaban de susurros, y al cabo de poco ni siquiera distinguía las palabras, porque eran pronunciadas a la vez y se mezclaban en un lenguaje incomprensible. Se le estaban echando encima y Noah se llevó las manos a la cara, presa del miedo; cerró los ojos, se volvió y contó hasta tres. Aquello no podía estar pasando. Cuando apartara las manos y abriese los ojos gritaría a pleno pulmón; así seguro que acudiría alguien a rescatarlo.

Uno...

Dos...

Tres...

—Hola —dijo entonces una voz de hombre, la única que se oía ahora, pues el coro de marionetas había enmudecido—. ¿Quién eres?

5. El viejo

Noah abrió los ojos. Ya no tenía la sensación de que las marionetas lo acosaban, dispuestas a enterrarlo bajo su peso. Los murmullos habían cesado. Los susurros se habían desvanecido. Todas parecían haber vuelto a sus sitios en las estanterías, y el niño comprendió que había sido ridículo pensar que estaban observándolo o hablando sobre él. Al fin y al cabo, no eran seres vivos; sólo eran marionetas. Pero lo que sí era un ser vivo era el anciano que había hablado y que ahora estaba allí de pie, a unos palmos de él, sonriendo levemente, como si llevase mucho tiempo esperando aquella visita y se alegrase de que por fin se produjera. Sostenía un trozo de madera que tallaba con un pequeño formón. Noah tragó saliva de puro nerviosismo y, sin pretenderlo, dejó escapar un súbito grito de sorpresa.

—Oh, vaya —dijo el hombre alzando la vista—. No tengas miedo.

—Pero es que hace un segundo no había nadie aquí —respondió Noah, mirando alrededor con asombro. Seguía sin ver la puerta por la que el viejo había entrado en la tienda, de modo que su aparición continuaba siendo un misterio—. No lo he oído entrar.

—No pretendía asustarte —contestó el hombre, que era muy viejo, más viejo incluso que el abuelo de Noah. Tenía una mata de pelo rubio que parecía avena mezclada con maíz, y unos ojos brillantes que atrajeron la mirada del niño, pero su cara estaba más surcada de arrugas que cualquiera que hubiese visto—. Estaba abajo trabajando y he oído pisadas, eso es todo. De manera que he subido por si algún cliente necesitaba algo.

—Yo también he oído pisadas. Las tuyas, subiendo por alguna escalera.

—Oh, no, Dios santo —repuso el anciano negando con la cabeza—. Difícilmente podría haber oído mis propias pisadas, y luego haber subido aquí a investigar, ¿no? Deben de haber sido tus pisadas.

—Pero usted estaba ahí abajo. Acaba de decirlo.

—¿De veras? —preguntó el viejo, frunciendo el entrecejo y frotándose el mentón—. No me acuerdo. Hace tanto de todo eso, ¿verdad? Y me temo que mi memoria ya no es lo que era. Quizá he oído sonar la campanilla de la puerta.

—Pero si no hay ninguna campanilla —respondió Noah. Y en ese preciso instante, como si recordara de pronto su tarea, se oyó un alegre tintineo encima de la puerta, que había reaparecido unos metros detrás de él.

—También es vieja —explicó el anciano encogiéndose de hombros a modo de disculpa—. Se supone que es lo único que tiene que hacer en todo el día, pero a veces se le olvida. Es posible que ni siquiera haya sonado por ti. Tal vez lo haya hecho por un cliente del año pasado.

Noah se volvió y miró boquiabierto la campanilla. Tragó saliva sonoramente, dudando de que aquello tuviese algún sentido.

—En cualquier caso, siento haberte hecho esperar tanto —se disculpó el anciano—, pero me temo que de un tiempo a esta parte me muevo como un caracol. De joven era muy distinto. Por aquel entonces sólo habrías visto la estela de polvo que levantaba a mi paso. ¡Ni Dmitri Capaldi podía ganarme!

—No se preocupe —lo tranquilizó Noah—. No llevo aquí mucho rato. Apenas eran las once cuando entré y... —Consultó el reloj, que le reveló que ya era mediodía—. ¡Oh! Pero ¡no puede ser!

—Estoy seguro de que sí puede ser —repuso el viejo—. Has perdido la noción del tiempo, eso es todo.

—¿Una hora entera?

—A veces pasa. Yo perdí un año entero una vez, si puedes creerlo. Lo dejé en algún sitio, y cuando fui a buscarlo ya no conseguí encontrarlo. Pero siempre tengo la sensación de que va a aparecer un día de éstos, cuando menos lo espere.

Noah frunció el entrecejo, no muy seguro de haber oído bien.

—¿Cómo puede alguien perder un año? —preguntó.

—Oh, es más fácil de lo que imaginas —dijo el viejo, y dejó la madera y el formón para quitarse las gafas y limpiarlas con un pañuelo que tenía los colores del arco iris—. A lo mejor ni siquiera fue un año; a lo mejor fue una oreja. —Y se tironeó de ambos lóbulos—. No; todo sigue en su sitio —comentó satisfecho—. Fue un año, sin duda. No hay de qué preocuparse.

Noah lo miró fijamente y trató de comprender de qué hablaba. Todo aquello no tenía sentido para él, y sospechaba que si hacía preguntas sólo conseguiría confundir aún más las cosas.

—Deben de haber sido todos estos juguetes —dijo Noah señalando las paredes de alrededor—. Supongo que he estado mirándolos mucho rato. Y las marionetas. Hay tantas que me he distraído.

—Sí, claro —repuso el anciano con un suspiro—. Culpa a las marionetas. La gente siempre lo hace.

—No las culpo. Sólo quiero decir que me he entretenido mirándolas, nada más. Casi parecen vivas. Y el tiempo ha pasado sin darme cuenta.

—Lo importante es que ahora estás aquí —dijo el anciano con una gran sonrisa—. ¿Sabes una cosa? Hace tanto tiempo que no tengo un cliente que ni siquiera sé qué hacer. Me temo que ya no tenemos un relaciones públicas oficial.

—No importa —respondió Noah, pues siempre le daba pena la gente que tenía que plantarse ante las tiendas diciendo «Bienvenido... bienvenido...». Le parecía una forma muy desgraciada de ganarse la vida.

—Por supuesto, si hubiese subido más deprisa podría haberte invitado a almorzar, pero ya es demasiado tarde para eso.

A Noah se le cayó el alma a los pies. El estómago le rugió tanto que tuvo que toser para enmascarar los vergonzosos ruidos. Entonces cambió de táctica, pensando que si el viejo lo oía rugir, quizá cambiaría de opinión y le daría algo de comer.

—Bueno, ahora que estás aquí —continuó el anciano—, estoy seguro de que hay un motivo para tu visita. ¿Vas a comprar algo?

—Probablemente no —respondió Noah mirando el suelo, un poco avergonzado—. Me temo que no tengo dinero. —A sus pies había un ratón de madera, pintado en gris y rosa, que le olisqueaba los zapatos, pero, en cuanto Noah lo miró, dio un respingo, soltó un chillido de sorpresa y corrió a esconderse bajo las patas de una jirafa en un rincón de la tienda.

—Entonces, ¿puedo preguntar qué te trae por aquí? ¿No deberías estar en el colegio?

—No, ya no voy al colegio.

—Pero sólo eres un niño. Y los niños deben estar en el colegio. ¿O ha cambiado la ley desde que yo tenía tu edad? No soy quién para decir nada, por supuesto. Yo mismo asistí muy poco tiempo. Siempre estaba escapándome. No imaginas en cuántos problemas me metí por culpa de eso.

—¿Qué clase de problemas? —quiso saber Noah, porque le gustaba enterarse de los problemas en que se metían otras personas.

—Oh, nunca hablo del pasado con el estómago vacío —repuso el viejo—. Ni siquiera he almorzado todavía.

—Pero acaba de decir...

—No importa, quiero saber qué te ha traído hasta aquí.

—Bueno, al principio fue el árbol —explicó el niño—. El que hay ante su puerta. Estaba en la acera de enfrente, contemplándolo, y me pareció el árbol más impresionante que había visto en mi vida. No sé por qué. Tuve esa sensación, nada más.

—Me alegra que te guste. Lo plantó mi padre, ¿sabes? El día que nos mudamos aquí. Adoraba los árboles. Plantó varios más en el pueblo, pero creo que éste es el mejor. La gente cuenta las historias más extraordinarias sobre él.

—Sí, he oído una —dijo Noah con entusiasmo.

—¿De verdad? —repuso el viejo arqueando una ceja—. ¿Puedo preguntarte quién te la ha contado?

—Había un perro salchicha muy servicial ahí enfrente. Estaba con un burro muy

hambriento. Me ha contado que, cada pocas noches, el árbol se queda pelado y que se las arregla de algún modo para que le salgan ramas nuevas al cabo de un par de días. Dice que nadie sabe cómo o por qué ocurre eso.

—Oh, ése sabe un montón de historias —comentó el anciano, riendo—. Es un viejo amigo mío. Pero yo que tú no creería demasiado en lo que diga. Los perros salchicha inventan las historias más inverosímiles. En cuanto a ese burro... bueno, mejor ni empiezo. Cuando la mayoría de la gente se conforma con doce o quince comidas al día, él necesita tres o cuatro veces más o se pone a lloriquear.

—¿Doce o quince comidas al día? —repitió Noah, sorprendido—. Le aseguro que yo nunca he...

—De todos modos, aunque hay mucha gente que cuenta historias sobre esta tienda —lo interrumpió el viejo—, te aseguro que nadie ha puesto nunca un pie en ella.

—¿De verdad?

—Bueno, hasta ahora, quiero decir —rectificó el anciano con una sonrisa—. Tú eres el primero. Quizá hay una razón para que te mandaran aquí. Por supuesto, mi padre murió hace muchos años, así que nunca vio lo alto y fuerte que se ha vuelto el árbol. —Su semblante se ensombreció y apartó la mirada, momentáneamente alterado, como embargado por un desgraciado recuerdo.

—Mi padre es leñador —explicó Noah—. Se gana la vida talando árboles.

—Vaya por Dios. ¿No le gustan, pues?

—Creo que le gustan mucho. Pero la gente necesita madera, ¿no? De otro modo no habría casas en que vivir o sillas en que sentarse o... o... —Trató de encontrar más cosas hechas de madera. Al mirar alrededor, esbozó una sonrisa y añadió—: ¡O marionetas! No habría marionetas.

—Eso es muy cierto —admitió el anciano asintiendo despacio con la cabeza.

—Y por cada árbol que tala, planta diez —comentó Noah—, de manera que en realidad lo que hace es bueno.

—Entonces, quizá algún día, cuando seas tan viejo como yo, podrás caminar entre ellos y recordar a tu padre de la misma forma que yo recuerdo al mío.

Noah asintió, pero frunció un poco el entrecejo; no le gustaba pensar en esa clase de cosas.

—Pero aún no me he presentado —dijo el anciano unos instantes después, y le tendió la mano al tiempo que pronunciaba su nombre.

—Noah Barleywater —respondió el niño.

—Es un placer conocerte, Noah Barleywater —repuso el viejo sonriendo un poco.

El niño abrió la boca para corresponderle, pero volvió a cerrarla, pues en torno a su cabeza volaba una mosca de madera y temió que se le colara en la garganta. Así pues, permaneció en silencio, pero al final, tras mirar tanto rato al viejo que le pareció

que oía crecer su propio cabello, rebuscó en la mente y encontró su siguiente pregunta, oculta justo encima de la oreja izquierda.

—¿Qué está haciendo? —Y señaló el trozo de madera que el viejo había seguido tallando mientras hablaba. Las astillas que caían al suelo eran recogidas por un cepillo y una pala que se movían con la elegancia de una pareja de bailarines.

—Parece alguna clase de conejo, ¿no crees? —repuso el anciano sosteniéndolo en alto, y en efecto lo parecía, con las grandes orejas y unos buenos bigotes de madera—. No era lo que pretendía hacer, pero aquí lo tienes —añadió con un suspiro—. Me pasa continuamente. Empiezo con una idea en la cabeza y acaba siendo algo totalmente distinto.

—¿Por qué, qué era lo que pretendía hacer? —quiso saber Noah.

—Ah —contestó el viejo con una leve sonrisa, y luego silbó una melodía para sí—. No estoy seguro de que me creyeras si te lo dijera.

—Probablemente sí le creería —se apresuró a decir Noah—. Mi madre dice que me creo todo lo que me cuentan y por eso me meto en tantos líos.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo?

—Por favor, dígamelo —insistió Noah, intrigado.

—No eres un chismoso, ¿verdad? No irás por ahí contándoselo a la gente...

—No, por supuesto que no. No se lo diré a nadie en absoluto.

El anciano sonrió y pareció considerarlo.

—Me pregunto si puedo confiar en ti —dijo en voz baja—. ¿Qué te parece? ¿Eres un niño digno de confianza, Noah Barleywater?

6. El reloj, la puerta y el cofre de recuerdos

Noah no tuvo oportunidad de decirle al viejo hasta qué punto era digno de confianza, pues en ese momento un reloj que había en el mostrador a su lado empezó a hacer ruidos muy extraños. Al principio sonaron como gemidos ahogados, como si no se encontrara bien y quisiera irse a la cama para meterse bajo las sábanas hasta que se recuperara. Luego se hizo el silencio. Entonces los gemidos se transformaron en una especie de resoplidos, antes de convertirse en curiosos ruidos de tripas, bastante vergonzosos, como si todos los engranajes y muelles internos mantuvieran una pelea tremenda y por momentos la situación pudiera tornarse violenta.

—Oh, vaya por Dios —exclamó el viejo, volviéndose para mirar ceñudo el reloj—. ¡Qué vergüenza! Tendrás que perdonarme.

—¿Perdonarle? —se sorprendió Noah—. Pero si es el reloj el que hace ruidos.

El reloj emitió un chirrido de protesta y Noah soltó una risita, llevándose la mano a la boca. Los ruidos le recordaban a Charlie Charlton, cuyo estómago siempre emitía los sonidos más extraños cuando se acercaba la hora de comer, logrando que la señorita Bright mirara el reloj y dijese: «¡Oh, vaya! ¿Ya es tan tarde? ¡Hora de comer!»

Pero, al echarse a reír, la parte de él que le había dicho que debía escaparse de casa lo hizo titubear, y se sintió culpable hasta de sonreír. Llevaba tanto tiempo sin reírse que se sintió como un erizo cuando emerge tras meses de hibernación y no está seguro de si debe seguir haciendo las cosas que hacía antes con naturalidad. Sacudió la cabeza, arrancándose la risa de la boca para arrojarla hacia un rincón de la juguetería, donde aterrizó sobre un montón de ladrillos de madera y nadie la descubriría hasta el invierno siguiente.

—Es un reloj muy poco corriente —comentó, inclinándose para examinarlo. Al hacerlo, el segundero dejó de moverse, y sólo cuando Noah hubo retrocedido y apartado la vista volvió a avanzar, más deprisa ahora para llegar a donde se suponía que debía estar.

—Será mejor que no lo mires —aconsejó sabiamente el viejo—. A Alexander no le gusta. Le hace perder el ritmo.

—¿Alexander? —preguntó Noah mirando alrededor, esperando ver a alguien en la tienda cuya presencia no había advertido—. ¿Quién es Alexander?

—Alexander es mi reloj. Y es bastante tímido, lo que en realidad resulta

sorprendente, pues, por lo que sé, los relojes tienden a ser unos fanfarrones, siempre en movimiento, siempre haciendo tictac como si les fuera la vida en ello. Pero Alexander no es así. Para serte franco, él preferiría que no nos diésemos cuenta siquiera de que está ahí. Tiene bastante genio. Verás, es que es ruso, y los rusos son un poco raros. Lo encontré en San Petersburgo, en el Palacio de Invierno del zar. Hace ya unos cuantos años de eso, desde luego, pero aún funciona a las mil maravillas, sobre todo si hablas de política o religión con él, porque eso le da mucha cuerda.

—Bueno, no pretendía ofenderlo —dijo Noah, que no sabía qué pensar de todo aquello—. Es sólo que estaba haciendo ruidos raros.

—Ah, pero los hace porque es hora de comer —explicó el viejo dando una palmada—. Me lo recuerda fingiendo que le ruge el estómago. Es una pequeña broma. Los rusos son bastante graciosos, ¿no crees?

—Pero los relojes no tienen estómago —puntualizó Noah, aún desconcertado.

—¿No?

—Pues no. Tienen péndulos o ruedas de contrapeso. Y algo que se llama oscilador, que vibra y hace que todo funcione correctamente. Por mi último cumpleaños, mi tío Teddy me regaló un «Construye tu propio reloj en veinticuatro horas». Abrí la caja y me pasé dos semanas tratando de montarlo.

—Oh, ¿de veras? ¿Y cómo acabó la cosa?

—No muy bien. Sólo funciona como es debido dos veces al día, y en ocasiones ni siquiera eso.

—Ya veo. Pero, aun así, parece saber mucho de relojes.

—Sí, me gustan las cosas científicas. A lo mejor algún día seré astrónomo. Es una de las profesiones que estoy considerando.

—Bueno, pues tendré que aceptar tu palabra en este asunto. Siempre he asumido que era su estómago, pero quizá me equivoco. En cualquier caso, sea cual sea la verdad, es hora de comer.

—Pensaba que había almorzado ya —dijo Noah, más animado ante la idea de comer. Hacía tanto que no se llevaba nada a la boca que temía desmayarse.

—He tomado un tentempié, sólo eso —admitió el anciano—. Unos restos de pollo. Y una ensalada de la huerta. Y unas cuantas salchichas que se habrían estropeado si no me las comía hoy. Y un sándwich de queso. Y después un trozo de pastel, para acabar con algo dulce. Pero no ha sido lo que podría decirse una comida sustanciosa. Sea como fuere, supongo que tienes hambre, ¿no? Después de todo, has salido muy temprano de casa.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Noah, sorprendido.

—Por el estado de tus zapatos.

—¿Mis zapatos? —Se miró los pies y no vio nada fuera de lo corriente—. ¿Cómo

demonios puede saber por mis zapatos a qué hora he salido de casa?

—Mira las suelas. Aún están un poco mojadas y tienen briznas de hierba pegadas, aunque empiezan a secarse y se están desparramando por el suelo. Significa que has pisado hierba no mucho después de que cayera el rocío.

—Oh, claro. Nunca se me habría ocurrido.

—Cuando uno ha gastado tantos pares de zapatos como yo, tiende a fijarse en el calzado de los demás —comentó el anciano—. Es una pequeña rareza mía, eso es todo. E inofensiva, espero. Bueno, si ése es el caso, ¿te apetece comer algo? No tengo gran cosa, pero...

—Me encantaría —se apresuró a contestar Noah, y se le iluminó el semblante—. No he comido nada en todo el día.

—¿De verdad? ¿En tu casa no te dan de comer?

—Sí, claro que me dan —contestó Noah tras un leve titubeo—. Lo que pasa es que he salido antes de desayunar.

—¿Por qué?

—Bueno, es que hoy no había comida en casa —mintió Noah.

El anciano lo miró como si no se creyera una sola palabra, y el niño se ruborizó. Apartó la vista y se encontró con la mirada de una de las marionetas de la pared, que inmediatamente giró la cabeza, como si no soportara ver a un niño que decía mentiras antes de desayunar.

—Bueno, si tienes hambre —dijo por fin el viejo—, supongo que será mejor que te prepare algo. Ven, acompáñame arriba. Estoy seguro de que podré encontrar algo que te guste.

Se dirigió hacia un rincón y tendió la mano ante sí, y en el instante en que lo hizo apareció un pomo en la pared; lo hizo girar y abrió una puerta que daba al pie de unos escalones. Noah se quedó boquiabierto (¡aquella puerta no estaba ahí un instante antes!) y miró de la puerta al anciano, y de nuevo a la puerta, y otra vez al anciano. De hecho, aquello podría haber seguido mucho rato de no haberle puesto fin el anciano.

—¿Y bien? —lo instó, volviéndose—. ¿Vienes o no?

Noah titubeó sólo un instante. Desde que tenía memoria había oído decir que sólo un niño tonto entraría en sitios extraños con desconocidos, en especial si nadie más sabía que estaba allí. Su padre aseguraba siempre que el mundo era un lugar peligroso, aunque su madre decía que no debería asustar al niño, y que éste sólo tenía que recordar que no todo el mundo que parecía bueno lo era en realidad.

—Pareces indeciso —dijo el anciano en voz baja, como si le leyera el pensamiento—. Haces bien, pero te aseguro que no hay motivo de preocupación. Ni siquiera por mi estilo de cocinar. De joven estuve muchas veces en París y aprendí varios trucos de uno de los chefs más grandes de aquellos tiempos, así que, modestia

aparte, preparo unos huevos revueltos excelentes.

Noah seguía sin estar seguro de si hacía lo correcto, pero su barriga empezaba a emitir unos ruidos parecidos a los del reloj, que le dirigía ahora una mirada asesina y tamborileaba impaciente con una pata sobre el mostrador. Abrumado por el hambre, asintió con la cabeza y se apresuró a seguir al anciano a través de la puerta abierta.

Se encontró al pie de una escalera muy estrecha cuyos peldaños y paredes, como las marionetas, eran de madera. En la barandilla había una serie de intrincados grabados que acarició con los dedos, disfrutando del tacto de las muescas. Eran muy poco profundos, tallados con cuidado y luego limados con una garlopa para evitar posibles astillas. Para su sorpresa, la escalera no ascendía directamente, como la de su casa, sino describiendo círculos muy estrechos, de modo que apenas veía al anciano subiendo ante sí, pues entre uno y otro sólo quedaban a la vista un par de peldaños en cada tramo.

Subieron y subieron, dando vueltas y más vueltas, hasta que Noah empezó a preguntarse qué altura podrían alcanzar. Desde fuera no le había parecido que hubiese más de una planta encima de la tienda, pero aquella escalera parecía infinita.

—Vaya montón de escalones —comentó con voz un poco jadeante—. ¿No se cansa de subirlos y bajarlos todos los días?

—Me canso más que antes, desde luego —admitió el anciano—. Por supuesto, de joven podía subir y bajar corriendo mil veces al día sin problemas. Pero ahora la situación es distinta. Me lleva mucho más tiempo hacer cualquier cosa. Hay doscientos noventa y seis peldaños, en realidad. O doscientos noventa y cuatro. Exactamente los mismos que en la torre inclinada de Pisa. No sé si los has contado.

—No, no lo he hecho —repuso Noah—. Pero ¿cuántos son, doscientos noventa y seis o doscientos noventa y cuatro?

—Bueno, ambas cantidades, en realidad. Hay dos peldaños menos en la escalera que da al norte que en la que da al sur, de modo que depende de dónde vengas. Has estado en Italia, supongo.

—Qué va —respondió Noah—, nunca he estado en ningún sitio. La verdad es que esto es lo más lejos que he llegado de casa.

—Pasé tiempos felices en Italia —repuso el viejo con añoranza—. De hecho, viví cerca de Pisa un tiempo, y todas las mañanas corría hasta la torre y subía y bajaba por las escaleras para mantenerme en forma. ¡Qué recuerdos tan felices!

—Parece haber estado en muchos sitios.

—Sí, bueno, de joven me encantaba viajar. No conseguía que mis piernas permanecieran quietas. Ahora todo es distinto, claro. —Se volvió y miró al niño—. Pero me parece que te estás cansando de subir, ¿no es así?

—Un poco —admitió Noah.

—Bueno, entonces quizá deberíamos hacer un alto.

En cuanto lo hubo dicho, Noah oyó un fuerte ruido de pisadas que subían corriendo detrás de él y contuvo el aliento, nervioso, porque creía que abajo no quedaba nadie. Se volvió, un poco temeroso de quién o qué iba a aparecer, y entonces soltó un jadeo y se apretujó contra la barandilla cuando la puerta por la que habían salido de la planta baja pasó corriendo por su lado, con las mejillas rojas de vergüenza.

—Perdón, perdón —exclamó la puerta, y se encajó con firmeza en la pared que tenía delante—. Me he puesto a hablar con el reloj y he perdido la noción del tiempo. Cuando empieza a hablar no hay quien lo pare, ¿eh?

—No pasa nada, Henry —dijo el anciano tendiendo una mano para girar el pomo. Tras volverse hacia Noah con una sonrisa de disculpa, añadió—: Me temo que no puedo permitirme una segunda puerta en este momento, de manera que he de arreglármelas con una sola. Es terriblemente bochornoso, pero el negocio anda un poco flojo estas últimas décadas.

Noah no supo qué decir y permaneció de pie en la escalera durante un momento, hasta que salió de su sorpresa y miró a través de Henry hacia una pequeña cocina, limpia y desordenada al mismo tiempo, si algo así es posible. Al mirar el suelo, lo asombró comprobar que había aproximadamente sólo un tercio de las tablas necesarias y que entre ellas se abrían grandes huecos, lo bastante grandes para tragarse a un niño de ocho años; miró en ellos, pero no vio otra cosa que una profunda oscuridad. Fue algo inesperado, puesto que el techo de la planta baja se hallaba intacto.

—Bueno, ¿entramos? —propuso el viejo dando un paso atrás para que el niño pasara primero; los modales eran muy importantes para él.

—Pero el suelo... —jadeó Noah—. Si entro ahí me caeré.

—Ah, sí. Debería habértelo explicado. Tuve que usar varias tablas el año pasado, cuando me quedé temporalmente sin leña para el fuego. No les gustó mucho, no me importa admitirlo, y no fue un buen momento para mí. Pero lo cierto es que las que quedan compensan bien la carencia. Observa.

Noah enarcó las cejas cuando el anciano entró en la cocina como si tal cosa y las tablas del suelo se pusieron en movimiento, saltando y cambiando de sitio a cada paso que daba, tapando los huecos para que el viejo no cayera por ellos, pues cada tabla se colocaba bajo sus pies justo a tiempo de que la pisara.

—Qué extraordinario. —Noah sacudió la cabeza de pura sorpresa y decidió probar él también. En su caso, las tablas hicieron lo mismo, levantándose para aterrizar bajo sus pies antes de que pudiera precipitarse a la oscuridad, pero parecían más ruidosas, y Noah incluso creyó oírlas jadear.

—No están acostumbradas a dos personas —explicó el viejo—. Es probable que se cansen más rápido, no deberíamos agobiarlas. ¡Y ahora, a comer!

Sobre la encimera había fuentes con diferentes clases de comida y Noah se acercó con cautela, relamiéndose y sintiendo que se le hacía la boca agua; pensó en lo encantado que habría estado el burro hambriento si lo hubiesen invitado a compartir toda aquella comida.

—Por favor —dijo el anciano señalando las fuentes—, sírvete. Agarra un plato y llénalo con lo que quieras. Si no hay suficiente, estoy seguro de que podré encontrar...

—No, no —se apresuró a interrumpirlo el niño—, hay más que suficiente. Muchísimas gracias, señor.

Sintió una repentina oleada de afecto y gratitud hacia su amable anfitrión. Llenó un plato con carne fría, ensalada de repollo y zanahoria, un panecillo, un trozo de queso holandés, un par de huevos duros, unas salchichas, una loncha de beicon, un pequeño rábano picante, y decidió que bastaría como entrante. Unas naranjas de aspecto muy jugoso se estaban exprimiendo en una jarra en el extremo de la encimera, así que esperó a que hubiesen acabado para servirse un vaso.

—No temas, si dices gracias no se te caerá ningún diente —le espetó una naranja, convertida ahora en una cáscara exprimida y agotada en el montón sobre la encimera, mirando furibunda al niño.

—Gracias —dijo Noah, y se apartó rápidamente.

En el alféizar de la ventana vio un osito de madera sentado; el pelaje blanco le caía sobre los ojos y lucía una pajarita de brillante madera roja. Noah consideró sentarse a su lado a comer, pero el oso dejó escapar un gruñido en voz baja cuando se acercó a él, y el niño se detuvo en seco, vacilante.

—Siéntate aquí, muchacho —dijo el viejo indicando una de las dos sillas a ambos lados de la mesa de la cocina. Titubeó un instante antes de agarrar un trozo nuevo de madera y ponerse manos a la obra con un formón más grueso y afilado que el que había usado abajo, con cuidado al principio y luego con creciente confianza—. Creo que voy a hacer otro intento con esto —comentó con una sonrisa.

—¿Qué está tallando ahora? ¿Otro conejo?

—Espero que no. Aunque, como nunca acaba siendo lo que había previsto, quién sabe qué va a salir de este taco. Pero no hay nada malo en intentarlo. —Se sentó en la otra silla y se llevó una mano a los riñones al hacerlo—. Me duele la espalda —musitó al ver que el niño lo miraba—. Es uno de los inconvenientes de hacerse viejo. Pero la culpa es sólo mía. Debería haberme quedado como estaba. Supongo que piensas que todo el mundo envejece y no tengo derecho a quejarme.

—Qué va —repuso Noah sin vacilar—. No pienso eso ni mucho menos. No todo el mundo se hace viejo.

El hombre lo miró, extrañado por sus palabras, pero no hizo más preguntas.

—Come —dijo al cabo de un rato, señalando el plato lleno que el niño tenía

delante—. Come, no se vaya a calentar.

Pese al hambre que tenía, Noah no comió con precipitación, pues su madre siempre decía que debía mostrarse considerado con los demás comensales y no comer como un cerdo al que no hubiesen alimentado en un mes. Masticó despacio y en silencio, disfrutando de cada bocado de aquella comida, que le parecía la más deliciosa que había probado en su vida.

—Hubo un tiempo en que yo tenía un apetito como el tuyo —comentó el anciano—. Pero ya no. Ahora suele bastarme con once o doce comidas al día.

—¿Once o doce? —repitió el niño, perplejo—. En casa sólo hacemos tres. Desayuno, comida y cena.

—Vaya por Dios. No me parece nada bien. ¿Qué pasa, que tu esposa no sabe cocinar?

—¿Esposa? —Noah se echó a reír—. Pero si yo no tengo esposa.

—¿No? ¿Y por qué no? Pareces un chaval bastante agradable. Se ve a simple vista que eres fácil de complacer. Y no hueles demasiado mal. —Olisqueó el aire, pensó un momento y añadió—: Bueno, ya que lo menciono...

—Sólo tengo ocho años —le recordó Noah—. ¡Uno no puede casarse a los ocho años! Aunque tampoco querría hacerlo.

—¿De verdad? ¿Y puedo preguntar por qué no?

Noah reflexionó un instante.

—Bueno, quizá me case cuando sea viejo —contestó por fin—. Cuando tenga veinticinco, digamos. Hay una niña en mi clase, Sarah Skinny, que es la número cuatro de mis mejores amigos, y supongo que nos casaremos algún día, pero todavía falta mucho para eso. —Miró alrededor, constatando lo pequeña que era la cocina, al parecer diseñada para una sola persona—. ¿Y usted? ¿No está casado?

—Oh, no —respondió el anciano—. Nunca encontré a la chica adecuada.

—¿Vive aquí solo?

—Sí, aunque tengo mucha compañía. Alexander y Henry, por ejemplo, a los que ya has conocido.

—¿El reloj y la puerta?

—Sí. Y hay otros. Muchos más. En realidad, ya no llevo la cuenta. Y tengo mis marionetas, por supuesto.

Noah asintió con la cabeza y continuó comiendo.

—Esto está muy bueno —dijo con la boca llena, y añadió con una risita—: Perdón.

—Tranquilo —repuso el viejo. Sostuvo la madera ante sí y sopló para quitarle el polvo. La examinó, pareció complacido y continuó haciendo incisiones cuidadosas y precisas con el formón—. No hay nada tan satisfactorio como ver comer a un niño hambriento —comentó—. Bueno, si no tienes esposa, supongo que también vives

solo, ¿no?

Noah negó con la cabeza.

—No; vivo con mi familia —dijo, y el tenedor se detuvo en el aire al pensar en ellos—. O, más bien, vivía con ellos —se corrigió—. Antes de que me fuera, quiero decir.

—¿Ya no vives con ellos?

—No; me he marchado esta mañana. Pienso ver mundo y correr aventuras.

—Ah, no hay nada como una buena aventura. —El anciano sonrió—. En cierta ocasión fui a pasar un fin de semana a Holanda y me quedé todo un año, después de verme envuelto en una conspiración para derrocar al gobierno.

—No puedo imaginar verme envuelto en algo parecido —dijo Noah, a quien la política no le interesaba en absoluto.

—¿Y tus padres están contentos de que te hayas ido de casa?

Noah no respondió y bajó la vista al plato con expresión preocupada; la comida le pareció de pronto menos apetitosa.

—No tienes que contarme nada que no desees —prosiguió el anciano—. Sé qué supone tener ocho años. Después de todo, una vez tuve esa edad.

Noah reflexionó sobre esas palabras. Era tan viejo que le sorprendía que pudiera acordarse siquiera de cuando tenía su edad.

—¿Se escapó alguna vez de casa cuando tenía ocho años? —preguntó tragando saliva.

Prefería no pensar en ello, porque sólo conseguía inquietarlo. Intentaba no pensar en su huida de casa, pero el asunto tenía la desagradable costumbre de reaparecer en los dedos de los pies, corretearle por los tobillos y subirle por las piernas y luego la espalda, hasta llegar al cerebro para enviar a sus ojos imágenes que no quería ver.

—De niño hice muchas cosas —admitió el viejo—, y no todas ellas fueron muy sensatas.

A Noah la idea de hacer cosas no muy sensatas le gustó mucho y estuvo a punto de interrogar al viejo al respecto, pero entonces advirtió un gran cofre de madera en el suelo junto a sus pies. Le sorprendió no haberlo visto al sentarse, pues tenía muchas filigranas y parecía una antigüedad de esas que su madre siempre examinaba en las tiendas y deseaba poder comprar para su casa. Tenía grabada una marioneta en la tapa, bastante distinta de las que había en las paredes en el piso de abajo. Noah se inclinó para verla más de cerca.

—¿Lo ha hecho usted? —preguntó alzando la vista, y el viejo negó con la cabeza.

—Oh, no, no fui yo. No soy tan buen artesano. Los detalles, como ves, son magníficos.

—Es maravilloso —observó el niño, siguiendo los trazos del grabado con los dedos.

La marioneta de la tapa parecía un tipo muy alegre. Tenía un cuerpo largo y cilíndrico y un gorro puntiagudo en la cabeza. Las piernas, insólitamente delgadas, no parecían capaces de sostenerlo mucho rato.

—Te sorprendería saber cuánto tiempo —repuso el anciano como si le leyera los pensamientos—. Si tallas las marionetas con madera de un árbol muy viejo, la madera resulta tan resistente que puede durar una eternidad si la tratas bien. Esa marioneta podría ir hasta la otra punta de la tierra y volver y sólo necesitaría una nueva capa de barniz.

—Si usted no hizo el cofre —dijo Noah—, entonces, ¿quién lo hizo?

—Mi padre. Hace muchísimo tiempo. Llevo muchos años sin abrirlo. Hay un montón de recuerdos ahí dentro, y a veces puede resultar doloroso evocar el pasado. Incluso un simple vistazo puede ponerte muy triste, o hacer que te arrepientas de algo.

Todo aquello no hizo sino intrigar aún más a Noah con respecto al contenido del cofre, y lo miró mordiéndose el labio antes de levantar la vista otra vez, deseoso de saber qué había en su interior.

—¿Puedo abrirlo? —dijo al cabo de un momento, decidiendo que lo más simple era preguntarlo directamente—. Me gustaría ver qué contiene.

El anciano vaciló y apartó la mirada con expresión confundida, como si no estuviese seguro de querer que su cofre de recuerdos se abriera al mundo. Noah no deseaba molestarlo mientras se decidía, así que guardó silencio hasta que el hombre volvió a mirarlo y, sonriendo, asintió levemente con la cabeza.

—Adelante... —dijo en voz baja—. Pero trata con delicadeza lo que encuentres; son cosas muy valiosas para mí.

Noah asintió con entusiasmo y se agachó para levantar el cofre y depositarlo en la mesa. Advirtió entonces que en los laterales estaba representada la misma marioneta que en la tapa, rodeada por edificios de aspecto extranjero que tenía la seguridad de haber visto en los libros de geografía en el colegio. Uno de ellos se parecía a la torre Eiffel de París, y otro al Coliseo de Roma. Asió los lados de la tapa con ambas manos y la levantó con cautela, conteniendo el aliento, convencido de que iba a encontrar algo extraordinario.

Pero, para su decepción, sólo contenía más marionetas.

—Oh —dijo.

—¿Oh? —repitió el anciano—. ¿Pasa algo malo?

—Bueno, pensaba que quizá habría fotografías. Las fotografías me gustan. O cartas viejas. Pero sólo son más marionetas, como las que hay abajo. —Tomó una y la examinó con atención—. Son muy bonitas —añadió, pues no quería ser grosero—. Sólo que me parecía que podía haber algo distinto aquí dentro.

—Ah, pero estas marionetas son muy distintas —repuso el anciano sonriéndole

—. Verás, fui yo quien talló las marionetas que hay abajo. Pero éstas son las que quedan de las que talló mi padre. Para mí son valiosísimas. Como ese gran árbol de ahí fuera, me hacen pensar en él. Son todo lo que me queda de mi padre.

—Bueno, sí son interesantes, supongo —dijo Noah, más intrigado ahora—, pero ¿no quiere ponerlas abajo con las demás?

—No, no podría hacer una cosa así. Mi padre no habría querido. Verás, cada una de ellas cuenta una historia, una historia muy particular, de manera que deben guardarse juntas.

—Bueno, me gustan las historias —repuso Noah con una sonrisa mientras seleccionaba una al azar, una marioneta bastante corpulenta de una mujer con papada y expresión furibunda—. ¿Cuál cuenta ésta?

—Ah, la señora Shields —contestó el viejo y soltó una carcajada—. Mi primera maestra.

—¿Conserva una marioneta de su maestra? —preguntó Noah arqueando las cejas—. Entonces debía de gustarle mucho el colegio.

—En parte —admitió el anciano—, aunque asistir a él no fue idea mía. Fue de papá. De mi padre, debería decir. Pero ésa es otra historia. No creo que te interese saber cómo acabé aquí.

—Sí que me interesa —se apresuró a decir Noah.

—¿De veras? —El rostro del anciano se iluminó—. Bueno, de acuerdo, pues. Pero seré breve. ¿Por dónde empiezo? He ahí la cuestión. Por el bosque, supongo. —Reflexionó unos instantes y luego asintió, como si hubiera decidido que era un buen comienzo—. Sí, empezaré por cuando estábamos en el bosque.

7. La marioneta de la señora Shields

Fue papá, mi padre, quien decidió que debíamos abandonar nuestra cómoda casita junto al bosque e internarnos más en la espesura. Los árboles eran tan viejos que le proporcionarían mejor material para los juguetes y marionetas que tallaba todos los días, y le gustaba la idea de empezar de nuevo. Ese año, la vida había cambiado tanto para nosotros que, cuando oímos hablar del pueblo —un poco más allá del primero, justo pasado el segundo—, nos pareció el sitio perfecto para empezar nuestra nueva vida.

Por entonces yo tenía sólo ocho años, pero no había llevado una vida convencional. Verás, resulta que era un poco travieso, algo nada insólito en un niño de mi edad, y era proclive a meterme en líos terribles. Siempre parecía acabar conociendo a gente peculiar que pretendía llevarme por el mal camino. Era la clase de chaval que podía ir caminando por la calle en busca de una botella de leche y encontrarse de pronto secuestrado en una feria ambulante, o trabajando de criado para un villano. Cada vez que lograba escapar, le prometía a papá que no volvería a salirme de la buena senda, pero tarde o temprano acababa rompiendo la promesa. No es algo de lo que me sienta orgulloso, pero era así y no puedo fingir lo contrario.

Cuando cumplí los ocho decidí ser buen chico y, para señalar ese cambio en mi suerte, a papá le pareció buena idea empezar de nuevo en algún sitio en que nadie nos conociera.

—Después de todo lo que ha pasado —dijo papá cuando me explicó su plan—, creo que lo que necesitamos es un cambio. Empezaremos de cero.

Así pues, una mañana, antes del amanecer, antes de que los perros despertaran, antes de que el rocío dejase de caer sobre los campos, emprendimos el viaje a través del bosque, sin pararnos a hablar con nadie por el camino, y sólo nos detuvimos cuando llegamos a este pueblo.

Mi padre me preguntó si me parecía un buen sitio para echar raíces, y no tuve que pensármelo.

—Sí —contesté—. Creo que sí.

La primera criatura que conocimos fue un joven burro que se había visto distraído por nuestra llegada mientras comía hierba en la calle del pueblo y que, tras engullir unos bocados más, se acercó a saludarnos.

—Estáis pensando en mudaros aquí, ¿no? —preguntó, y parecía contento de que

un niño más o menos de su edad fuera a vivir cerca, alguien que podía llevarlo de vez en cuando a cabalgar por los campos cercanos—. Os lo recomiendo sinceramente. ¡*Ji, jaaa!* Vivo aquí con mi manada desde que nací. Somos diez o doce, pero yo soy el mejor si os apetece galopar un poco. Corro más que los demás. Nunca os dejaré caer. Y también soy mejor conversador. ¡*Ji, jaaa!* Supongo que no llevaréis encima unas salchichas, ¿no?

—Gracias por tu ofrecimiento —respondió mi padre antes de que yo pudiera decir nada y tiró de mí calle abajo.

Entonces se puso a dar golpecitos en el suelo con el bastón a breves intervalos. Respiraba hondo y se agachaba para tocar la hierba y los setos que bordeaban el camino, y luego mantuvo una serie de breves conversaciones informativas con distintos ejemplares de la fauna que había por allí; todo ello para gran consternación del burro que, por lo que advertí, confiaba en que no cambiásemos de opinión.

—Tu padre quiere estar seguro antes de decidirse, ¿no? —preguntó acercándose a mí para olisquear en mis bolsillos, como si buscase algo.

—Así es —contesté—. Confía en que podamos vivir aquí para siempre.

—Bueno, pues espero sinceramente que escoja este pueblo. Si lo hace, vendrás a verme a menudo, ¿verdad? Soy el mejor... ¿te lo había mencionado? Y si vienes, trae algo de comer. Nunca debe emprenderse un galope con el estómago vacío.

Por lo visto, el pueblo era perfecto para nosotros, porque, cuando mi padre volvió a donde estábamos el burro y yo, asintió satisfecho con la cabeza y me rodeó con los brazos.

—Éste es el sitio, hijo mío —dijo—. El sitio ideal para nosotros. Estoy seguro. Aquí podremos ser felices.

—¡*Ji, jaaa!* —exclamó el burro, encantado con la noticia—. ¡*Ji, jaaa!* ¡*Ji, jaaa!*

Y así, sin perder un segundo, papá se puso a construir nuestra nueva casa, levantándola ladrillo a ladrillo con sus propias manos. No fue una gran idea por su parte, pues, por bueno que fuera con la madera y el formón, no era tan hábil con la construcción, y la casa resultante fue un poco insólita, con paredes que no formaban ángulos rectos y ventanas que sobresalían en todas direcciones.

—Qué más da —le dije, una vez instalados sobre la juguetería, pues no quería que se sintiera decepcionado—. Siempre y cuando se tenga en pie, lo demás no importa.

—Supongo que no —admitió—. Bien, ahora tenemos que empezar a pensar en tus estudios.

—No me parece necesario, ¿no crees?

—Pues claro que sí —insistió—. Has perdido ya muchas clases; vas a rezagarte con respecto a los demás niños, y eso no está bien, ¿verdad?

—No me importa —repuse encogiéndome de hombros, y papá frunció el

entrecejo y negó con la cabeza.

—Pensaba que a partir de ahora ibas a ser un buen chico —me recordó con un dejo de decepción.

—Y voy a serlo, papá —contesté, recordando todas mis promesas—. Lo siento. Por supuesto, iré al colegio si quieres que vaya. Un poco, al menos.

Y así, antes de que pudiese cambiar de opinión, mi padre fue a ver a la directora del colegio, la señora Shields, y le preguntó si tenía una plaza para mí.

—Por supuesto, en nuestra clase siempre damos la bienvenida a nuevos alumnos —contestó la señora, sonriéndonos y con un leve rubor en las mejillas, pues mi padre era un hombre guapo y el señor Shields se había marchado en septiembre del año anterior con un circo—. Tenemos varios pupitres libres. Estaríamos encantados de que su hijo se uniera a nosotros. Por cierto, ¿no vendrá también su esposa a hablar conmigo sobre su educación? —preguntó entonces, y se inclinó hacia mi padre mientras se enroscaba un mechón de pelo en los dedos—. Es bueno que todos los miembros de la familia participen en una cuestión tan importante como la educación de un hijo.

—No tengo esposa —anunció papá, y titubeó antes de continuar; el asunto era complicado y no quería causarme más dificultades de las estrictamente necesarias.

—Bueno, no importa —repuso la señora Shields, encantada al descubrir que no tendría rival—. Aquí nos ocupamos de toda clase de niños. Tenemos a una niña que vivió en la selva los primeros cinco años de su vida y habla todavía una curiosa mezcla de inglés y mono. Se llama Daphne. Estoy segura de que te llevarás de maravilla con ella.

—Ya veremos —dije, no muy convencido.

—Y hay un niño que antes era un elefante, pero logró dejar atrás esa vida justo antes de Navidad —continuó la señora Shields—. Tuvo que ver con una serie de deseos que pidió, según tengo entendido. Pero aún se está adaptando y parece un poco perdido, el pobre. No para de intentar comer por la nariz, lo que resulta terriblemente molesto.

—Qué asco —murmuré, y la señora Shields me miró con expresión bastante más fría.

—Qué chico tan vehemente —comentó.

A la mañana siguiente, cuando entré por primera vez en el aula, todos los alumnos se volvieron para mirarme: cada niño, cada niña, cada pupitre y cada silla. Hasta la pizarra, que era corta de vista, saltó de sus ganchos y se acercó a olisquearme, para luego volver a la pared sacudiéndose polvo de tiza y murmurando: «No, no encaja. Nunca encajará».

—Este sitio está ocupado —dijo un chaval bastante repelente, llamado Toby Lovely, que se creía mejor que los demás. Se sentaba siempre cerca de la maestra,

con la intención de congraciarse con ella, y puso sus libros en el pupitre de al lado cuando yo pasé.

—Lo siento mucho —dijo una niña llamada Marjorie Willigham, feúcha y con coletas sujetas con lazos rosas, causando risitas en las niñas que la rodeaban—, pero me temo que este sitio también está ocupado. Y no me hables, por favor. No me gusta charlar con extraños.

Continué por el pasillo, más abatido a medida que todos los niños y niñas me rechazaban, pero llegué a la última fila y observé esperanzado el sitio libre que quedaba.

—Puedes sentarte aquí, si quieres —dijo el niño que se sentaba al lado, Jasper Bennett. Tenía una serie de feos chichones y magulladuras en la cara.

Despejé el pupitre y acerqué otra silla, así que me senté agradecido, sonriendo a mi nuevo compañero de asiento. Jasper me observó unos instantes, parpadeando y con sus grandes ojos llenándose de lágrimas. Al cabo de un largo silencio, dijo:

—A mí también me odia todo el mundo.

—¡Jasper! —exclamó la señora Shields, golpeando la mesa con el borrador y arrojándole un pedazo de tiza que le dio en la oreja y cayó al suelo, de donde se levantó para regresar despacio al pupitre de la maestra—. Ya te he dicho que no se habla en clase, ¿verdad? Y bien, ¿te lo he dicho o no?

—Sí, señora... —empezó Jasper, pero la maestra lo interrumpió.

—¡Jasper! —ladró—. ¡Nada de hablar!

Me llevó mucho tiempo entablar amistad con los demás niños de la clase, sobre todo porque ellos se conocían de mucho antes.

—No nos gustan los niños nuevos —me dijo Toby Lovely una tarde, sentándose en una esquina de mi pupitre para apoderarse de un cubilete de madera para lápices que mi padre había tallado para mí—. ¿No puedes irte a otro colegio? Tienes en contra a toda la clase.

—No hay otro sitio al que ir —respondí encogiéndome de hombros—. Éste es el único colegio del pueblo. A menos que quieras que vaya a la escuela con los burros.

—Bueno, es una opción, desde luego —repuso Toby.

—Le he prometido a mi padre que vendría aquí todos los días a partir de ahora —insistí.

—Conque eres un respondón, ¿eh? —espetó entonces, y se volvió hacia sus amigos, que estuvieron de acuerdo en que aquello era un insulto tremendo.

Así que esperaron al recreo del almuerzo para abalanzarse sobre mí, sujetarme los brazos a la espalda y darme tirones de pelo. Cuando me zafé de la encerrona estaba cubierto de moretones y arañazos, un espectáculo penoso para cualquiera que me viera por la calle de regreso a casa. Incluso Jasper Bennett, a quien ya no acosaban desde que los otros niños habían encontrado un nuevo chaval al que zurrar, se había

abalanzado sobre mí, lo que demostraba que en este mundo uno no puede confiar en nadie, o al menos en Jasper.

—Esto nunca habría pasado si fueses como antes —me dijo mi padre aquella noche mientras me ponía tiritas en las heridas y me desinfectaba los rasguños—. Ahora tendrás que andarte con más cuidado. Debes esforzarte en hacerte amigo de los demás chicos, no meterte en peleas con ellos.

Al día siguiente, papá fue a hablar del problema con la señora Shields, y ella le dijo que vigilaría que nadie me acosara, pero que los niños eran niños y en realidad no podía hacerse gran cosa. Dijo que si quería pasar un tiempo feliz en el colegio tendría que defenderme porque, en definitiva, sólo yo mismo podría ayudarme.

Para serte franco, Noah Barleywater, su consejo no me fue de gran ayuda.

8. Noah y el anciano

—¿Y por qué hizo su padre una marioneta de la señora Shields? —quiso saber Noah. Sostuvo en alto la figura y tiró de un cordel, y un pedazo de tiza salió volando de la mano para caer a cierta distancia, antes de arrastrarse de vuelta a sus retorcidos dedos.

—Fue un regalo, supongo. Pensó que si era amable con ella, la maestra lo ayudaría. Sin embargo, creo que ella pensó que significaba algo más, lo que condujo a su vez a una serie de malentendidos románticos, pero ésas, me parece, son historias para otra ocasión. En cualquier caso, ella no me ayudó mucho, he ahí el quid de la cuestión, aunque resultó que tenía razón. Debía defenderme por mí mismo. Probablemente tú tendrás que hacer lo mismo.

—¿Yo? —preguntó Noah alzando la mirada, sorprendido—. ¿Por qué lo dice?

—Bueno, ¿no te has escapado de casa porque los otros niños te acosaban? Me ha parecido la explicación más obvia.

—Oh, no —respondió Noah—. No, tengo un montón de amigos en el colegio, aunque lamento enterarme de que usted no los tuvo. Hay un niño en nuestra clase, Gregory Fish, al que todo el mundo intimida porque dice las erres como si fueran ges.

—Pues eso no está bien, ¿no crees? Confío en que tú no seas malo con él.

Noah se encogió de hombros y apartó la mirada.

—A veces —repuso ruborizándose un poco—. No pretendo serlo.

—Ya veo —dijo el viejo negando con la cabeza, al tiempo que seguía tallando la pieza de madera; la sostuvo a la luz para examinarla con detalle—. ¿Y crees que echarás de menos a esos amigos tuyos?

—Todavía no los echo de menos —contestó Noah, y pensó en todos sus juegos y en las aventuras que corrían juntos—. Pero supongo que lo haré con el tiempo. Después de todo, son muy buenos amigos.

—¿Y aun así te escapaste y los dejaste atrás?

—¿Quién ha dicho que me haya escapado? —replicó Noah.

—¡Lo has dicho tú, niño! —bramó el oso de la pajarita roja, y se incorporó unos instantes para blandir un dedo admonitorio antes de volver a desplomarse, inanimado, como si no hubiese ocurrido nada.

Noah se quedó mirándolo, boquiabierto, y volvió la vista al viejo con cara de sorpresa.

—¿Pasa algo? —preguntó éste con expresión inocente.

—El oso... me ha gritado.

—Sí, a veces es insufriblemente grosero —explicó con gesto de resignación—. Ya le he advertido que no debe gritar a las visitas, pero me temo que él es así. No puedo hacer nada al respecto. Sería como pedirle a una ardilla que no cantara cuando los pájaros trinan al amanecer. En cualquier caso, la cuestión es que te has escapado de casa, ¿no es así?

—Sí —admitió Noah.

—¿Y quieres contarme por qué?

El niño negó con la cabeza y volvió a hurgar en el cofre, para extraer la marioneta de un hombre ataviado con un chándal. Tiró del cordel y el hombre se llevó a los labios el silbato que sujetaba en una mano y emitió agudos pitidos, aunque a saber de dónde sacaba el aire necesario para hacerlo.

—¡Uau! —exclamó Noah Barleywater.

—El señor Wickle —dijo el anciano, riendo—. De no ser por él, las cosas que me sucedieron más adelante bien podrían no haber ocurrido en absoluto. Verás, fue él quien despertó mi interés.

—¿Su interés en qué?

—En correr. De joven fui un gran corredor, ¿sabes? Nadie lo diría viéndome ahora, con lo que tardo en subir y bajar estas escaleras, pero era famoso en el mundo entero. Y el primero en darse cuenta de lo rápido que podía correr fue el señor Wickle.

9. La carrera

Al cabo de unas semanas, prosiguió el anciano, empecé a pensar que quizá sería buena idea dejar la escuela por imposible. No tenía muchos amigos que digamos, y Toby Lovely me ponía las cosas cada vez más difíciles. Un día serró las patas de mi silla, de modo que al sentarme caí al suelo y me hice daño. Otro día puso un cubo de barniz sobre la puerta, y cuando entré me cayó encima y tuve que bañarme dos veces la misma semana. Me birlaba los deberes y se comía mis manzanas, ataba los cordones de mis botas y pronunciaba mal mi nombre. Decía que yo venía del espacio exterior y que tenía gelatina por cerebro. Me metió una rana por atrás de los pantalones y un hurón por delante, lo que resultó más divertido de lo que había previsto. ¡Oh!, podría seguir y seguir con la lista de cosas terribles que me hizo. Se pasó una tarde entera caminando a mi lado con un jersey que llevaba una flecha señalando hacia mí y debajo las palabras «Estoy con el imbécil». Las mañanas de los miércoles me hablaba en japonés, un idioma que dominaba, y empecé a entender unas cuantas palabras. Me echaba sal en los cereales y azúcar en los bocadillos. Convenció a todos los de la clase de llevar sombrero durante un día, de manera que me convertí en el bicho raro. Me enviaba flores y las firmaba con muchos besos de parte de una tal Alice. Fue terrible, absolutamente terrible. Empecé a tener miedo de ir al colegio; las cosas no podían estar peor.

Hasta que lo estuvieron.

Un martes por la mañana, la señora Shields se paseó por la clase interesándose por los empleos que nos gustaría tener de mayores, lo que quizá fuera un poco prematuro ya que éramos niños de ocho años, pero dijo que debíamos hacer planes para el futuro, incluso en esa etapa tan temprana. Quería saber no sólo qué nos gustaría ser de mayores, sino también a qué se dedicaban nuestros padres.

—Mi padre es una estrella de cine internacional —anunció Marjorie Willingham—, y mi madre es astronauta. Yo espero convertirme en piloto de helicópteros.

—Muy bien, Marjorie —asintió la maestra—. ¿Y tú, Jasper Bennett? ¿Qué hacen tus padres?

—Mi padre está trabajando en una cura para los resfriados. Mi madre se dedica a susurrar a los caballos. Y yo aspiro a ser sacerdote.

—Si pones empeño, conseguirás tu objetivo —declaró la maestra—. Matthew Byron, ¿qué me dices de ti?

—Mi padre es el jefe de las fuerzas armadas, y mi madre ayuda a la gente a evitar el pago de impuestos. Yo planeo ser futbolista profesional hasta los treinta y cuatro años y medio, momento en que me centraré en convertirme en poeta laureado.

—¡Qué ambicioso! —repuso la señora Shields sonriendo—. Toby Lovely, estoy segura de que tus padres son unos modelos de conducta maravillosos.

—Así es. ¿Sabe esos toboganes serpenteantes que cuando sales por el otro extremo caes en una piscina?

—Sí.

—Bueno, pues los inventó mi padre.

—Fascinante —opinó la maestra—. ¿Y tu madre?

—Ella inventó las piscinas. Fue así como se conocieron.

—Claro. ¿Y qué me dices de ti? ¿Qué te gustaría ser de mayor?

—Atleta —contestó Toby—. Después de todo, soy el chico más rápido del colegio. —Sonrió con aire de suficiencia y el resto de la clase lo aplaudió calurosamente.

—Sí, desde luego que lo eres —dijo la señora Shields mirando alrededor—. Bueno, ¿ya está todo el mundo? ¿No me dejo a nadie?

Todos asintieron con la cabeza menos yo, algo que lamenté de inmediato, pues la maestra se dio cuenta y me señaló.

—¿Y tú? —dijo—. ¿A qué se dedican tus padres?

Tragué saliva al levantarme.

—Mi padre fabrica juguetes —contesté—. Sobre todo marionetas, pero también otras cosas. Es muy hábil con las manos.

—Estupendo. Todo el mundo necesita juguetes. Bueno, al menos hasta cumplir los treinta. ¿Y tu madre? —Me sorprendió un poco que preguntara eso y agaché la cabeza—. Oh, por supuesto —añadió—. Lo siento. Se me había olvidado. No tienes madre, ¿no?

—No, señorita —repuse.

—¿Murió?

—No, señorita.

—¿Se fue de casa?

—No, señorita —respondí.

Pareció sorprendida y frunció el entrecejo.

—Bueno, ¿dónde está, pues? No puede haberse desvanecido en el aire, ¿no?

—Nunca he tenido madre —anuncié.

—¿Que nunca has tenido madre? —exclamó Toby volviéndose para mirarme con cara de asombro—. En mi vida había oído nada tan ridículo.

—Entonces es que no te has oído cantar —espeté, atónito ante mi propia valentía al plantarle cara; se quedó sin habla y se limitó a mirarme y hervir de indignación.

Supe que la cosa no acabaría ahí, y en efecto, unas horas después en el patio, se acercó para propinarme una colleja como recompensa por mi insolencia.

—¿Cómo puede ser que alguien nunca haya tenido madre? —quiso saber—. No me dirás que te tallaron en madera o algo así.

—Son cosas que pasan —repuse—. Nunca he tenido madre. Tú nunca has tenido cerebro. Todos contamos con algo que nos hace destacar entre el resto.

¡Había vuelto a hacerlo! Quizá tantos meses de acoso me habían llevado al punto de no poder soportarlo un instante más. Toby me miró y rió un poco de puro asombro, antes de patear el suelo como un toro a punto de abalanzarse sobre mí, de forma que acabamos rodando en un lío de puños y tirones de pelo, mientras los demás nos rodeaban entre aclamaciones, encantados con el espectáculo de una buena pelea.

Lo aporreé por todas partes, y cuando por fin el señor Wickle, el profesor de gimnasia, nos separó, comprobé encantado que Toby sangraba por la nariz; aunque no me gustó tanto notar las magulladuras en las orejas y el ojo a la funerala que empezaba a hinchárase en la cara.

—¿Qué ocurre? —quiso saber el señor Wickle—. ¿Niños peleándose en mi patio? ¡No pienso permitirlo! Bueno, ¿y por qué os peleabais?

No pude aguantar más y exclamé a viva voz:

—¡Se cree mejor que yo! ¡Y no lo es!

—Sí lo soy —respondió Toby.

—No lo eres —repuse.

—Sí lo soy —insistió él.

—No lo eres.

—Sí lo soy.

—No lo eres.

—Muy bien, muy bien —intervino el señor Wickle haciéndonos callar—. Ya basta, los dos. —Se volvió hacia mí—. Mira, Toby Lovely es uno de los deportistas más brillantes que el colegio ha tenido jamás. Se alzó con cuatro medallas de oro en los últimos campeonatos. Corre más rápido que nadie que yo conozca. Si dice que es mejor que tú en ese sentido, supongo que lo admitirás, ¿verdad? En cuanto a ti —añadió volviéndose hacia Toby—, deberías mostrarte más humilde.

—De acuerdo —repuso Toby tendiéndome la mano—. Deberías simplemente aceptar mi superioridad y no mirar por encima del hombro a los demás.

—Yo podría ganarte en una carrera —repliqué encogiéndome de hombros y sin pensar siquiera lo que decía.

Todo el mundo en el patio calló al oír aquello, y el silencio pareció interminable. Finalmente, el estómago del señor Wickle empezó a hacer ruiditos y todos salimos de nuestro estupor.

—Por favor —dijo, negando con la cabeza y mirándome con lástima—. Eso que has dicho es una tontería.

—Pero es verdad —contesté.

—No lo es —repuso Toby.

—Sí lo es —repliqué.

—¡Ya basta! —exclamó el señor Wickle—. Si crees que corres más rápido que el mejor atleta que he tenido en el colegio desde el gran Dmitri Capaldi, entonces sólo hay una manera de probarlo. ¡Celebraremos una carrera!

El colegio entero prorrumpió en vítores y, con increíble celeridad, se abrió para formar dos hileras. Todos los niños quedaron de un lado, y las niñas del otro, y se miraron con las expresiones habituales de miedo e interés combinados. En medio, al frente, nos hallábamos Toby y yo, con el señor Wickle entre ambos. Del edificio del colegio llegó corriendo la señora Shields, cargando unas zapatillas de deporte.

—Las zapatillas de Toby —dijo casi sin aliento—. No puede correr sin sus zapatillas de la suerte.

—¿Has traído las tuyas? —me preguntó el señor Wickle, bajando la vista hacia mis botas con tachuelas.

—No, señor, pero no importa. Puede llevar las suyas si quiere; aun así ganaré.

—Muy bien, entonces me las pondré —repuso Toby calzándose las, y nos acuclillamos en los puestos de salida.

—Vista al frente, chicos —dijo el señor Wickle—. ¿Veis aquel manzano allá lejos? Está a unos cuatrocientos metros de distancia. El primer chico que me traiga de vuelta una manzana será declarado ganador. ¿Estáis preparados?

—¡Preparados, señor! —exclamamos, y me pregunté dónde me había metido, pues en mi vida había corrido una carrera, y mucho menos contra alguien como Toby Lovely, que era en efecto un corredor muy veloz.

—¿Listos?

—Listos, señor —contestamos, y tragué saliva con nerviosismo, observando el lejano árbol y decidiendo que, ocurriera lo que ocurriese, haría un buen papel y no me quedaría demasiado rezagado.

—¡Ya!

Salí disparado, sin mirar a derecha e izquierda, completamente ajeno a la ventaja que debía de estar sacándome mi oponente. Llegué al árbol, arranqué una manzana, me volví en redondo y eché a correr de nuevo para dejarla en la mano tendida del señor Wickle, y de pronto fui consciente del silencio reinante en las dos hileras de espectadores. Al volverme, vi a Toby a unos metros de distancia, deteniéndose para mirarme con asombro. Apenas se había alejado de la posición de salida y yo ya había ido y vuelto.

—¡Dios santo! —exclamó el señor Wickle—. Esto sí que ha sido una sorpresa.

10. Noah y el viejo

—Entonces, ¿ganó la carrera? —quiso saber Noah—. ¿Lo derrotó?

—Así es —respondió el viejo con una sonrisa—. Y, créeme, yo quedé tan asombrado como los demás. Nunca imaginé que pudiese ganar, pero resultó que soy un atleta por naturaleza, el corredor más veloz que el pueblo ha conocido nunca. Y, para ser justo con Toby Lovely, reconoció que era así y me felicitó.

—Supongo que después de eso se hicieron grandes amigos, ¿no?

—En absoluto —contestó negando con la cabeza—. No nos soportábamos. Dejé de acosarme, eso es verdad, pero no volvimos a hablarnos. Me temo que esta historia acaba aquí. Pero la mía no había hecho más que empezar. Estaba a punto de comerme el mundo.

—¿Y por eso su padre hizo esta marioneta? —preguntó Noah sosteniendo la del señor Wickle—. ¿Porque fue el hombre que ayudó a poner fin a todos los acosos?

—Más o menos. Pero a mi padre no le caía del todo bien, pues siempre decía que de no ser por el señor Wickle me habría quedado en casa los años que siguieron, en lugar de estar corriendo por ahí y dejarlo solo. Me echaba mucho de menos cuando yo no estaba, ¿sabes? Nos habíamos mudado al bosque para que no me metiera en líos y travesuras, pero yo los había encontrado de otra clase. Hizo esta marioneta para poder mirarla y zarandearla cuando se enfadara conmigo.

—Qué curioso —comentó Noah dejando la marioneta en la mesa.

—Verás, resulta que el señor Wickle se percató de inmediato de que mis piernas eran excepcionalmente fuertes y me apuntó a fútbol y rugby, a tenis y lacrosse, a bádminton y hockey, a submarinismo y paracaidismo, a descenso en balsa y ciclismo, a automovilismo y natación sincronizada, a baloncesto y atletismo, a escalada y remo, a vela y tiro al arco, a béisbol y boxeo, y no tardé en ganarme la fama de mejor atleta que había visto nunca el pueblo. El profesor de polo hasta me invitó a asistir a sus clases, pero decliné la oferta. «No, no me gusta el polo», le dije.

—Nunca había conocido a nadie que practicara tantos deportes —declaró Noah.

—Sí, pero lo que más me gustaba era correr. Todos los días, el señor Wickle me cronometraba en un circuito que partía de las puertas del colegio para recorrer la carretera, internarme en el bosque y volver a salir, seguir calle arriba, cruzar el pueblo, pasar ante mi amigo el burro y regresar al patio del colegio. Decía que tenía más potencial que cualquier niño que hubiese visto nunca, y él los había visto a todos.

«Te revelaré un truco», me dijo el señor Wickle, inclinándose para estrecharme un hombro: «Si quieres mejorar tu marca, corre más rápido».

—Me parece un buen consejo —comentó Noah.

—Oh, lo fue. Y corrí más y más rápido. Cuando llegó la jornada de encuentros deportivos en el colegio, gané todas las carreras programadas, y cuando el día tocó a su fin, los demás niños me rodearon y me levantaron en hombros para llevarme en una marcha victoriosa a través de las calles. Sin embargo, creyendo que planeaban darme una paliza otra vez, me escapé corriendo lo más rápido que pude, que fue muy rápido, y nunca me hicieron entrega del trofeo. Unos meses después se celebró la carrera anual de larga distancia del pueblo, que se conocía como «la Larga», y la gané con un tiempo un quince por ciento más rápido que el de cualquiera que la hubiese corrido antes. Corrí incluso más deprisa que el gran Dmitri Capaldi, el corredor legendario cuya estatua se alzaba en el centro del pueblo. Y cuando las noticias de mi éxito empezaron a difundirse, acudieron los de la junta comarcal, y antes de que acabara el año fui coronado el corredor más rápido en ochenta y cuatro kilómetros a la redonda. No mucho después me proclamaron el corredor más veloz del país. Y fue entonces cuando mis propósitos de ser un buen chico y quedarme con mi padre empezaron a torcerse, pese a mis promesas.

—Me gustaría tener esa capacidad —comentó Noah—. En realidad, no soy muy buen corredor. Aunque no se me da mal el ajedrez.

—Hum —repuso el anciano—. Pero no es exactamente un deporte, ¿no?

—Es un deporte de la mente —respondió Noah, sentándose más tieso y sonriendo.

—Sí, es cierto. Pero ahora no tendrás con quién jugar al ajedrez, imagino. Ahora que te has escapado de casa, quiero decir.

—No —admitió Noah, bajando de nuevo la vista hacia la mesa para concentrarse en un nudo de la madera y rascarlo con la uña del pulgar.

—Entonces supongo que ha sido por tu familia —continuó el viejo mientras se ponía en pie, para retirar las cosas del almuerzo—. Son las únicas personas que quedan. Debes de haberte escapado de ellas. Bueno, ¿qué te parece esto? —preguntó mostrándole la marioneta de un orangután, resultado de la hora que llevaba tallando.

—Es muy buena —repuso Noah, tomándola de manos del anciano para examinarla con atención—. Y muy real, por la forma en que ha tallado la madera para que parezca pelaje de mono.

—Sí, supongo —respondió el viejo con una leve decepción—. En realidad no era un orangután lo que intentaba tallar, pero no importa.

—¿De veras? ¿Qué pretendía que fuera?

El anciano negó con la cabeza y se acercó a una cesta llena de maderas que había en un rincón, seleccionó una, la examinó, asintió con la cabeza y volvió a sentarse.

—No importa —repitió en voz baja, y tomó el formón—. Volveré a intentarlo. Un día de éstos me saldrá bien. Creo que hay algo de postre si te apetece.

—Si no es mucha molestia... —contestó Noah, que aún tenía hambre—. Y no me he escapado a causa de mi familia, por cierto. Es sólo que... bueno, ellos están allí y yo estoy aquí, eso es todo.

—Pero deben de ser malas personas si no quieres estar con ellos —comentó el anciano. Hizo chasquear los dedos para llamar a la nevera, que apareció ante ellos con tremenda agilidad, considerando lo llena que estaba de dulces. El viejo abrió la puerta y observó su interior—. Me temo que no tengo gran cosa que ofrecerte. Sólo gelatina y helado, un pastel de chocolate, una tarta de crema de plátano y un poco de flan con doble ración de cerezas. ¿Te bastará con eso?

—Sí, de sobra —respondió Noah.

No le gustó que el viejo creyera que su familia era mala gente y por eso había huido. Después de todo, no eran malos en absoluto. En realidad eran personas muy agradables.

—Pero, si son tan agradables, ¿por qué has huido? —preguntó el viejo, sorprendiendo a Noah, pues estaba seguro de que no había expresado sus pensamientos en voz alta.

—Es mejor así y ya está —dijo.

—¿Te encierra tu padre en la carbonera?

—No —contestó Noah, horrorizado.

—¿Te obliga tu madre a comer en la caseta del perro?

—Claro que no. Jamás haría una cosa así. Además, no tenemos perro. Mi madre y yo solemos salir de excursión por ahí y lo pasamos muy bien. O al menos lo hemos hecho durante estos últimos meses.

—Ah, ¿sí? Eso parece interesante.

—Sí, bueno, una vez fuimos a una cafetería donde había un *flipper* —dijo Noah, y le contó cómo había conseguido 4 500 000 puntos y había alcanzado el primer puesto en la lista de los mejores jugadores—. Y en otra ocasión me salvó de un guardia de seguridad que me acusaba de haber robado unos naipes. Y hace sólo unas semanas construyó nuestra propia playa privada.

El viejo enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Una playa privada? ¿Junto a un bosque? No parece muy verosímil.

—Se asombraría de las cosas que es capaz de hacer mi madre cuando se empeña —dijo Noah con una leve sonrisa—. Está llena de sorpresas.

11. Una excursión inesperada

La madre de Noah nunca había sido de las que hacen cosas inesperadas, pero aquello había cambiado unos meses atrás, después de que cancelaran las vacaciones de primavera en casa de la tía Joan. Solían ir allí cada Pascua desde que Noah recordaba, y siempre había deseado ese viaje, no sólo porque vivían junto al mar y podía pasarse horas chapoteando en el agua y haciendo castillos en la arena, sino también porque su primo Mark era su mejor amigo, aunque sólo se vieran unas pocas veces al año. (La costa, donde vivía la tía Joan, quedaba muy lejos del bosque donde residía la familia Barleywater).

Todo el mundo decía que Mark era muy distinto de Noah. Era alto para su edad, y sus padres aseguraban que iban a ponerle un ladrillo en la cabeza para impedir que creciera más, porque la ropa sólo le duraba unos meses antes de quedársele pequeña. Y tenía una buena mata de pelo rubio, mientras que el de Noah era negro. Y tenía ojos azules, no verdes como los de Noah. Y se parecía a una estrella de fútbol o rugby, dos deportes que a Noah le gustaba practicar pero en los que no destacaba. Por algún motivo, siempre se confundía cuando jugaban en el colegio (los lunes, miércoles y viernes, al fútbol; los martes y jueves, al rugby), y atrapaba el balón con las manos para arrojárselo de lado a los otros niños del equipo, o chutaba la pelota de rugby para lanzarla al fondo de la red y gritar «¡Gooooool!» a pleno pulmón y luego correr alrededor del campo con la camiseta levantada, tapándose la cabeza, hasta que se caía. De no ser porque en general resultaba simpático a los demás niños, es muy posible que le hubiesen dado de patadas en el trasero.

—Ha habido un pequeño cambio de planes —anunció su madre una noche a la hora de la cena—, con respecto a las vacaciones en casa de la tía Joan.

—Pero vamos a ir, ¿verdad? —se apresuró a decir Noah levantando la vista del pastel de pescado, al que estaba mareando en el plato con la esperanza de encontrar algo comestible en aquel revoltijo blandengue. (Su madre era muchas cosas, pero buena cocinera no era una de ellas).

—Sí, sí, vamos a ir —repuso la madre buscando con la vista la sal y la pimienta para camuflar el sabor y al mismo tiempo no mirarlo a los ojos—. Bueno, cuando digo que vamos a ir quiero decir que iremos. En algún momento, claro. Pero no dentro de dos semanas como teníamos planeado.

—¿Por qué no? —quiso saber Noah, los ojos abiertos de sorpresa.

—Será otra semana —intervino el padre—. Por ejemplo, en verano, si todo va bien.

—Pero si está todo organizado —insistió Noah, mirando de uno a otro, consternado—. Le escribí a Mark la semana pasada y decidimos que la primera tarde iríamos a buscar cangrejos y...

—La última vez que fuiste a buscar cangrejos con Mark, llenasteis un cubo entero, y cuando uno se salió y se subió a tu brazo, los dejaste caer todos en el suelo de la cocina de la tía Joan —le recordó su madre—. Todos escaparon, excepto un cangrejo desafortunado al que se le rompió el caparazón al caer. En todo caso, imagino que la población de cangrejos estará encantada de enterarse de que no vas de visita esta Pascua.

—Sí, pero entonces sólo tenía siete años —adujo Noah—. Nadie sabe cómo comportarse a los siete. Pero ahora tengo ocho. Trataré a los cangrejos con más respeto.

—¿Quieres decir que conservarás intactos sus caparazones antes de dejarlos caer, todavía vivos, en una olla de agua hirviendo? —preguntó el padre, que se definía como un defensor de causas perdidas y se sentía orgulloso de ello.

—Eso es. Así pues, ¿podemos ir?

—No —contestó su madre.

—Pero ¿por qué no?

—Porque no podemos.

—¿Por qué no podemos?

—Porque yo lo digo.

—Pero ¿por qué lo dices?

—Porque ahora mismo no es posible.

—Pero ¿por qué no es posible ahora mismo?

—¡Porque no lo es!

—¡Eso no es una respuesta!

—Bueno, pues es la única respuesta que van a darte, Noah Barleywater —espetó la madre, y él supo que ahí acababa el asunto, porque su madre sólo lo llamaba por el nombre y el apellido cuando había tomado una decisión y no había vuelta atrás—. Ahora, cómete el pastel de pescado antes de que se enfríe.

—Odio el pastel de pescado —gruñó Noah; en realidad le gustaba cuando estaba bien hecho. (Por alguien que supiera cocinar, por ejemplo).

—No, no es verdad —repuso ella—. Cuando salimos a cenar fuera siempre pides pastel de pescado.

—No odio el auténtico pastel de pescado —explicó Noah, revolviendo la bazofia rosácea y blancuzca en el plato; algunos trozos se veían tan crudos e incomedibles que un veterinario experimentado habría podido devolverles la vida—. Pero esto,

madre... Esto... la verdad...

La mujer exhaló un suspiro. Sabía que Noah sólo la llamaba «madre» cuando estaba seguro de algo y no había forma de convencerlo de lo contrario.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Sabe a vómito —repuso el niño encogiéndose de hombros.

—¡Noah! —exclamó el padre, dejando de enredar en su propio plato para mirar a su hijo—. Eso que has dicho es inaceptable.

—Déjalo, tiene razón —intervino la madre con un suspiro y apartó el plato—. Soy una cocinera pésima, lo sé.

—Haces una sopa de tomate bastante buena —concedió Noah.

—Ya —admitió ella—. Sé abrir una lata como el mejor. Pero mi pastel de pescado no da la talla.

—Para ser francos —dijo el padre—, sí que parece algo ante lo que el perro arrugaría el hocico. Si tuviésemos un perro, claro.

—Vayamos a cenar fuera —propuso la madre, poniéndose en pie para retirar los platos—. Así podréis pedir lo que queráis.

Noah sonrió, con la decepción por lo de las vacaciones momentáneamente olvidada, y saltó de la silla, pero justo en ese instante a su madre se le escurrieron los platos que llevaba, y los tres se estrellaron contra el suelo, diseminando por todas partes patatas, gambas, bacalao, guisantes y toda clase de ingredientes viscosos. Noah dio un respingo, esperando oírla decir que era una patosa incorregible y que siempre se le caía todo, pero en lugar de ello estaba apoyada contra el aparador, aferrándose los riñones con una mano y gimiendo suavemente, emitiendo un sonido extraño e inquietante, un gimoteo desgarrador que no le había oído nunca. Su marido corrió hacia ella, y Noah dio un paso también, pero no había otra forma de pasar sobre el pastel de pescado desparramado que dando un gran salto, y no podía hacerlo sin dar primero un paso atrás.

—Sube a tu habitación, Noah —ordenó su padre antes de que pudiera moverse.

—¿Qué le pasa a mamá? —preguntó él con nerviosismo.

—¡Sube a tu habitación! —repitió su padre levantando la voz, y pareció tan serio que Noah obedeció inmediatamente.

Una vez en su cuarto, trató de no pensar en qué estaba pasando en realidad en el piso de abajo.

Y ahí acabó el asunto, por el momento.

Dos semanas después, el día en que deberían haberse marchado a casa de la tía Joan de no haber cambiado los planes, Noah estaba ante el espejo de su habitación midiéndose los músculos cuando su madre entró muy decidida. Había pasado unos días enferma en la cama, pero ya parecía mejor y todo el día anterior había estado fuera, en lo que describió como una misión secreta de la que Noah sabría algo muy

pronto.

—¡Aquí estás! —exclamó sonriente—. ¿Qué te parecería una excursión?

—¡Guay! —contestó Noah, dejando la cinta métrica para tomar nota en su libreta de medidas—. ¿Adónde iremos esta vez? ¿Volvemos a la cafetería del *flipper*?

—No, tengo un plan mucho mejor. Puesto que no podemos ir al mar, he pensado traer el mar a nosotros. ¿Qué te parece?

Noah suspiró y negó con la cabeza.

—Vivimos junto a un bosque, madre. No creo que vayamos a encontrar ninguna playa por aquí cerca.

—Si piensas que voy a dejar que un detalle como ése se interponga en mi camino, es que no me conoces —contestó ella; le sacó la lengua y esbozó una mueca—. Ya sabes que soy la madre más increíble del mundo, ¿no? —Noah asintió pero no dijo nada, de modo que su madre dio dos rápidas palmadas, como alguien en un programa de televisión a punto de hacer un hechizo, y dijo—: Ve por el bañador y una toalla. Te espero abajo dentro de cinco minutos.

Noah lo hizo, preguntándose qué demonios le estaría pasando a su madre. Era la segunda vez que lo sacaba en una excursión imprevista. La primera vez, la del *flipper*, lo habían pasado genial, y si podía basarse en eso, esta de ahora sería incluso mejor. Antes, su madre no hacía esa clase de cosas, pero últimamente, y de repente, parecían estar de moda. Sin embargo, no lograba imaginar cómo llevaría el mar hasta el bosque. Su madre era muchas cosas, pero maga no.

—¿Adónde vamos? —preguntó cuando iban en el coche, con la capota abierta por una vez. (En el pasado, la señora Barleywater decía que no le gustaba abrirla por si pillaba un resfriado, pero eso ya no parecía preocuparla y se la veía contenta disfrutando de la fresca brisa de verano. «Sólo se vive una vez», había comentado al abrirla).

—Ya te lo he dicho, a la playa.

—Sí, pero en la vida real —insistió él.

—Noah Barleywater —repuso ella mirándolo un instante, para luego volver a centrarse en la carretera—, espero que no estés sugiriendo que voy a defraudarte. Me has dicho que te encanta ir a la playa.

—Sí, pero está a cientos de kilómetros de aquí. No vamos a conducir cientos de kilómetros, ¿verdad?

—Claro que no —respondió su madre—. No tendría energías suficientes para eso. No, deberíamos llegar en unos quince minutos.

Y en efecto, un cuarto de hora después, tras haberse alejado del bosque en dirección a la cercana ciudad, llegaron a un hotel que Noah nunca había visto y dejaron el coche en el aparcamiento.

—No digas nada —dijo la madre al advertir la escéptica expresión de su hijo—.

Confía en mí y ya está.

Entraron en el hotel y la señora Barleywater le hizo una seña con la mano a una recepcionista, que salió de detrás del mostrador con una sonrisa en el rostro y le tendió una llave.

—Gracias, Julie —dijo la madre guiñándole un ojo.

Noah frunció el entrecejo, sorprendido, porque estaba seguro de conocer a todos los amigos de su madre, y esa Julie era nueva para él. A continuación siguió a su madre, sólo volviéndose para echar un vistazo a la recepcionista, que estaba con otra compañera y los observaba alejarse. Movía la cabeza como si estuviera muy triste por algo, y le habló a su amiga, que se quedó boquiabierta, como si acabaran de contarle un terrible secreto.

—Es por aquí —indicó la madre llevándolo de la mano pasillo adelante—. Y ahora, subamos al ascensor. ¿Quieres apretar tú el botón?

Noah suspiró y negó con la cabeza.

—Te acuerdas de que tengo ocho años y no siete, ¿no? —preguntó, pues cuando era más pequeño siempre quería ser quien pulsara los botones en los ascensores—. Aun así, supongo que tiene que apretarlo alguien.

—B —dijo la madre.

Noah apretó el botón de la planta B, las puertas se cerraron y el ascensor bajó lentamente entre montones de chirridos y silbidos.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A un sitio que está muy bien —contestó su madre.

Cuando las puertas volvieron a abrirse, recorrieron otro pasillo, y la señora Barleywater abrió una puerta que daba a un vestuario desierto.

—Entra y ponte el bañador —indicó—. Yo me cambiaré ahí al lado. ¡Bueno, espabila! Nos encontraremos aquí fuera dentro de cinco minutos exactos.

Noah asintió con la cabeza, hizo lo que le decían, y cinco minutos después los dos recorrían otro pasillo. Por fin, su madre se detuvo ante una puerta y se volvió muy sonriente.

—Siento que no hayamos podido ir a la playa este año, pero no quería que te lo perdieras por mi culpa.

—¿Por tu culpa? ¿Qué quieres decir?

En lugar de contestar, ella se limitó a abrir la puerta con una llave que le habían dado, y entraron en la zona de la piscina. Noah había estado antes en piscinas, pero nunca en una como aquélla. Para empezar, no había nadie, lo que sorprendía bastante en un hotel de esa clase. Las piscinas solían estar llenas de hombres mayores que chapoteaban como ballenas al nadar, o de niños asustados que daban nerviosos saltitos en la parte baja, por temor a dejar de hacer pie y que el suelo desapareciera. No obstante, sólo estaban ellos dos.

Pero si aquello le pareció poco corriente, no fue nada comparado con el aspecto que tenía la piscina. Habían traído montones de arena para formar dunas, y aunque no recordaba ni por asomo a una playa, era probablemente lo más cercano que podía encontrarse en una piscina. Noah se quedó pasmado y miró maravillado a su madre.

—De acuerdo, no es una playa real —admitió ella—, pero tenemos el sitio sólo para nosotros y podemos fingir que estamos en la playa, ¿no? Otras vacaciones juntos en la playa. Saquémosles el mayor partido, ¿de acuerdo?

—Muy bien —dijo Noah—, siempre podemos volver a casa de la tía Joan la próxima Pascua, ¿no? O incluso este verano.

La señora Barleywater iba a contestar, pero pareció tardar en encontrar las palabras. Tragó saliva y apartó la mirada, y entonces se inclinó y abrazó a Noah tan fuerte que él pensó que se había vuelto loca.

—¿Qué pasa? —preguntó con nerviosismo, apartándose de ella—. ¿Por qué estás tan rara?

—¿Yo? ¿Rara? —repuso la madre aclarándose la garganta, y le volvió la espalda—. No sé de qué me hablas. Y ahora, ¿qué te parece si nadamos un poco? —añadió acercándose al borde de la piscina—. Te echo una carrera hasta el otro lado.

En cuanto lo hubo dicho, se zambulleron y llegaron al otro lado casi a la vez, pero estuvieron finalmente de acuerdo en que ella había llegado primera por los pelos, aunque fue la única carrera que ganó en toda la tarde, pues Noah era muy buen nadador y ella parecía cansarse con facilidad. Hicieron castillos de arena, nadaron más, y justo en el momento adecuado, un joven trabajador del hotel, al que no pareció impresionarle lo que estaba pasando allí, les llevo sándwiches y refrescos.

—¿Y bien? —preguntó la madre mientras espolvoreaba el sándwich con unos granos de arena, para que se pareciera aún más a cuando estaban en la playa—. ¿Lo estás pasando bien?

Noah se apresuró a asentir con la cabeza y la miró con una sonrisa radiante. Se preguntó si ella padecería alguna clase de alergia al cloro, pues tenía los ojos muy rojos, como si hubiese llorado mientras estaba en el agua. Iba a decirle que debería llevar gafas protectoras, pero tenía la boca tan llena de sándwich de huevo que no habría podido pronunciar las palabras sin escupírselo encima, y unos instantes después se le había olvidado.

—Tenemos que sacarles el máximo partido a los días como éste —dijo ella con tono de complicidad, tratando de atraerlo de nuevo hacia sí.

Pero esta vez Noah se apartó porque su madre tenía el bañador mojado, y se zambulló para nadar un poco más. Le gustaba la nueva forma de ser de su madre, aquellas excursiones inesperadas. Casi parecía una persona distinta.

12. Noah y el viejo

—Vaya, he oído muchas cosas en mi vida —comentó el viejo bajando el formón unos instantes—, pero nunca de una madre que hiciera una playa en una piscina. ¡Eso es algo extraordinario!

—Ya le decía yo que era una caja de sorpresas.

—Sí, me lo has dicho. Pero supongo que eso me hace preguntarme por qué huyes de ella.

Noah reflexionó un momento.

—Bueno, voy a recorrer mundo y a tener grandes aventuras —explicó—. No creo que necesite seguir yendo al colegio, ¿no cree? Soy muy listo. De hecho, soy el séptimo más inteligente de mi clase.

—¿Y cuántos sois en tu clase?

—Treinta —contestó Noah, muy satisfecho de sí mismo.

—Vaya, supongo que no está mal —repuso el hombre en voz baja—. Pero incluso los aventureros necesitan una educación. E incluso a los grandes aventureros les gusta volver a casa de vez en cuando.

—Bueno, quizá lo haga algún día —admitió Noah, pensándolo mejor—. Cuando sea mayor, quiero decir. Y cuando haya hecho fortuna. —Se levantó para acercarse a la repisa de la chimenea, tomar un retrato y mirarlo; luego preguntó—: ¿Es su padre?

—Es un dibujo que hice de él cuando era niño. Lo tengo ahí para no olvidarme de su aspecto.

—¿Se parece mucho a como era?

—No, en realidad no. Pero creo que hace justicia a la expresión de sus ojos. La verdad es que no lo necesito. Siento que está aquí constantemente.

Noah frunció el entrecejo.

—¿Aquí? ¿En la juguetería?

—No físicamente, por supuesto. Pero todo lo que hay aquí me recuerda a él de un modo u otro. Él forma parte de este sitio. Me hace feliz recordar que es así.

Noah dejó el retrato sin pronunciar palabra, y cuando alzó la vista se encontró contemplando su propia imagen en un espejo. Al menos le pareció que era su reflejo, pero al cabo de unos instantes la cara empezó a cambiar. Se volvió un poco más larga, luego más ancha y después más atractiva; entonces comenzó a tener la sombra de una barba, como si no se hubiese afeitado, y luego la barba desapareció. Unos

instantes después llevaba gafas y se lo veía muy guapo. A continuación se vio menos guapo y con arrugas en la frente. Luego los ojos parecieron más húmedos y llevaba bigote y lucía una calva incipiente. Y por fin el rostro que le devolvía la mirada desde el espejo sonrió un instante antes de disolverse para verse reemplazado por su cara de ocho años, que lo miró con asombro.

—Increíble —exclamó Noah.

—¿Qué? —quiso saber el viejo alzando la vista.

—El espejo. Primero era yo, luego era yo un poco mayor, después un hombre y luego un viejo. ¿Es alguna clase de juego?

—No, no es un juego —explicó el anciano, acercándose para contemplar su propio reflejo, que no cambió: continuó siendo un anciano; entonces, hablándole al espejo, añadió—: Basta ya, Charles. Vas a asustar al niño.

Cuando el hombre se apartó, Noah observó una vez más su imagen, expectante, pero no pasó nada. Sólo era su cara, la cara del Noah Barleywater de siempre: nada especial, nada espantoso, nada interesante que destacar.

—Todavía no me has dicho por qué te fuiste —insistió el anciano volviendo a sentarse—. ¿Te maltrataban tus padres?

—¡No! —se apresuró a decir Noah, ruborizándose—. No tiene nada que ver con eso.

—Entonces me temo que no lo entiendo. Después de todo, cuando yo dejé a mi padre fue porque quería ser un gran corredor y, bueno, digamos que el tiempo corrió conmigo. Pero ¿y tú? No eres un corredor, ¿verdad?

—Bueno, sé correr —contestó Noah algo envarado—. Gané la medalla de bronce en los quinientos metros durante la jornada de deportes de mi colegio, en mayo.

—¿La de bronce, dices? ¿El tercer puesto?

—El tercer puesto está bien, creo yo. ¡Éramos treinta! No hay nada vergonzoso en quedar tercero.

—Por supuesto que no —repuso el viejo—. Sólo que es un puesto al que no estoy acostumbrado.

—Bueno —dijo Noah, y apartó la mirada, no muy seguro de si quería contárselo todo al anciano o sentarse en un rincón y ocultar la cara entre las manos—. Mis padres nunca han sido malos conmigo —añadió, tratando de controlar el doloroso sentimiento que recorría su cuerpo y buscaba una salida—. No me ha gustado que dijera eso.

—Entonces te pido disculpas por haberlo dicho —contestó el anciano, y se sentó en un taburete de tres patas que apareció detrás de él justo a tiempo para que no cayera redondo al suelo. Volvió a empuñar el formón y continuó trabajando en su nueva marioneta.

—No pasa nada —dijo Noah.

Alzó la vista y sonrió un poco, y luego exhaló un profundo suspiro. Se miraron a los ojos unos instantes, fijamente, antes de que Noah apartara la vista y volviera a abrir el cofre del artesano. Hurgó en el interior y sacó otra marioneta. Era de un joven apuesto y de aspecto algo nervioso que llevaba una corona dorada en la cabeza.

—¿Quién es?

—Un tipo al que conocí una vez —contestó el viejo—. Un príncipe, ¿puedes creerlo? De otro país. Fue hace mucho tiempo, por supuesto. Cuando era niño.

—¿Y su padre le hizo una marioneta? ¿Eran amigos?

—Oh, no. Mi padre nunca se relacionó con esa clase de gente. En realidad, no volvió a salir del pueblo desde el día que llegamos aquí.

—Entonces, ¿por qué hizo una marioneta suya? —preguntó Noah tirando del cordel del príncipe; los ojos se movieron hacia arriba, como si examinara el cielo.

—Porque yo lo conocí. Es una parte importante de mi historia. Fue después de que la junta comarcal me nombrara el corredor más rápido en ochenta y cuatro kilómetros a la redonda y me hiciera muy famoso. Me invitaron a abandonar el pueblo y demostrar mis aptitudes en otro sitio; fue la primera vez, y acepté, prometiendo que volvería pronto.

—¿Y volvió?

—Sí —contestó el anciano asintiendo con la cabeza—. Sí, en esa ocasión mantuve mi promesa.

13. La marioneta del príncipe

La noticia de mis éxitos como corredor empezó a difundirse en los pueblecitos vecinos, luego en las ciudades pequeñas que miraban por encima del hombro a los pueblos, y después en las grandes ciudades que se burlaban con desprecio de las pequeñas.

Una tarde, cuando volví del colegio a la juguetería, encontré a mi padre sentado al mostrador, pintando las ventanillas de una locomotora que llevaba varios días tallando.

—Ah —dijo con una gran sonrisa al verme entrar—. Por fin has llegado. Empezaba a preocuparme por ti.

—Lo siento, papá —respondí, consultando la hora—. Hoy he tardado más que de costumbre en correr hasta casa. Casi tres minutos.

—Bueno, el colegio está a más de seis kilómetros de distancia —repuso mi padre—, así que en realidad no deberías sentirte insatisfecho.

—Pero suelo hacerlo en poco más de dos minutos —dije; y empecé a correr sin moverme del sitio, tan rápido que el suelo gritó y me rogó que parase—. Tendré que entrenar más duro.

—Ya entrenas bastante duro —opinó mi padre, y tendió una mano a través del mostrador para alcanzar un sobre grande de color crema—. Tengo una sorpresa para ti. Te ha llegado una carta esta mañana.

Me acerqué y tomé la carta. No había recibido correo en toda mi vida, de modo que me hizo una ilusión tremenda.

—¿Quién me escribirá? —pregunté, mirando a mi padre con cara de asombro.

—Ábrela y lo descubrirás.

Observé el sobre unos instantes, sopesándolo con cautela, antes de rasgarlo con cuidado, sin dañar el sello, y sacar la única hoja que contenía. La leí para mí y luego en voz alta.

Querido señor: Sus muy graciosas majestades el rey y la reina le ordenan que comparezca ante ellos el domingo 13 de octubre a fin de demostrarles las grandes dotes de corredor que le han dado celebridad en todo el país. Por favor, llegue puntualmente al palacio a las 10 de la mañana del día 13 y pregunte por mí en recepción. Atentamente, Sir Carstairs Carstairs Secretario

privado de Sus Majestades

—¡Los reyes! —exclamé mirando perplejo a mi padre—. No puedo creer que sepan siquiera quién soy. Tendré que aceptar su invitación, por supuesto.

—Pero tienes colegio... No puedes perder el ritmo en tus estudios sólo por correr un poco.

—Faltaré a clase sólo un par de días. No se darán ni cuenta de mi ausencia.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó papá en voz baja y llena de tristeza—. Volverás conmigo, ¿no?

—Pues claro que sí. No voy a dejarte solo.

—¿Me lo prometes?

—Sí, por supuesto —respondí, sonriéndole pero sin pensar apenas si lo decía en serio o no.

Así pues, la tarde del 12 de octubre corrí los ciento cincuenta kilómetros que había hasta el puerto y subí a bordo de un barco que zarpaba en dirección al palacio, y a primera hora de la mañana siguiente me hallaba en el patio de palacio, listo con mi ropa de deporte, cuando los reyes salieron a dar su paseo diario. Tras ellos trotaba un joven poco mayor que yo, de reluciente cabello rubio y con una corona de oro, que estiraba el cuello para mirar al cielo.

—¿Eres tú el chico del que se dice que es un corredor portentoso? —me preguntó la reina, acercándose a la cara unos anteojos que le colgaban de una cadenilla al cuello, y me miró de arriba abajo como si no supiera si darme o no su aprobación.

—Así es, majestad —contesté—. Puedo correr más rápido que cualquier niño de mi edad.

—Yo soy el rey —anunció el soberano—. Y éste es nuestro hijo, el príncipe. Será rey algún día, por supuesto, pero no antes de mi muerte. Confía en que ese día no llegue nunca, ¿no es así, hijo mío?

—¿Qué dices, padre? —preguntó el príncipe, apartando la vista del cielo unos instantes para fijarla en el rey.

—Digo que confías en que ese día no llegue nunca —repitió el rey alzando la voz.

—¿Qué día, padre? —El príncipe no se enteraba de nada.

—Oh, por el amor de...

—A nuestro hijo le falta concentración —intervino la reina, interrumpiendo a su esposo y mirándome—. Ahora mismo es una gran decepción para nosotros, motivo por el cual se mantiene vivo al rey mediante métodos extraordinarios. El príncipe simplemente no está listo para ser rey.

—Es verdad —repuso el muchacho, encogiéndose de hombros y mirándome a su vez—. No lo estoy.

—Bueno, no sé qué puedo hacer yo al respecto —dije, un poco desconcertado—. Soy un corredor. Quizá me han confundido con otro.

—La reina jamás comete un error —dictaminó el rey.

—Una vez cometí uno —lo corrigió ella, mirándolo, antes de volver a centrarse en mí y controlar su mal genio—. Eres el corredor más rápido del país. Lo que yo quiero saber es si eres fuerte.

—¿Fuerte, majestad?

—Exacto. ¿Crees que podrías correr con el peso de... hum, no sé... digamos de un ratón sobre los hombros?

Me eché a reír, pero enmudecí cuando su expresión se volvió severa.

—Sí, señora —contesté—. Podría hacerlo, sin duda.

—¿Y de un gato?

—Sin mayor dificultad.

—¿Y de un perro?

—Con un cocker spaniel no habría problema. Con un gran danés, no estoy tan seguro. Podría enlentecerme la marcha.

La reina no pareció muy satisfecha con mi respuesta y resopló por la nariz de una forma que me recordó a un dragón.

—¿Y con un chico a hombros? —preguntó al cabo de unos instantes.

—¿Un chico, majestad?

—¿Tienes que repetir todo lo que digo? —refunfuñó, fulminándome con la mirada—. Un chico, sí, ya me has oído. ¿Podrías correr con un chico a hombros?

Lo pensé un momento.

—No sería tan rápido —contesté—, pero creo que podría.

—Bien. Entonces espabila. Échate al príncipe a hombros y llévalo corriendo hasta Balmoral. Acabamos de invitar a uno de los hombres más listos de Europa a instalarse allí y formar a nuestro hijo en el arte de ser rey, y no hay tiempo que perder. El rey ya está medio muerto, en realidad.

—Es cierto —confirmó el aludido con tristeza—. Ni siquiera me correspondería estar aquí.

—Y el chico tiene que estar preparado —insistió la reina—. Marchaos ya, y nada de entretenerse por el camino. —Indicó con un ademán que nos fuésemos, mientras el príncipe se encaramaba a mi espalda, y entonces la reina añadió—: Y tráeme mi diario de las tierras altas. Me lo dejé allí en nuestras últimas vacaciones y me gustaría añadir una nueva entrada.

—Y mi rifle —gruñó el rey frunciendo las cejas—. Hay un ciervo nuevo en los jardines. Es un ejemplar magnífico, de belleza extraordinaria. Quiero cazarlo.

El príncipe era más ligero de lo que había imaginado, y una vez me hube acostumbrado a su peso, descubrí que no me enlentecía demasiado. Me las apañé para

llegar a Escocia al anochecer, y una vez allí, para mi sorpresa, el príncipe no quiso entrar en palacio sino que insistió en tenderse en la hierba a contemplar el cielo.

—Mira —me dijo—, ésa es la Osa Mayor.

—¿Dónde? —pregunté aguzando la mirada.

—Ahí. Señala hacia el norte. ¿No la ves?

—Ah, sí —respondí, y me alegré de distinguirla, pues nunca me había fijado en las estrellas—. Por supuesto.

—Y aquélla es Perseo —continuó el príncipe, señalando otra constelación—. Y ahí está Casiopea, la reina sentada en su trono.

—¿Te interesan las estrellas? —pregunté.

—Me apasionan. Me gustaría ser astrónomo, pero mis padres no me lo permitirán. Dicen que tengo que ser rey. —Esbozó una mueca, como si le hubieran dicho que tenía que acostarse temprano porque a la mañana siguiente lo esperaba un largo viaje.

—¿No puedes negarte simplemente?

—Imposible —contestó con un suspiro—. Si yo no soy rey, la corona pasará a mi hermano menor.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Es un idiota —repuso el príncipe—. Jamás funcionaría, y entonces la corona iría a parar a otra rama de la familia, con la que no nos hablamos. Nuestra estirpe se habría acabado. Mi madre jamás permitirá una cosa así.

—De modo que te han enviado aquí. Al colegio, por así decirlo.

—Por así decirlo.

—A mí también me mandaron al colegio —expliqué—. No me gustaba mucho, pero luego, cuando comprendí que destacaba en algo, las cosas fueron mejor. Bueno, debo entrar a buscar el diario de tu madre y el rifle de tu padre.

En el palacio me esperaba un caballero anciano que me miró con una mezcla de irritación y temor, como si me hubiesen enviado a robar.

—¿Y quién se supone que eres tú? —preguntó, y su voz reverberó por los pasillos.

Le dije mi nombre y para qué había ido, y pareció aceptarlo como un motivo razonable.

—Soy Romanus Plectorum, antes domiciliado en Róterdam —se presentó, y añadió sin particular entusiasmo—: Has traído al príncipe, ¿verdad?

—Está ahí fuera. En la hierba. No parece usted muy contento de hallarse aquí, si no le importa que lo mencione.

—No, en efecto —admitió—. Me han hecho venir contra mi voluntad a este sitio espantoso a instruir a ese muchacho. Justo acababa de construirme un castillo en Róterdam con techo de cristal, de forma que no habría tenido que gastar dinero en

electricidad. Habría ahorrado una fortuna. En mi tierra se me conoce como uno de los avaros más destacados de nuestros días. Es un gran honor para mí.

—¿Y por la noche? —pregunté—. ¿Cómo podrá ver algo entonces?

—¡Con velas, jovencito, con velas! Me llevó seis años acabar ese castillo, y justo el día que me mudé recibí la carta de los reyes. Ahora el castillo con techo de cristal está vacío, y quién sabe qué será de él. Y yo estoy atrapado aquí. ¡Aquí! —gimió, mirando alrededor y compadeciéndose de sí mismo—. Bueno, sígueme. Te enseñaré dónde está el despacho de la reina.

Me guió a través de oscuros pasillos con paneles de madera.

Entré en una habitación enorme y agarré el diario de encima del escritorio. Sólo cuando alcé la vista advertí la cantidad de cabezas de ciervo que cubrían las paredes. Cada una era más magnífica que la anterior y todas estaban sujetas a placas de madera con una fecha grabada debajo: la fecha en que el rey los había abatido. Me acerqué, los miré a los ojos y estuve seguro de distinguir el dolor que aquellos inocentes animales habían sentido al caer abatidos. Fruncí el entrecejo y negué con la cabeza al ver el enorme rifle apoyado en un rincón, el mismísimo que había causado toda aquella muerte innecesaria.

—Aquí tiene su diario, majestad —le dije a la reina la tarde siguiente, tendiéndoselo.

—Tenían razón en lo que decían sobre ti —repuso—. Has sido rapidísimo. Y nuestro hijo, el príncipe, ¿cómo está? ¿Se ha alegrado su tutor de recibirlo?

—Bueno... —dije, deseando haber podido prepararme mejor; una de las desventajas de ser un corredor tan rápido era que no disponía de mucho tiempo para pensar—. Sí, parecen llevarse muy bien. Pero han decidido que Escocia no es el sitio más adecuado para la educación del príncipe.

—¿Que no es el sitio adecuado? —saltó el rey—. Pero si los escoceses son el segundo pueblo más inteligente del mundo, después de los irlandeses.

—Sí, probablemente así sea —repuse—. Pero hace un frío terrible y el señor Plectorum dijo que no sobreviviría al invierno, lo que dejaría al príncipe en una posición peor que la actual. Así pues, han viajado a Róterdam para emprender allí una sólida educación. Dijo que escribiría en cuanto llegaran.

La reina refunfuñó un poco ante semejante noticia, pero no dijo nada.

—¿Y mi rifle? —soltó el rey, y le cayeron unas gotitas de baba en la barba al recordar el olor a pólvora y carne de venado—. No habrás olvidado mi rifle, ¿no?

—No conseguí encontrarlo, majestad —contesté encogiéndome de hombros—. Lo siento, señor.

De la garganta del rey brotó un gruñido grave, y pareció a punto de atacarme.

—Si de veras lo desea, puedo volver a buscarlo —añadí con nerviosismo y sabiendo que, aunque lo hiciera, nunca le llevaría aquel rifle.

—No, muchacho, válgame Dios —intervino la reina, soltándose un poco la toca—. Ya has hecho suficiente. Además, no podemos quedarnos aquí todo el día. El rey debe tomar su medicación y los turistas no tardarán en llegar a las puertas de palacio. Tenemos que empezar a arrancar pedacitos de pan para alimentarlos, o van a impacientarse. ¿Qué te parece si das una vuelta corriendo al palacio y yo te cronometro? Sólo por divertirnos un poco. —Sacó un reloj de bolsillo del abrigo y sostuvo un dedo sobre un gran botón redondo en la parte superior—. Hay un precioso matorral de lavanda en la parte trasera del palacio, no puedes pasarlo por alto. Tráeme una flor y así sabré que has dado toda la vuelta.

—¿Una de éstas, majestad? —pregunté tendiendo la mano para ofrecerle un perfecto ramito púrpura de lavanda.

—¡Asombroso!

—¿Qué puedo decir? —repuse sonriéndole—. Soy bastante rápido.

Un par de años después, acudí casualmente a Róterdam para las carreras del centenario que se celebraban allí, y fui a visitar al príncipe. Resultó que había sido un montaje estupendo. Había aprendido mucho en manos de su tutor, pero lo había hecho bajo el techo de cristal del castillo, contemplando todo el tiempo el cielo. Francamente, todo el mundo estaba contento. Hasta mi padre lo estaba, cuando llegué a casa.

—Llegas un día tarde —me dijo con una sonrisa. Parecía aliviado.

—Pero sólo un día.

—Has vuelto —añadió, abrazándome—, eso es lo único que importa. Has mantenido tu promesa.

14. Noah y el viejo

—Un niño de mi clase conoció a la reina —dijo Noah, acordándose del día en que Charlie Charlton había llegado al colegio vestido con traje y corbata y con el pelo bien peinado por una vez en su vida—. Le ofreció un ramo de flores y le dijo: «Estamos encantados de que haya venido, majestad». Salió en el periódico local.

—Era una reina distinta —puntualizó el anciano—. Los reyes a los que yo conocí hace mucho que desaparecieron.

Se inclinó para tomar la marioneta de manos de Noah y contemplarla con cariño, acariciando con un dedo la talla del regio atuendo y exhalando un suspiro. Luego se la devolvió al niño, que la dejó sobre la mesa junto a las de la señora Shields y el señor Wickle.

—Por lo que cuenta, su padre debió de alegrarse mucho de su vuelta —dijo Noah—. ¿Se sentía muy solo sin usted?

—Claro que sí. Los padres se sienten muy solos cuando sus hijos están lejos, ¿no lo sabías? Y apenas tenía amigos. Estaba, por supuesto, el burro que nos había dado la bienvenida el día de nuestra llegada. Aunque en realidad era más amigo mío que de mi padre, pues contábamos más o menos la misma edad. Y había también un perro salchicha que siempre se paraba a charlar un rato. Él y papá se llevaban muy bien.

—He conocido a ese salchicha esta mañana —dijo Noah—. Ha sido él quien me lo ha contado todo sobre el árbol delante de su tienda. Me ha ayudado mucho. Aunque parece ofenderse con facilidad.

—Sí, a veces es un poco susceptible, pero es un perro muy decente, de verdad. Es un amigo especial para mí. De hecho, ese salchicha y el burro son probablemente mis mejores amigos de un tiempo a esta parte.

—Mi mejor amigo es Charlie Charlton —dijo Noah—. Sabe tocar el trombón y empezó a enseñarme hace unos meses, aunque dice que aún me queda mucho por aprender si quiero ser una décima parte de lo bueno que es él.

—Bueno, eso ya nunca pasará, supongo. Puesto que te has ido de casa, quiero decir. Me figuro que no encontrarás muchos extraños por los caminos dispuestos a darte lecciones de trombón.

Noah asintió despacio con la cabeza y frunció el entrecejo. Eso no se le había ocurrido.

—Sea como fuere, el burro y el salchicha le hicieron compañía a mi padre

mientras estuve fuera —continuó el anciano—. Pero creo que siempre supe que no era lo mismo que cuando yo estaba aquí para ayudarlo con la tienda y jugar al ajedrez con él por las noches. Los padres pueden tener todos los amigos que quieran, pueden recibir la visita de todos los burros y perros salchicha del mundo, pero nada les compensa no tener cerca a sus hijos. Por cierto, supongo que tus padres estarán sintiendo precisamente eso. Ya habrán advertido que te has escapado, me figuro.

—Sí —respondió Noah, consultando el reloj—. Me imagino que sí.

—¿Y tienen muchos amigos para que les hagan compañía?

—Unos cuantos. Aunque no tienen amigos animales. Al otro lado del bosque no hacemos esa clase de cosas. Allí se suele charlar siempre entre humanos.

—Sí, me acuerdo. Ésa fue una de las razones de que me alegrara tanto cuando nos mudamos aquí. Había más variedad. Pero, aun así, si tienen unos cuantos amigos, como dices, imagino que con el tiempo se olvidarán de ti.

Noah alzó la vista, sorprendido, pues aquellas palabras fueron como un mazazo en la cara.

—No creo que me olviden —respondió, envarándose—. No creo que puedan olvidarse nunca de mí.

—¿Ni siquiera si nunca regresas a casa?

—Seguiría siendo su hijo. Nada puede cambiar eso.

—¿Y si tienen otro hijo? —preguntó el anciano.

—Lo dudo —contestó Noah negando con la cabeza—. No, eso no va a pasar.

—Bueno... No los conozco, por supuesto. No sé nada de ellos excepto lo que me has contado. Pero eres tú quien se ha escapado de casa, no yo, de forma que no puedo sino asumir que tienes un buen motivo para ello.

—Cuando mi madre canceló las vacaciones de Pascua, pensé que era extraño —comentó el niño con la vista fija en la mesa—. Y cuando convirtió la piscina en una playa... bueno, eso fue muy raro. Pero en aquel entonces no pensé mucho en ello. Creí que sólo se estaba divirtiendo. Pero después de la feria...

—¿Tu madre te llevó a una feria?

—Sí.

—Pues parece divertido.

Noah asintió con la cabeza.

—Lo fue —contestó, y resopló con fuerza por la nariz, pues recordar aquella tarde todavía lo alteraba bastante—. El día en sí fue estupendo. Fue la forma de acabar la que lo estropeó.

15. La indisposición

La señora Barleywater apareció intempestivamente en el colegio de Noah a última hora de la mañana, justo cuando los alumnos salían a comer, y le pidió que se fuera con ella porque iban a tomarse la tarde libre.

—¿Que vamos a hacer qué? —preguntó Noah perplejo, pues su madre nunca le había permitido saltarse el colegio, ni siquiera un día que no quería ir porque no había hecho los deberes y se había sentado cinco minutos sobre el termómetro para fingir que tenía fiebre.

—Un día soleado y precioso como éste no está hecho para el colegio —dijo ella—. Deberíamos aprovechar al máximo el buen tiempo, ¿no te parece? He pensado que podríamos hacer algo juntos.

—Pero esta tarde tengo clase doble de mates —le recordó Noah.

—¿Y qué? ¿Te gusta la clase doble de mates?

—No. No me gusta nada.

—Bueno, pues entonces vámonos, anda.

—Pero mi mochila y los libros... —dijo Noah volviéndose hacia la clase y el director, el señor Tushingham, que avanzaba a grandes zancadas hacia ellos con expresión de indignación.

—Seguirán aquí mañana —repuso su madre—. Vamos, rápido, antes de que nos pillen.

Salieron corriendo por las puertas del colegio, agarrados de la mano, y llegaron al aparcamiento perseguidos por el señor Tushingham, al que no le gustaba lo que estaba viendo. Llamó a la madre de Noah a pleno pulmón, haciendo que los pájaros levantaran el vuelo de las ramas de los árboles, asustados. Pero ella fingió no oírlo mientras accionaba el contacto del coche y comenzaba a maniobrar. Y se habrían salido con la suya, pero el señor Tushingham prácticamente se arrojó sobre el parabrisas, de modo que a su madre no le quedó otra opción que detenerse y bajar la ventanilla con un suspiro.

—Señora Barleywater —dijo el director entre jadeos y tratando de recuperar el aliento, pues por lo visto no había hecho ejercicio desde que tenía la edad de Noah—. ¿Qué diantre cree que está haciendo? Estamos en plena jornada escolar. No puede marcharse con el niño así por las buenas.

—Pero ha salido el sol —respondió ella alzando la vista al cielo, donde las nubes

habían desaparecido y un manto azul se extendía hasta el infinito—. Es un pecado quedarse encerrado en un día como éste.

—Pero va contra las normas —protestó el señor Tushingham.

—¿Qué normas? —quiso saber la madre de Noah.

—Las normas del colegio. ¡Mis normas!

—Oh, a la porra con ellas —dijo la mujer, despreciando con un ademán todas aquellas tonterías—. ¿Por qué no sube también al asiento de atrás, señor Tushingham? Puede venir con nosotros si quiere. ¿No? ¿Está seguro? Muy bien, pues. ¡Adiós!

Dicho lo cual, metió la marcha atrás, salió del aparcamiento y se alejó calle abajo, con Noah volviéndose en el asiento trasero para mirar al director, que los observaba con los brazos en jarras y una expresión furibunda.

—No parece muy contento —comentó.

—Oh, yo no me preocuparía mucho. Te escribiré una nota para mañana. Además, si quiero pasar un día con mi hijo, lo haré, y ningún director de colegio me lo impedirá. No tenemos un solo minuto que perder, tú y yo.

Noah frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir con eso? —quiso saber.

—¿Con qué? —preguntó su madre mirándolo por el retrovisor.

—Con que no tenemos un minuto que perder.

—Bah, nada en particular —repuso ella—. Sólo que la vida es corta, Noah, y debemos pasar todo el tiempo que podamos con la gente que queremos, eso es todo. Creo que he vivido siempre sin entender que es así, pero ahora... bueno, ahora lo veo de pronto con claridad. El colegio seguirá ahí mañana, de eso no hay que preocuparse. Y lo mismo pasa con la clase doble de mates. Pero hoy tú y yo vamos a divertirnos un poco.

Noah decidió no discutir con ella porque, después de todo, se estaba saltando clases y ni siquiera había tenido que fingir que tenía fiebre, de modo que se quitó la corbata, se abrió un poco la camisa y miró por la ventanilla.

—¿Adónde vamos? —preguntó al advertir que transitaban por una carretera desconocida para él.

—Hoy hay una feria en la ciudad. Lo he leído en el periódico esta mañana y he pensado que debíamos ir. Estará muy tranquilo, puesto que todos los chicos están en el colegio.

—¡Genial! —exclamó Noah.

Aparcaron en la estación y tomaron el tren a la ciudad, y la madre de Noah ni siquiera se encaró con el tipo sentado enfrente que no paraba de hablar por el móvil, ni con la mujer del asiento contiguo que hacía ruiditos asquerosos con el chicle, simplemente porque decía que a veces era más fácil vivir y dejar vivir. Prefirió

charlar con su hijo y jugar con él a las adivinanzas, como si ella también tuviese ocho años.

Cuando llegaron a la feria, sin embargo, sólo subió a una de las atracciones y dejó que Noah fuera solo a las demás.

—Pero las montañas rusas no son divertidas si vas solo —insistió él—. Por favor, mamá. Tenemos que subir juntos.

—No puedo —contestó ella. No se la veía tan enérgica como cuando se habían marchado del colegio esa mañana. Parecía muy cansada y tenía aspecto de que algo le había sentado mal—. No me encuentro muy bien, Noah. Pero estamos aquí para divertirnos y no quiero estropeártelo. Anda... puedes divertirte por los dos.

—Podemos sentarnos un ratito, si quieres —sugirió el niño señalando un banco vacío—. Y luego nos subimos a algo juntos. Quizá te siente bien descansar un poco.

—Es mejor que subas tú solo a la montaña rusa —insistió ella—. Te miraré desde aquí, te lo prometo. Te saludaré con la mano. Después intentaré subir otra vez contigo si me siento capaz.

Noah no quedó muy satisfecho con aquello, pero no quería perderse una vuelta en la Montaña del Espacio, de forma que, cuando se detuvo para que subieran los pasajeros, se montó en la primera vagoneta, confiando en no quedarse solo y deslizarse en el asiento cuando la montaña rusa describiera un rizo. Una niña de su edad se sentó a su lado, ocupada en acabarse un algodón de azúcar. El empleado ajustó la barra de seguridad.

—Hola —dijo el niño tratando de mostrarse simpático—. Me llamo Noah Barleywater.

—Lo siento —contestó la niña con una sonrisa forzada—, pero no debo hablar con extraños.

Y eso fue todo, hasta que empezaron a rizar un rizo tras otro, punto en el cual la niña le agarró la mano y le chilló tan fuerte en la oreja que Noah pensó que iba a perforarle el tímpano.

La montaña rusa había ido demasiado rápido para comprobar si su madre lo miraba desde abajo, y cuando salió después de tres vueltas seguidas se tambaleaba un poco, como le pasaba a su tío Teddy cada Navidad cuando se marchaba a su casa. Miró en todas direcciones, frunció el entrecejo y se mordió el labio, preguntándose adónde habría ido su madre. No era propio de ella no estar donde había dicho que estaría, y no era buena idea ir en su busca por si ella aparecía entretanto y se preocupaba aún más. Tal vez nunca volvieran a encontrarse.

Se sentó en el banco en que la había dejado, con expresión de tristeza y desamparo, y justo entonces vio a una mujer con uniforme blanco dirigirse presurosa hacia él, con cara de preocupación. A Noah no le gustó su aspecto, y se volvió confiando en que pasara de largo, pero la mujer se detuvo ante él y se inclinó, como

el niño sabía que haría.

—¿Eres Noah Barleywater?

—No —contestó él.

—¿Estás seguro? —insistió ella, frunciendo el entrecejo—. Pareces el niño que me han mandado recoger. Me han dado una descripción.

Noah se limitó a mirar al suelo, tratando de no pensar. Confiando en que el suelo se lo tragara.

—¿Seguro que no eres Noah? —preguntó la mujer con tono más dulce.

—Sí, soy yo —contestó con un leve gesto de la cabeza.

—Oh, qué bien —repuso ella esbozando una sonrisa de alivio—. Me ha parecido que podías ser tú. ¿Quieres venir conmigo?

—No puedo. Estoy esperando a mi madre.

—Ya lo sé. Ha tenido una leve indisposición, nada preocupante. Está esperándote en la enfermería. Me ha pedido que viniera a buscarte.

Noah permaneció en silencio unos instantes, seguro de que el mundo entero conspiraba en un secreto del que él no formaba parte, pero accedió a ir con ella. La payasa de la feria trató de agarrarle la mano al pasar, pero él le dejó claro que no estaba para tonterías y hundió las manos en los bolsillos. De vez en cuando, se volvía para comprobar que su madre no había reaparecido en el banco, pero cuando entró en la tienda que funcionaba de enfermería un minuto después, la encontró tendida en una camilla con un médico a su lado.

—Noah —dijo ella intentando incorporarse y sonreír, pero sin lograr ninguna de las dos cosas.

Tenía el semblante muy pálido, casi gris, y en la enfermería había un olor repulsivo. Le recordó a aquella vez que Charlie Charlton se había quedado a dormir y tomó demasiado chocolate y refrescos con gas y vomitó en el suelo durante la noche.

—Perdona todo esto —añadió su madre con voz débil—, pero de verdad que no hay de qué preocuparse. Sólo he tenido una pequeña indisposición, nada más. Debe de haber sido por el algodón de azúcar.

—Pero si no has comido algodón de azúcar —repuso Noah mirándola fijamente y manteniendo cierta distancia entre ambos.

Esa tarde no tomaron el tren de vuelta, y fue una lástima porque a Noah le gustaban los trenes. Se quedaron en la enfermería tres horas más, hasta que el padre de Noah llegó con el coche y los llevó a casa.

Estuvieron muy callados durante el trayecto, sobre todo Noah.

16. Noah y el viejo

—Entonces, si no había comido algodón de azúcar —dijo el viejo dejando sobre la mesa la marioneta a medio tallar, para recoger los platos de postre vacíos y llevarlos despacio hasta el fregadero, donde abrió los grifos, arrojó un par de estropajos y les dejó hacer su trabajo—, ¿por qué se encontraba mal?

Noah clavó la mirada en la mesa y pasó el dedo por una marca que habría dejado, supuso, un roce de formón. No dijo nada, no levantó la vista, y confió en que el hombre no le hiciera más preguntas de esa clase.

—¿No quieres contestar? —inquirió el anciano en voz baja.

Noah lo miró y tragó saliva, y luego negó con la cabeza.

—No quiero ser grosero —respondió por fin, con tono más enérgico de lo que pretendía—, pero, ahora que me he escapado de casa, creo que es mejor que no piense en mis padres ni que hable de ellos.

—Vaya cosa rara acabas de decir —repuso el viejo, volviéndose para mirarlo con cara de sorpresa—. Primero tu madre te defiende de un guardia de seguridad que te acusa sin razón, luego convierte una piscina en una playa, y después te saca del colegio para llevarte a una feria, ¿y no quieres hablar de ella? Si yo hubiera tenido una madre así... —Se interrumpió, para luego añadir con tristeza—: Bueno, yo nunca tuve madre, sólo tenía a papá. Pero sigo sin comprender por qué no quieres estar con ella.

Noah pensó largo rato en aquellas palabras antes de responder.

—No es que no quiera estar con ella —empezó, sintiéndose frustrado—. ¡Oh, qué difícil es de explicar! Verá, lo que pasa es que ella me hizo una promesa. Y me parece que va a romperla. Y no quiero estar allí cuando eso ocurra.

—¿Crees que va a romperla?

—Sí.

—¿Y qué promesa es ésa?

Noah negó con la cabeza, dejando claro que no quería decirlo.

—Bueno, pues lo lamento —dijo el anciano con un suspiro—. Aunque supongo que a veces todos hacemos promesas que luego no podemos cumplir.

—Apuesto a que usted nunca las ha hecho.

—Si piensas eso te equivocas de medio a medio. Deberías haber oído las promesas que hice de niño. ¿Sabes una cosa? Todo lo que mi padre hizo en su vida

fue por mi bienestar, pero yo lo defraudaba una y otra vez, largándome en busca de aventuras y metiéndome en toda clase de líos. Y hablando de promesas... bueno, he tenido que vivir con una promesa incumplida toda mi vida... Y ahora, ¿te apetece un poco de té? ¿Una taza de café, quizá?

—Yo no tomo té ni café —respondió Noah con una cara que sugería que acababa de comerse un kilo de manzanas podridas—. Pero tomaré un vaso de leche, si tiene.

El viejo abrió la nevera y se zambulló en ella, para emerger por fin con una jarra de leche de cristal esmerilado, con la que sirvió un vaso alto para Noah y luego la dejó en la mesa ante él. Volvió a tomar la madera y el formón y reanudó su talla.

Noah bebió un sorbo del vaso y después hurgó de nuevo en el cofre para escoger otra marioneta. La que sacó le hizo sonreír. Tenía un cuerpo muy flaco y la cabeza muy cuadrada; parecía haber tenido por modelo a un hombre compuesto por figuras geométricas en lugar de brazos, piernas y torso.

—Ah, el señor Quaker —dijo el viejo, y rió un poco—. Me sorprende que mi padre hiciera una marioneta suya. Porque si el señor Wickle fue el hombre que despertó mi interés por correr, el señor Quaker fue quien me hizo comprender de cuántas formas distintas podía utilizar mi talento. Hablas de promesas, Noah, y fue por culpa del señor Quaker que rompí una que le había hecho a mi padre.

17. La marioneta del señor Quaker

Poco después de mi visita a los reyes, una tarde, al volver a casa del colegio, me encontré con un espectáculo de lo más insólito: había un cliente en la juguetería hablando con mi padre. No recordaba la última vez que había ocurrido eso, pues el burro y el perro salchicha solían ser los únicos visitantes, y no fue hasta que la campanilla de la puerta advirtió que yo estaba ahí de pie y tintineó sin mucho entusiasmo cuando el hombre se volvió y batió palmas, encantado.

—Y éste debe de ser su hijo —dijo con una extraña voz.

—Así es —repuso papá en voz baja.

—No es tan alto como esperaba.

—Bueno, todavía es pequeño. Aún no ha acabado de crecer. De hecho, apenas ha empezado.

—Hum, supongo que así es —dijo el hombre, y se acercó para estrecharme la mano con brusquedad—. Deja que me presente, chico. Me llamo Quaker. Bartholomew Quaker. Quizá hayas oído hablar de mí.

—Pues no, señor.

—Oh, caramba. —Quaker frunció tanto el entrecejo que casi se quedó sin frente—. Vaya desilusión. Sin duda, un golpe considerable para mi orgullo. Pero no importa. Soy el seleccionador oficial del pueblo para los Juegos Olímpicos de este año. Imagino que de ellos sí habrás oído hablar, ¿eh? —Se volvió hacia papá riendo, como si hubiera contado un chiste desternillante.

—No, señor —dije, encogiéndome de hombros.

—¿Que no has oído hablar de los Juegos Olímpicos? —preguntó Quaker con asombro, inclinándose y quitándose las gafas para verme mejor—. ¡Bromeas!

—Llevamos una vida muy tranquila aquí en la juguetería —expliqué—. Me temo que no me entero mucho de los sucesos del mundo exterior. Aunque hace poco visité a los reyes y...

—Pero, muchacho —me interrumpió Quaker—, las Olimpiadas constituyen el mayor espectáculo que el mundo ha conocido nunca. Existen para fomentar el sentimiento de fraternidad entre naciones y para celebrar los éxitos deportivos más extraordinarios. Hay atletas que se pasan la vida entrenando para los Juegos, y ganar una medalla supone la cima de sus carreras.

—Bueno, parece muy divertido —contesté, y corrí un poco sin moverme del sitio

para que la sangre circulara mejor—. Supongo que quiere que participe, ¿no?

—¡Exacto, muchacho! —exclamó Quaker asintiendo con la cabeza—. La noticia de tus éxitos como corredor ha llegado muy lejos. Y me avergüenza decir que el pueblo no ha ganado una sola medalla desde los tiempos del gran Dmitri Capaldi. Confiamos en que serás capaz de hacer que eso cambie. Semejantes expectativas suponen un gran peso sobre los hombros de alguien tan joven, pero, por lo que he oído, los tuyos son suficientemente fuertes para soportarlo. ¿Qué me dices? No nos defraudarás, ¿verdad?

—Si mi padre acepta —contesté mirando a papá en busca de su aprobación—, lo haré encantado.

—No estoy seguro —repuso él en voz baja, con el dolor de la pérdida inminente ya reflejado en su rostro—. Se celebran muy lejos. Y hay que pensar en tu educación. ¿No preferirías quedarte aquí conmigo? Ya sé que esta vida no es la más emocionante, pero...

—Lo tendrá de vuelta antes de que se percate de que se ha ido —le aseguré Quaker, pues no quería que me desanimara, y añadió dirigiéndose a mí—: Pero cuéntame, muchacho, me dicen que no hace mucho que corres.

—Así es —confirmé—. Antes no podía correr tan rápido. Mis piernas no daban la talla, pero desde que cumplí los ocho... bueno, las cosas han mejorado un poco.

—¿En qué sentido?

—A mi hijo no le gusta hablar del pasado —intervino mi padre, saliendo de detrás del mostrador para rodearme los hombros con un brazo protector—. Baste decir que, antes de mudarnos a este pueblo, mi hijo era un chaval muy distinto. Pero cuando decidió convertirse en un niño... en un buen niño, quiero decir, en el niño que siempre había querido ser... bueno, pues desde entonces se ha dado cuenta de que tiene ciertas dotes. La capacidad de correr muy rápido es una de ellas.

—Oh, no tiene que preocuparse por eso, estimado amigo —repuso Quaker con una sonrisa de oreja a oreja—. En mi trabajo, uno se encuentra con toda clase de personas, y yo nunca las juzgo. Me reservo mi opinión y no juzgo a nadie —repetió, como si quisiera recalcar ese punto—. ¿Sabe que una vez trabajé con un chico que se había pasado los primeros cinco años de su vida atrapado tras un espejo? Tenía dotes extraordinarias para el potro y las paralelas, pero, lamentablemente, quedó el último en las pruebas eliminatorias, y sufrió una gran decepción. Quedó destrozado, el pobre. Y en las penúltimas Olimpiadas, un chico del que se esperaba que ganaría el oro en la carrera de cuadrigas, perdió el sentido del humor en el tren que lo llevó a las finales, de manera que fue incapaz de concentrarse en la competición. Nunca volvió, por supuesto. Todavía sigue allí, buscándolo, pero jamás lo encontrará. Y me atrevo a decir que habrán oído hablar de Edward Bunson, del pueblo siguiente, ¿no es así?

—No, señor —contesté, sintiendo curiosidad.

—Era la gran esperanza en la competición de esgrima —recordó con un suspiro el señor Quaker—. Pero el día de la competición de florete se sintió abrumado por la cantidad de gente que había acudido a verlo, le entró un tembleque terrible y no pudo seguir. Después no volvió a practicarla. Fue una lástima.

—Hay cosas peores en la vida que no ganar medallas —intervino papá—. La juventud es un trofeo en sí misma. Míreme a mí, soy viejo y mis piernas ya no funcionan como deberían. Tengo artritis en la espalda. Estoy ciego de una oreja y sordo de un ojo.

—Lo has dicho al revés, papá —le dije.

—Qué va. No lo he dicho al revés, hijo mío. Y eso lo vuelve todavía peor.

—Todo esto es muy interesante —intervino Quaker, y consultó el reloj—, pero he de tomar un tren y no puedo quedarme aquí charlando todo el día. Confío en poder informar a mi comité que has accedido a participar. Lo consideraríamos un gran honor.

—Me encantaría, de verdad —contesté con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero ¡y el colegio! —exclamó papá, consternado—. ¡Y tu educación!

—No hace falta que se preocupe en ese sentido, señor —terció Quaker, golpeando tres veces el bastón contra el suelo en rápida sucesión, de forma que lo miré fijamente, preguntándome si iba a hacer un truco de magia—. Es nuestra política que, por cada centenar de menores en nuestro equipo, haya disponible un tutor plenamente cualificado para darles clases. Nos tomamos muy en serio la educación de nuestros jóvenes atletas.

—¿Y cuántos niños van a viajar a esos Juegos? —quiso saber mi padre, escéptico—. ¿Habrá otros de su edad?

—Sólo su hijo —respondió Quaker con orgullo—. Lo que significa que no habrá necesidad de un tutor y que nos ahorraremos el gasto, y que por tanto no desperdiciaremos un solo penique de esos impuestos que tantos esfuerzos le han supuesto, señor. —Se inclinó y asestó un suave puñetazo al mostrador—. Todos somos ganadores en esta carrera, ¿no es así, señor?

Mi padre suspiró y apartó la mirada para negar con la cabeza, agotado.

—¿De verdad quieres ir? —me preguntó al cabo de unos instantes, observándome realizar una serie de calistenias.

—¡Sí, claro! —exclamé.

—¿Y prometes que volverás?

—La vez anterior volví, ¿no?

—¿Lo prometes? —insistió papá.

—Lo prometo.

—Entonces, si de verdad es eso lo que deseas de corazón, no me interpondré en tu camino. Debes ir.

Para asombro de todo el mundo, me convertí en la primera persona que ganaba el oro en los 100 metros, los 200 metros, los 400 metros, los 800 metros, los 1500 metros y los 10 000 metros en los mismos Juegos Olímpicos. Hasta conseguí la plata en los 400 metros vallas, pero quedé tan decepcionado por aquel relativo fracaso que preferí no volver a hablar de él, hasta ahora, y se borró rápidamente de mi biografía oficial. Y me convertí en el único olímpico que ha ganado los 4 x 400 metros relevos en solitario, pasándome a mí mismo el testigo en una complicada maniobra que no tardó en convertirse en leyenda.

Nadie era capaz de correr más rápido que yo; ésa era la pura y simple verdad.

En cuanto los Juegos llegaron a su fin recordé la promesa hecha a mi padre y me dije que era hora de volver a casa, pero entonces empezaron a llegar ofertas emocionantes.

En Japón, el emperador solicitó ver al chico que había privado al atleta estrella del país, Hachiro Tottori-Gifu, de tantas medallas en los Juegos, y crucé Europa corriendo para internarme en Rusia hasta Kazajistán, atravesar China y llegar a Tokio, donde hice unos cuantos circuitos alrededor de la Ciudad Imperial para el Soberano Celestial sobre Las Nubes. Su propio hijo, el príncipe heredero, me retó a una carrera, y aunque fue claramente derrotado, me mostré lo bastante generoso para no ganarle por mucho margen. Al fin y al cabo, los japoneses pagaban mi alojamiento y todos mis gastos.

—Muchas gracias por todo —dije finalmente a las multitudes que me aclamaban—. Ahora es tiempo de regresar a casa, porque debo cumplir una promesa.

Sin embargo, me marché a Sudamérica, donde un grupo de guerrilleros me invitó a participar en su Día del Desarme, una celebración semestral en que los miembros de dos bandos enfrentados en una disputa política se reunían durante veinticuatro horas y ofrecían una suerte de espectáculo de talentos. Se ocupaban de traer un invitado internacional todos los años, y aquél me tocó a mí.

—Te crees muy rápido, ¿verdad? —me dijo un general mientras fumaba un puro, después de haberme visto correr a través de los bosques en tiempo récord—. Te crees un tipo muy listo, ¿eh?

Parecía un poco ofendido por mi presencia, aunque era él quien me había invitado.

—Así es, señor, sí —contesté tras haber probado uno de sus puros y vomitado sobre mis zapatillas—. Y ahora he de regresar a casa, porque debo cumplir una promesa.

De camino a casa, me encontré en Italia, donde el Papa me desafió a dar mil vueltas a la plaza de San Pedro en una sola tarde. Cuando la multitud reunida me vitoreó, descubrí que me gustaba toda esa atención y no quería que aquello acabara.

—Ven a mis dependencias privadas, hijo mío —me dijo después el Papa,

rodeándome los hombros con el brazo—. Tómame un tiramisú conmigo.

—No me será posible, Santidad —contesté—. De veras que tengo que regresar a casa. Debo cumplir una promesa.

Y, de camino a casa, me encontré en España, corriendo delante de los toros en Pamplona. Después me dirigí hacia el este, hasta llegar a Barcelona para la Diada de Sant Jordi, donde atendí todos los puestos de libros y rosas de la ciudad, precipitándome de uno a otro cada vez que se acercaba un cliente, y la ciudad entera quedó paralizada mientras corría como un rayo por las calles.

Más cerca de casa, me sentí un poco cansado por una vez y decidí descansar unos días en el oeste de Cork, donde fui uno de los jueces del concurso de la Doncella de las Islas de Skibbereen, un festival anual en que cada hombre, mujer y niño irlandés acude a la ciudad durante veinticuatro horas para competir en carreras, entonar canciones protesta y hablar de la recesión. Me invitaron a pronunciar un discurso, pero dije que prefería demostrarles lo rápido que era, y en ese momento una mujer de la multitud arrojó un juego de llaves al escenario.

—Creo que me he dejado un grifo abierto —dijo, y me dio una dirección en Donegal, a más de cuatrocientos kilómetros de distancia—. ¿Podrías ir hasta allí y comprobarlo, chico?

—No te lo habías dejado abierto —contesté unos momentos después, devolviéndole las llaves junto con una gruesa chaqueta de lana roja—, pero he pensado que podías necesitar esto más tarde. Parece que va a hacer frío.

—¡Tus padres pueden estar orgullosos de ti, ya lo creo! —exclamó la mujer, jubilosa, y la multitud volvió a aclamarme.

—Muchas gracias —respondí—, pero no tengo madre, sólo padre. Y más vale que vuelva a su lado a toda pastilla. Le hice una promesa.

Desde allí, tomé un barco hasta Londres, donde me detuve un par de días para asistir a un festival literario, en el que entraba y salía con tanta velocidad de las lecturas de los autores que el viento que generaba les pasaba las páginas de los libros, dejándoles libres las manos para beber y gesticular. No importaba cuánto empeño pusiera: por más que lo intentaba no conseguía volver al pueblo. Parecía imposible, pero siempre había otra multitud que deseaba verme, siempre otra invitación que aceptar, otro festival al que asistir, otra carrera en que participar... Mi padre estaba muchas veces presente en mis pensamientos, pero al final traté de olvidar la promesa de volver a casa, pese a saber que los años pasaban, que mis días de colegial estaban quedando muy atrás y que mi padre no estaría rejuveneciendo precisamente.

No fue hasta que me entretuvieron en San Petersburgo y me encontré corriendo como un hámster en una rueda gigante, sin tomarme el menor respiro ni cansarme, cuando las cosas alcanzaron un punto crítico. Llegó una carta para mí, así que dejé de correr y bajé de la rueda. Leí la carta una y otra vez y las lágrimas afloraron a mis

ojos. Le pregunté a un joven guardia por los horarios de los trenes desde San Petersburgo y me enteré de que eran terriblemente lentos, terriblemente escasos y terriblemente fríos.

—Pero tengo que llegar a mi casa —expliqué—, mi padre se está muriendo.

—Lo siento —contestó el joven encogiéndose de hombros, y parecía lamentar de veras no poder ayudarme—, pero no hay trenes.

—Entonces, será mejor que corra. Y prometo que esta vez nada se interpondrá en mi camino.

Y al menos esa promesa sí la cumplí.

18. Noah y el viejo

—Qué suerte haber tenido un padre como el tuyo —comentó Noah—. Si yo quisiera hacer algo parecido, mis padres no me lo permitirían.

—Eso no lo sabes con certeza. ¿Se lo has preguntado?

—Bueno, no —admitió Noah—. Pero es que nadie ha llamado a la puerta para invitarme a formar parte del equipo olímpico. Después de todo, sólo tengo ocho años.

—Y sólo ganaste la medalla de bronce en los quinientos metros en el colegio.

—¡El tercer puesto no está mal! ¿Por qué no para ya de decir eso?

—Yo no era mucho mayor que tú cuando el señor Quaker vino en mi busca —repuso el viejo encogiéndose de hombros—. Aunque eran otros tiempos, supongo.

El niño suspiró y dejó la marioneta del señor Quaker en la mesa junto a las del príncipe, el señor Wickle y la señora Shields. Se quedaron ahí, mirándolo y sin parecer muy cómodas tan cerca unas de otras. Noah pensó que llevaban tanto tiempo juntas en el cofre que agradecerían un poco de libertad, pero no se las veía muy contentas.

Sin previo aviso, un cuco entró volando por la ventana, se detuvo en el aire entre Noah y el viejo, los miró un instante, soltó un par de graznidos y salió volando de nuevo para desaparecer en una nube.

—Oh, Dios santo —exclamó el hombre consultando el reloj—. No puede ser ya tan tarde, ¿no?

—Ese cuco... —dijo Noah levantándose de un brinco para asomarse a la ventana y ver adónde se dirigía el pájaro—. ¿Hace eso cada vez? O sea, lo de anunciar la hora.

—Por supuesto —contestó el viejo como si fuera lo más natural del mundo—. Es un reloj de cuco. En el sitio del que vienes también tenéis, ¿no?

—Sí. En casa tenemos uno en la sala de estar, al lado de la foto de la tía Joan, pero no se parece en nada a éste. No sabía que hicieran eso en la vida real.

—Claro que lo hacen, si se les adiestra como es debido. En realidad es el segundo reloj de cuco que he tenido —comentó el viejo con cierta pena—. Su padre hizo ese mismo trabajo durante muchos años, pero sufrió un desafortunado accidente un día que olvidé dejar la ventana abierta. —Titubeó un instante y luego levantó las manos con las palmas bien abiertas—. ¡Pataplaf! —añadió con gesto de resignación. Lo lamenté mucho y pensé que ahí acababa mi relación con esa familia, pero por suerte

su hijo pequeño comprendió que había sido una desgracia involuntaria y me perdonó. Desde entonces viene siempre.

—¿Y lo despierta por las mañanas?

—Bueno, lo intenta. Aunque suelo estar levantado cuando llega. A veces desayunamos juntos, pero puede estar de muy mal humor a esas horas tempranas. Siempre tengo que valorar si es conveniente hablarle o no. Me levanto muy temprano, por cierto; siempre lo he hecho. Cuando era un chaval solía salir a correr muy pronto por las mañanas. Ahora ya no puedo hacerlo, por supuesto. Mis piernas no lo aguantarían. Aunque sólo yo tengo la culpa de eso, claro.

—Difícilmente es culpa suya —opinó Noah—. No puede evitar hacerse viejo.

—Ahora ya no puedo, eso es verdad —admitió el anciano, asintiendo con la cabeza—. Pero yo no tenía que envejecer. Fue una decisión que tomé.

—¿Cómo puede haber...? —empezó Noah, pero ahora fue el viejo quien miró por la ventana.

—El sol va a ponerse muy pronto —comentó—. Recuerdo una vez que vi ponerse el sol en la bahía de Watson, en Sídney, y esa misma noche corrí hasta la punta más al sur de España para verlo salir otra vez.

—Debió de cansarse mucho —dijo Noah con cara de asombro.

—Bueno, sí; no soy más que un ser humano —contestó el viejo sonriendo.

—Yo sólo he visto salir el sol una vez —dijo Noah en voz baja—. En mi casa, por supuesto.

—Ah, ¿tú también eres madrugador? —bromeó el anciano.

—Qué va. A veces mi padre me amenaza con arrojarme un cubo de agua si no me levanto. Es extraño... siempre me quejo cuando es hora de irme a la cama, pero luego me quejo aún más a la hora de levantarme. No tiene mucho sentido, ¿no?

—Ésa —dijo el viejo dando golpecitos con un dedo sobre la mesa— es una de las grandes paradojas de la vida. ¿Fue memorable ese amanecer que viste?

Noah tragó saliva y apartó la mirada. Esperó un rato antes de responder, y al final lo hizo casi en un susurro:

—Sí. Creo que jamás lo olvidaré.

19. Amanecer

En las semanas siguientes a la visita de Noah a la feria, su madre continuó enferma, y una noche, cuando su padre volvió a casa después de haberse marchado juntos a la ciudad, ni siquiera regresó con él.

—Tu madre estará de vuelta mañana —dijo el padre, que parecía muy cansado y más preocupado por las respuestas que iba a darle a su hijo que por decirle simplemente la verdad.

—¿Mañana? —repitió Noah, sorprendido—. Pero ¿por qué? ¿Dónde va a quedarse esta noche?

—En la ciudad. Con unos amigos.

—Pero si ella no tiene amigos en la ciudad —protestó Noah, que había oído decir muchas veces a su madre que desearía conocer a más gente allí y así tener motivos para ir a comer los sábados.

—Bueno, no son amigos exactamente —admitió el padre—. Mira, es difícil de explicar. Lo importante es que ella estará en casa mañana y esta noche sólo estamos tú y yo. Podemos jugar al fútbol si quieres.

Noah negó con la cabeza y se fue a su habitación. No quería jugar al fútbol. Quería que le dijeran la verdad.

La mañana siguiente, su madre tampoco estaba en casa. Noah tenía planeado empezar ese día la lectura de su libro número quince. Lo sacó de la estantería y lo abrió por la primera página, pero no logró concentrarse en la historia. Había alguien llamado caballero Trelawney y otro hombre que se llamaba doctor Livesey y una taberna, la Almirante Benbow, y todos empezaron a emborrionarse y confundirse, no porque el libro no fuese bueno, sino porque a Noah le resultaba imposible concentrarse. Lo dejó y fue al piso de abajo a preguntarle a su padre qué pasaba.

—Dijiste que volvería hoy —protestó, y su padre lo miró abriendo y cerrando la boca como un pez.

—Te dije que volvería mañana —contestó.

—Sí, pero eso fue ayer, así que hoy es mañana.

—Por favor, Noah, ¿cómo va a ser hoy mañana?

El niño sintió una oleada de rabia. Nunca había sentido nada parecido. Era como un huracán de ira, que empezaba en la boca del estómago y se enroscaba y retorcía, recogiendo pizcas de furia y mal genio, para ascender por el centro de su cuerpo y

brotar por fin de su boca en un torrente de indignación.

—¡Tengo ocho años! —exclamó, y rompió a llorar—. Ya no tengo cinco, seis ni siete. ¡Quiero saber qué está pasando!

Pero no esperó una respuesta, sino que subió hecho una furia a su habitación, cerró la puerta y se dejó caer en la cama. Unos minutos después, se negó a abrir cuando su padre llamó y le dijo que no se preocupara, que su madre no tardaría en volver. De hecho, ni siquiera bajó a cenar aquella noche, y escuchó a través de la puerta cuando oyó a su padre hablar por teléfono.

—Muy bien, esperaré —le decía a su interlocutor—. Con un poco de suerte dormiré y mañana podremos hablar con él.

Noah estaba seguro de que no conseguiría dormir, pero resultó que estaba tan agotado que cuando se metió en la cama, nada más tocar la almohada, se sumió en un sueño oscuro, del que estuvo encantado de despertar cuando una mano lo sacudió por el hombro unas horas después.

La habitación todavía estaba en penumbra, de modo que supo que aún no había amanecido, pero había una persona sentada en la cama a su lado, respirando con suavidad. Se incorporó asustado y encendió la luz de la mesita de noche.

—¡Mamá! —exclamó, aunque le fue difícil abrir los ojos con aquel repentino resplandor—. Has vuelto.

—Dije que volvería, ¿no? —susurró ella—. En realidad no debería estar aquí, pero no podía permanecer más tiempo lejos. De ti, quiero decir. No sé qué dirá tu padre cuando despierte y descubra que he vuelto a casa.

—Te he echado de menos —dijo Noah rodeándola con los brazos, pero, a pesar de lo contento que estaba, seguía muy cansado y le habría gustado volver a dormir y hablar con ella por la mañana, ya levantado y vestido—. ¿Qué hora es?

—Aún es de madrugada —contestó ella, inclinándose para darle un beso en la coronilla—. Pero quería enseñarte algo.

Noah echó un vistazo al reloj de la mesita de noche y esbozó una mueca.

—Ya lo sé, ya lo sé —lo tranquilizó su madre antes de que pudiese decir nada—. Pero confía en mí, valdrá la pena.

—¿No podemos hacerlo más tarde?

—No; tiene que ser ahora. Vamos, Noah, por favor. Levántate. Te prometo que no te arrepentirás.

El niño asintió con la cabeza y se levantó, y los dos bajaron por la escalera y salieron por la puerta principal para dirigirse a un extremo del jardín, desde donde se veía el horizonte a través de los árboles del bosque. La hierba estaba húmeda, y a Noah le gustó la sensación y presionó los dedos de los pies sobre la tierra.

—Ahora, mira —dijo su madre.

Él fijó la vista en la oscura distancia, sin saber qué se suponía que debía ver.

Tragó saliva y bostezó, y luego volvió a bostezar, preguntándose cuándo podría volver a la cama. Oyó un susurro en la hierba a su derecha, y apareció un zorro marrón oscuro con una llamativa franja blanca en el lomo. Le sostuvo la mirada durante un largo momento, y a continuación desapareció entre las hierbas altas que separaban su casa del bosque.

—¿Qué más se supone que he de ver? —preguntó.

Se volvió hacia su madre, pero ella negó con la cabeza y señaló de nuevo a lo lejos mientras consultaba el reloj.

—Tú mira y ya está —dijo, apretándole más la mano—. Va a suceder en cualquier momento.

Noah entornó los ojos, preguntándose qué iba a ocurrir.

—Aquí viene —anunció su madre al cabo de unos instantes—. Ahora no apartes la vista del horizonte. Sigue mirando, Noah. Te va a dejar patitieso.

—Pero si ya lo estoy —respondió mirándose los pies descalzos, helados y verdosos.

Y entonces, un segundo después, ocurrió algo extraordinario. La penumbra que cubría el bosque se vio iluminada de pronto por una reluciente cortina de luz dorada que irrumpió a través de las briznas de hierba empapadas de rocío y las ramas de los árboles, cambiando el mundo entero de la noche al día en breves instantes.

—Uno no ha vivido de verdad hasta que ha visto amanecer en el bosque —dijo la madre atrayéndolo hacia sí—. Mi padre me trajo a verlo justo antes de... justo antes de que nos dejara. Y nunca lo olvidé. Es uno de los recuerdos más felices que tengo de él. Así que quería que lo viéramos juntos, sólo tú y yo, Noah. ¿Qué te parece? ¿No es maravilloso?

—Ha sido bonito —contestó él encogiéndose de hombros, y al cabo de un momento añadió—: ¿Tenemos que quedarnos aquí fuera? Me estoy congelando.

Su madre le dirigió una mirada un poco triste y negó con la cabeza.

—No. Puedes volver a entrar. Sólo quería que lo viéramos juntos una vez, nada más. Ahora, si ves amanecer alguna vez en el futuro, a lo mejor pensarás en mí.

Noah asintió con la cabeza y echó a correr de vuelta a la casa, se precipitó escaleras arriba y arrojó la bata al suelo. Justo antes de meterse en la cama, echó un rápido vistazo por la ventana y le sorprendió comprobar que su madre seguía donde la había dejado, pero se había encaramado a los dos travesaños de la cerca como si fuese una escalera y estaba de pie a unos palmos del suelo, la única persona visible, perfilada contra la gran extensión de bosque más allá —la única persona despierta en el mundo entero, se dijo Noah—, con los brazos extendidos a la mañana radiante y soleada, la cabeza echada atrás para que el calor del sol le diera en la cara. Fue un espectáculo extraordinario.

Se metió enseguida en la cama, pero, pese a lo cansado que estaba, no consiguió

dormirse. Sólo cuando oyó a su madre entrar en la casa y subir despacio la escalera se sintió a salvo.

Fue entonces cuando la oyó emitir un grito de dolor. Se incorporó en la cama y se quedó inmóvil. Oyó abrirse la puerta de la habitación de sus padres, y a su padre abalanzarse escaleras abajo llamándola por su nombre.

20. Noah y el viejo

—Creo que empiezo a entenderlo. Puede ser una vida muy solitaria, cuando uno deja atrás a toda la gente que quiere. Tienes que estar muy seguro de lo que estás haciendo. Llega un momento en que es demasiado tarde para volver a casa.

—Pero usted volvió —señaló Noah—. Cumplió su promesa. Una vez que hubo recibido la carta en que le decían que su padre estaba enfermo, regresó a su casa.

—La cosa no es tan sencilla —repuso con tristeza el anciano, tendiendo una mano para agarrar otra madera y estudiarla un rato antes de empezar a tallar un par de piernas en la base—. En realidad, todavía no he acabado mi historia. Pero mira qué hora es. ¿No crees que sería buena idea no escaparte, después de todo? Aún puedes llegar a casa antes de que oscurezca, si quieres hacerlo.

—Creo que si volviera a casa ahora tendría serios problemas —respondió Noah, que parecía un poco arrepentido—. Será mejor que siga con mi plan inicial.

—Estoy seguro de que tus padres te perdonarían. Estarían encantados de tenerte de vuelta.

Noah lo pensó un poco. Aunque sólo llevara unas horas lejos de casa, empezaba a echarla de menos. Pero, cada vez que pensaba en su casa, pensaba también en que regresar supondría enfrentarse a las consecuencias de su acto, y no sabía si estaba preparado para eso.

—Pero ¿por qué no? —preguntó el viejo sorprendiendo a Noah, que estaba seguro de no haber hablado en voz alta—. ¿Qué consecuencias serían ésas?

—Malas —contestó el niño.

—¿Cómo de malas?

—¿De verdad nunca tuvo madre?

—No, nunca —repuso el viejo con voz triste—. Sólo un padre. Deseé muchas veces tener una madre, por supuesto. Siempre he pensado que la mayoría de ellas parecen personas muy agradables. Hasta hoy, claro.

—¿Por qué? ¿Qué tiene hoy de distinto?

—Bueno —contestó el anciano sonriendo—, estás contándome todas esas historias maravillosas sobre tu madre, sobre lo buena y atenta que se mostraba contigo, y sin embargo has huido de ella. Sólo puedo deducir que no es tan agradable como la pintas.

—¡Pero eso no es así! —exclamó Noah con tono de frustración, y se puso en pie

para acercarse a la ventana; advirtió que en la calle había una especie de alboroto—. Mire, hay un montón de gente reunida ahí fuera.

Bajó la vista hacia la pequeña multitud plantada enfrente; miraban hacia la juguetería y tomaban notas. El perro salchicha que tan servicial se había mostrado con él estaba entre ellos, cada vez más enérgico a medida que discutía con un hombre de mediana edad y de cara colorada que parecía estar al mando allí, pues hacía grandes aspavientos y pedía a todos que se callaran para que pudiera pensar. El burro se estaba comiendo una banana que una mujer distraída sostenía en una mano mientras miraba hacia la acera de enfrente.

—¿Qué quieren? —preguntó Noah.

—Oh, yo que tú no me preocuparía —contestó el anciano sin dignarse mirarlos siquiera—. De vez en cuando se plantan ahí y anotan cosas. Entonces redactan artículos para denunciarme en el boletín informativo que todo el mundo recibe pero nadie lee. No es que tengan algún problema conmigo, o con la tienda. El motivo de sus protestas es ese árbol —añadió señalando las ramas, que se mecían un poco a la brisa del atardecer y dejaron de hacerlo en cuanto se sintieron observadas—. Aseguran que lo que ocurre aquí no es normal, pero yo digo que me importa un pimiento. Además, ¿quién les ha pedido su opinión? El salchicha estará de mi parte, no te preocupes. Y el burro también. Mantendrán a raya a los agitadores. Bueno, ¿qué te parece esto?

Noah se volvió en redondo y tomó de manos del viejo la marioneta que acababa de tallar. Parecía una especie de mangosta.

—Está muy bien —respondió—. ¿Cómo la ha hecho tan deprisa?

—Tengo mucha experiencia.

Noah observó unos instantes más a la multitud y luego se sentó en la repisa de la ventana.

—Papá dice que los médicos harán que mamá se recupere —dijo al cabo de un momento—. Al menos eso decía antes. Ahora dice que tengo que ser muy valiente.

—¿Y tu madre? ¿Tengo razón si pienso que está en el hospital?

—Lo estuvo —contestó Noah, y se volvió para que el viejo no viera las lágrimas que le afloraban—. Ahora está en casa otra vez. En la cama. Verá, llegó a casa ayer. Insistió en hacerlo. Dijo que era donde quería estar cuando... cuando... —No logró pronunciar las palabras y apretó los puños y los labios para serenarse.

—Pero si está en casa y no se encuentra bien, ¿no deberías estar con ella?

Noah se volvió hacia el anciano.

—Usted también se fue de casa.

—Pero volví cuando me enteré de que mi padre estaba enfermo.

—¿Tardó mucho en hacerlo? —preguntó Noah, y se levantó para ayudarlo a recoger los últimos vasos y tazas de la mesa. Por fin tenía la barriga llena, y aunque

había una bandeja con bombones en la encimera a su lado, sólo les echó un vistazo, dejándolos arrastrarse con desánimo de vuelta a un armario—. ¿Llegó a tiempo tras recibir la carta que le informó de que su padre estaba enfermo? ¿Llegó a casa antes de que... antes de que estuviera...?

—¿Muerto? —concluyó el viejo—. ¿Qué pasa, muchacho? ¿No puedes pronunciar esa palabra? Sólo es una palabra, ¿sabes? Sólo unas letras unidas al azar. La palabra en sí no es nada comparada con su significado.

—Ajá. —Noah miró el suelo y apretó los dientes y los puños, éstos con tanta fuerza que le pareció que los dedos le atravesarían las palmas. Vio que quedaba una última marioneta en el cofre, y la sacó para observarla: parecía un viejo conejo al que se le retorcían los bigotes cuando uno tiraba del cordel; la dejó en la mesa junto a las demás—. ¿Consiguió llegar a casa antes de que su padre muriera?

21. La marioneta del doctor Wings

Cuando llegué a la juguetería, todo parecía exactamente igual que cuando me había ido. Las paredes seguían cubiertas de juguetes, aún había serrín desparramado por el suelo, y detrás del mostrador unos botes de pintura con las tapas medio abiertas, con viscosos churretes de colores en los lados. De la caja registradora pendían unas telarañas.

—¿Hola? —susurré mirando alrededor, esperando que mi padre surgiera de las sombras—. ¿Papá?

Pero no hubo respuesta. Me mordí el labio, preguntándome qué hacer. El hospital estaba a sólo unos kilómetros de distancia, podía plantarme allí en segundos si me lo proponía, pero algo me dijo que mi padre jamás habría acudido a un hospital. Después de todo, había construido él mismo la juguetería. La había forjado con sus propias manos, no sólo los ladrillos deformes y el cemento mal puesto que mantenían en pie el maltrecho edificio, sino también todo lo que contenía, cada uno de los juguetes que cubrían los mostradores y llenaban las estanterías. Jamás se habría marchado de allí; estaba seguro de eso.

Un crujido al otro lado del mostrador me hizo alzar la vista, y advertí que la puerta se había colocado y estaba entreabierta.

—¡Henry! —exclamé—. Mi viejo amigo Henry. Sigues aquí.

La puerta me miró con expresión acusadora, sin consentir que emergieran el cariño y la amistad que antaño había entre nosotros. Se limitó a permanecer en silencio, permitiéndome vislumbrar la escalera tenuemente iluminada más allá. Me dirigí a ella, alcé la vista hacia la espiral de peldaños de madera y empecé a subir. Captando la urgencia del momento, Henry no tardó en adelantarme para encajarse en la pared, en esta ocasión firmemente cerrada pero permitiéndome girar el pomo. En la salita de estar había una luz encendida, y al entrar los tablones crujieron bajo mis pies.

Nada había cambiado. Las sillas estaban en sus sitios habituales ante la chimenea, aunque al ver quién entraba me volvieron de inmediato los respaldos. Las tazas estaban dispuestas con sus platos en los estantes, pero giraron las asas hacia dentro, impidiendo que las agarrara. El perchero seguía en el rincón, pero se alejó de puntillas sobre las cuatro patas para encerrarse en la que había sido la habitación de mi niñez.

Me entristeció mucho ver cuánto había decepcionado a las cosas de mi padre.

—¡Oh, cielos! —exclamó un conejo anciano al salir de la habitación de mi padre, dando un brinco de sorpresa ante tan inesperado visitante, pero luego se relajó y sonrió—. ¡Has venido! ¡Casi no puedo creerlo! Al principio no te he reconocido. Estás mucho mayor.

—Hola, doctor Wings —contesté, y me acerqué para acariciarle las orejas. Siempre le había tenido mucho cariño al doctor, que se ocupó de mis enfermedades infantiles—. Recibí su carta y he venido lo antes posible.

—Ah, ya veo —dijo él, apartando la vista un instante y mordiéndose el labio—. Ni siquiera estaba seguro de que te llegara. Después de todo, has estado fuera mucho tiempo.

—Sí, me entretuvieron —expliqué sin ser capaz de mirarlo a los ojos, tan avergonzado me sentía de mi egoísta conducta. Había tratado de ser un buen hijo, pero lo cierto era que los acontecimientos no habían cesado de impedírmelo.

—¿Que te entretuvieron? —repitió el conejo, frunciendo el entrecejo—. ¿Durante todos estos años, mientras tu padre se volvía más viejo y enfermizo? ¡Qué insólito, la verdad!

—Lo siento —repose mirando el suelo—. Pero he vuelto. ¿Cómo está él? ¿Se encuentra mejor? Ahora quiero quedarme y cuidarlo, de veras que sí. —Titubeé un instante cuando me pasó por la cabeza la peor posibilidad—. No estará... no se habrá...

—¡Oh, qué pena! —dijo con tristeza el doctor Wings, negando con la cabeza mientras mordisqueaba una zanahoria—. Ojalá hubieses llegado hace una hora.

—¡Lo intenté! —aduje, empezando a sentir agudas punzadas de culpa—. Además, ¿cómo se puso tan enfermo? Estaba bien cuando me fui. Se hacía mayor, por supuesto, pero no tenía mala salud.

El conejo me miró entornando los ojos, pensativo.

—¿Cuánto tiempo crees que has estado fuera?

—Varios meses, supongo —contesté, ruborizándome—. Pierdo la noción del tiempo muy fácilmente. Cuando uno está siempre corriendo, atraviesa muchas zonas horarias y nunca sabe del todo dónde se encuentra. O más bien cuándo se encuentra.

—Muchacho, eso es lo más ridículo que he oído en mi vida —repose el conejo mirando las ramitas verdes del cabo de la zanahoria para luego zampársela de un bocado—. Has estado fuera casi diez años.

—¡No puede ser! —exclamé, y consulté el reloj, como si así pudiera confirmar mi aseveración.

—Te aseguro que lo es.

—¿Quiere decir que me he perdido diez cumpleaños?

—Te has perdido diez cumpleaños de tu padre —puntualizó el conejo—. Y

durante todo ese tiempo, no habló de otra cosa que de ti. Seguía tus hazañas todas las semanas en los periódicos.

—Nunca pretendí estar fuera tanto tiempo. Le prometí que volvería después de los Juegos Olímpicos.

—Pero no volviste.

—No —admití—, no volví. ¿Cómo enfermó?

El doctor Wings esbozó una sonrisa comprensiva y negó con la cabeza.

—Muchacho, se hizo viejo, eso fue todo. Tu padre era un hombre muy anciano. Había trabajado duro toda su vida. Bueno, lo cierto es que siguió trabajando en la juguetería hasta hace unas semanas. Entonces empezó a sentir mareos y vine a ocuparme de él, pero no hubo nada que hacer. Unos días más tarde sufrió una caída, y después tuvo que guardar cama. Me temo que a partir de ese momento lo estuvimos perdiendo día a día.

Negué con la cabeza.

—Nunca pensé que podía pasar algo así —comenté.

—Pero todos nos hacemos viejos —repuso el conejo—. Tú mismo estás envejeciendo. Las cosas son así. Los niños se vuelven hombres. Y los hombres se vuelven ancianos. Eso lo sabrás, supongo.

Asentí con la cabeza. Sabía de una cosa que nunca envejecía: una marioneta.

—Ojalá hubieses llegado una hora antes —repitió con voz triste, negando con la cabeza.

—¿Sólo una hora? ¿Quiere decir que...?

—Sí. Ha muerto justo antes de que llegaras. Está ahí dentro, en la cama. Puedes entrar a verlo, si quieres.

Respiré hondo y me acerqué despacio a la puerta. Titubeé un instante al asomarme, nervioso ante lo que vería cuando mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Las cortinas estaban echadas y la habitación se hallaba sumida en la semipenumbra del anochecer. Sobre la mesita de noche, una lamparita dormitaba en silencio, pero captó mi presencia, me miró y se sorprendió tanto que la bombilla se iluminó de inmediato.

En la cama, papá tenía todo el aspecto de estar dormido. Estaba más viejo de lo que recordaba, pero parecía en paz y me alegré de que así fuera.

—Soy yo, papá —susurré acercándome a él—. He vuelto a casa.

Después de que le diéramos sepultura, no tardé mucho en decidir que tenía que hacer algo para honrar su recuerdo. Colgué mis zapatillas de atletismo y me dije que intentaría seguir con su negocio. Después de todo, papá había dedicado tantos años a la juguetería que sería una lástima dejarla extinguirse sólo porque su creador ya no estaba entre los vivos. Hice las paces con todas las cosas de la tienda, a las que tanto había decepcionado, y juramos empezar de nuevo, amigos otra vez.

Por suerte, había aprendido tantas cosas en el colegio después de nuestro traslado al pueblo que sabía exactamente lo que me hacía.

Me levantaba todas las madrugadas a las cuatro en punto y corría durante cinco horas antes de abrir la juguetería, sólo para mantenerme en forma. Cuando no había clientes, es decir, siempre, hacía juguetes nuevos; toda clase de juguetes: trenes y coches, pelotas de fútbol y barcos, rompecabezas y cubos de letras, pero nunca marionetas. Luego los pintaba, les ponía un precio y los colocaba en el estante adecuado. Cuando Alexander daba las seis de la tarde, me ponía de nuevo la ropa de deporte y salía a correr varias horas hasta alguno de los pueblos más distantes, para luego volver a la tienda, cerrarlo todo y retirarme al piso de arriba a cenar. Un poco de pasta. O una ensalada de la huerta. Me acostaba todas las noches a las doce y volvía a levantarme a las cuatro, siete días por semana.

Me decía que, en general, era una buena vida. Y pasaba los días tratando de no pensar cuánto lamentaba haber dejado solo a papá cuando más me necesitaba.

22. Noah y el viejo

—Siento mucho lo de su padre —dijo Noah con la vista fija en el suelo—. ¿Todavía lo echa de menos?

El viejo asintió con la cabeza y miró alrededor.

—Pienso en él cuando entro aquí todas las mañanas. Cuando tomo el desayuno, cuando considero la jornada que tengo por delante. Y por las noches, cuando me siento junto al fuego a leer un libro, imagino que está a mi lado, velando por mí. Lo siento muy cerca, y le digo que lamento no haber estado aquí al final.

Noah guardó silencio durante un buen rato. Oía las conversaciones que tenían lugar en su cabeza, un montón de discusiones; quería escuchar algunas de ellas, pero otras prefería ignorarlas por completo.

—¿Podemos ir abajo? —preguntó, poniéndose en pie y frotándose los brazos—. Aquí arriba hace un poco de frío, y de todos modos es probable que no tarde mucho en irme.

—Por supuesto, muchacho —respondió el viejo, y se dirigió hacia Henry para abrir—. Vamos, sígueme.

Salieron a la escalera y se hicieron a un lado para permitir que la puerta bajase primero, y una vez estuvo bien encajada en la pared de abajo, la abrieron y entraron una vez más en la juguetería.

—¿Nunca se siente solo viviendo aquí? —preguntó Noah, y miró alrededor con la curiosa sensación de que algunas marionetas estaban ahora en sitios distintos que antes.

—A veces. Pero ahora ya soy viejo y no busco compañía.

—¿Cuántos años tiene?

El anciano pensó un poco, frotándose la barbilla.

—Si he de serte sincero, he perdido la cuenta. Pero no soy ningún jovenzuelo, eso sí que lo sé.

—Me sorprende que haya decidido quedarse aquí, después de que su padre muriera. Podría haber corrido un montón de aventuras el resto de su vida. Podría haber viajado por todo el mundo.

—Pero cada día ha sido una aventura para mí —respondió el viejo con una sonrisa—. No importa si estoy aquí con mis marionetas o a diez mil kilómetros de distancia. Siempre ocurre algo interesante, dondequiera que estés. No sé si me

explico, pero...

—Sí que se explica —interrumpió Noah, y añadió—: ¿Vende a veces algunas marionetas?

—Oh, no —contestó el anciano—. No están a la venta.

—¿Que no están a la venta? —Noah rió—. Pero esto es una tienda, ¿no?

—Es un sitio en que se fabrican cosas, sí. Y hay una puerta de entrada para el público, claro. Y por ahí hay una caja registradora, aunque no estoy seguro de que funcione todavía. ¿Es una tienda? Es posible. No lo sé. ¿Importa acaso? Es mi hogar.

Noah reflexionó un poco y luego recorrió los pasillos, mirando las marionetas como si pudieran revelarles sus secretos. Finalmente seleccionó dos de las estanterías, ambas figuras tradicionales de hombres.

—¿Tienen nombre? —preguntó, sosteniéndolas en alto.

—Por supuesto —repuso el viejo con una sonrisa—. La de tu mano izquierda está inspirada en mi padre. Se le parece bastante. Y la de la derecha... bueno, fue vecino de papá antes de que yo naciera; el maese Cereza. Tira de los cordeles y verás algo que te gustará.

Noah tiró de las cuerdas bajo los pies de los dos muñecos. Levantaron los brazos y las piernas, tal como esperaba, pero —¡qué maravilla!— el pelo se les levantó también.

—¡Llevan peluca! —exclamó, riendo.

—Siempre las llevaron. Una vez, tuvieron una pelea terrible y casi se quedaron sin ellas.

—¿Por qué se pelearon?

—Por un malentendido, nada importante.

—Ah. ¿Y volvieron a ser amigos después?

—Grandes amigos —contestó el viejo con orgullo—. Y juraron seguir siéndolo el resto de sus vidas.

Noah asintió con la cabeza, complacido con aquella historia, y dejó las marionetas en la estantería.

—¿Y éstas? —Elegió dos más y las sostuvo ante sí—. El zorro y el gato.

—Unas criaturas terribles —dijo el viejo, frunciendo el entrecejo; su voz sonó más grave al mirar a aquellos malévolos animales—. Menudo par de granujas infames. Me robaron cinco monedas de oro e hicieron que me mandaran a la cárcel. Nunca confíes en un zorro o un gato. Ya está. Ya lo he dicho.

Noah se mostró sorprendido, y se volvió de nuevo hacia la estantería para escoger otra marioneta.

—¿Y ésta? —preguntó señalando una criatura de brillantes colores.

—Ah, el grillo —respondió el anciano—. Un tipo estupendo al que traté fatal.

—¿De veras? ¿Qué le hizo?

—Lo aplasté contra la pared con un martillo de madera y lo maté.

Noah se quedó espantado.

—¿Por qué? —quiso saber—. ¿Por qué hizo una cosa así?

—Me acusó de tener la cabeza de madera. Es posible que... —Miró alrededor, al parecer un poco avergonzado—. Es posible que me excediera con mi reacción. Pero no pongas esa cara de horror, muchacho. El grillo volvió con una forma distinta, como una especie de fantasma. Después de eso, nos hicimos buenos amigos.

Noah no dijo nada, se limitó a señalar la siguiente marioneta en la pared.

—Sí, ése es un tipo al que llamé el Tragafuego. No era un hombre agradable, en absoluto. Una vez trató de quemarme vivo. Y a su lado hay dos asesinos que intentaron matarme.

—¿Qué es eso que llevan en las manos? —preguntó Noah, inclinándose para verlo mejor.

—Un cuchillo y una soga. No sabían si matarme a cuchilladas o ahorcarme.

—Desde luego, tuvo algunos enemigos en su juventud —comentó Noah con asombro.

—Así es, aunque no sé por qué. La gente se volvía contra mí por alguna razón.

—¿Y todas estas marionetas las hizo usted?

—Todas y cada una de ellas.

—Menuda tarea —suspiró el chico.

—Permanecen así para siempre —dijo el anciano con una leve sonrisa—. Una marioneta puede viajar y correr aventuras y nunca envejece un solo día. Un chico... un niño de carne y hueso envejece, y ante sí no tiene otra cosa que la muerte. —Hizo una pausa. Cuando volvió a levantar la vista, el niño lo miraba con gesto de preocupación, y el anciano añadió en voz baja—: Nunca debes desear ser otra cosa que lo que eres. Recuérdalo. Nunca debes desear más de lo que te hayan dado. Podría convertirse en la mayor equivocación de tu vida.

Noah no supo qué significaban aquellas palabras, pero las guardó en un rincón de su mente, justo encima de la oreja derecha, seguro de que una parte de él querría recuperarlas algún día para pensar en ellas, y prefería tenerlas a mano cuando llegase ese momento.

—¿Puedo contarle un secreto? —preguntó.

—Claro.

—¿No se lo dirá a nadie?

—A nadie en absoluto.

Noah abrió más los ojos. ¿Qué era eso? ¿Era posible? La nariz del viejo estaba... ¿creciendo?

—¡A una persona! ¡Sólo a una persona! —se apresuró a exclamar el hombre, apretándose la punta de la nariz con la palma de la mano, avergonzado—. A lo mejor

se lo digo a una persona, pero sólo a una.

Ante esas palabras, la nariz pareció retraerse hasta su posición normal, y Noah parpadeó varias veces, no muy seguro de haber visto lo que creía haber visto, o de si se trataba de alguna clase de ilusión.

—Tengo un amigo —explicó el viejo con una leve sonrisa—, un cerdo bastante mayor que vive en una granja cerca de aquí y al que visito con regularidad, y compartimos nuestros secretos. ¿Te importaría si se lo contara? Es muy discreto.

Noah lo pensó un momento y luego asintió con la cabeza.

—Está bien. Pero sólo al cerdo.

—Sólo al cerdo —confirmó el hombre.

—Muy bien. Es sólo que pienso que a lo mejor me he equivocado al escaparme de casa. Me parece que no pensé en realidad en lo que podría significar. —Suspiró y miró alrededor. De pronto sacudió la cabeza como si quisiera librarse de aquellos pensamientos, y volvió a fijar la vista en las marionetas—. Creo que debería irme a casa. ¿Puedo quedarme una? Para llevármela, me refiero.

El viejo reflexionó un buen rato sobre aquel pedido, pero finalmente negó con la cabeza.

—Me parece que no. Lo siento, pero forman parte de la familia. Son parte de la vida que he tenido.

—Entonces podría tallarme una, ¿no?

—Lo siento —repuso el hombre—. Es curioso, pero siempre que tengo un trozo de madera delante y me dispongo a crear una marioneta, nunca me sale lo que pretendo tallar. Empiezo con una idea en la cabeza, pero entonces surge de la madera algo completamente distinto. Mira esto, por ejemplo —añadió sosteniendo en alto la pieza de madera, que se había transformado en un babuino—. No trataba de hacer un babuino.

—¿Qué intentaba hacer, pues?

El viejo apartó la vista unos instantes y se encogió de hombros; ya era hora de revelar la verdad.

—Bueno, quería hacerme a mí mismo, por supuesto —contestó con una sonrisa.

23. El maestro artesano

La verdad es que durante muchos años evité hacer marionetas. En su lugar tallaba trenes, barcos, bloques de letras, cubiletes para lápices y cualquier cosa que pudiera hacerse con madera y clavos. Seguía las técnicas tradicionales que había aprendido de mi padre, y en algunos casos hasta lograba mejorarlas.

Y aunque ya no viajara por el mundo ni corriera grandes aventuras, continué con mi rutina habitual después de su muerte. Salía a correr mañana y tarde, aunque solía hacer sólo unos miles de circuitos por el pueblo porque sabía que, si iba más allá, acabaría en algún palacio o festival, en lo alto de las pirámides egipcias o en el fondo del cañón del Colorado. Tenía un negocio del que ocuparme, y eso debía ser prioritario para mí.

Pero entonces ocurrió algo muy extraño. Un día, cuando estaba a punto de emprender mi carrera de la tarde, me noté un poco cansado. Me había agachado para atarme los cordones, y al incorporarme dejé escapar un inesperado suspiro de agotamiento y me llevé la mano a los riñones, que me dolían mucho. Y aunque esa tarde salí, volví jadeando más de lo habitual y ni siquiera cené antes de derrumbarme en la cama. No pensé mucho en ello hasta unos meses después, cuando me encontré gimiendo todas las mañanas al sonar la alarma de Alexander, con ganas de volver a hacerme un ovillo bajo las sábanas y no correr ni un par de metros.

A medida que fueron pasando los años comprendí que tendría que reducir las horas de ejercicio. Mi cuerpo se había vuelto menos ágil y las piernas tardaban más en responder. No era tan veloz como antaño. Las pequeñas venas azules marcadas en mis manos se estaban volviendo más pronunciadas. En una ocasión hasta pillé un resfriado.

Y entonces, un día, mientras arreglaba el escaparate de la juguetería, vi a mi padre allí, a sólo tres metros de distancia, con el mismo aspecto que tenía el día que partí hacia mis triunfales Juegos Olímpicos, tantos años atrás.

—¡Papá! —exclamé, encantado de volver a verlo y olvidando por un instante que había muerto muchos años antes.

Corrí hacia él con los brazos extendidos, y papá echó a correr hacia mí, con los brazos extendidos a su vez.

Chocamos, y los dos caímos de espaldas.

Entonces alcé la vista y comprobé que no era mi padre; lo que había visto era mi

propio reflejo en el espejo de cuerpo entero que llevaba un montón de años en un rincón de la tienda.

«Ahora soy un viejo», me dije.

En ese momento comprendí que, muchos años antes, había tomado la decisión equivocada cuando me concedieron el deseo de convertirme en un niño de carne y hueso. Más me habría valido seguir siendo una marioneta.

Cuando esa idea se asentó en mi cabeza, una curiosa sensación me cosquilleó en brazos y manos, un ansia que sólo podía satisfacer aferrando un martillo y un formón y sentándome a trabajar. Bajé al sótano, donde siempre tengo grandes reservas de madera, y para mi sorpresa, por primera vez en mi vida, descubrí que no quedaba ninguna. Solía adquirir el material necesario para mis juguetes en un almacén de madera de la zona, pero era casi medianoche y estaría cerrado hasta la mañana. Pero debía tallar una marioneta; no tenía elección. No sería capaz de dormir si no lo hacía. No sería capaz de respirar.

Salí de la juguetería y miré en todas direcciones, dejando que el aire nocturno me llenara los pulmones, y por unos instantes me pregunté si alguien me descubriría si saltaba la valla del almacén de madera y robaba lo que necesitaba. Bueno, no sería robar exactamente, pues al día siguiente pagaría lo que me hubiese llevado, pero, en cuanto se me ocurrió semejante idea, comprendí que no podía hacer algo así. Mis piernas ya no eran las de antaño. No podía saltar ninguna valla, ni siquiera trepar por ella. (Incluso de joven sólo había conseguido la plata en los 400 metros vallas, así que ahora, de viejo, era impensable). Todo el asunto parecía un disparate.

Frustrado, centré mi atención en el árbol que se alzaba a mi lado y me fijé en una gruesa rama. ¿Podía ser tan sencillo? Casi parecía que la rama estuviese llamándome. «¡Agárrame! —decía—. ¡Vamos, arráncame!»

Y eso hice.

Aferré la rama y, sorprendiéndome de mi propia fuerza, la arranqué del tronco y me quedé plantado en el camino mirando fijamente aquel sólido pedazo de madera. Volví a la tienda, cerré con llave, bajé al sótano y puse manos a la obra.

Sabía exactamente qué marioneta quería hacer. Veía con claridad las piernas rectas y estilizadas, articuladas en las rodillas: el segundo par de piernas que papá había creado para mí después de que fuera tan insensato como para permitir que las primeras se me quemaran mientras dormía. Era fácil recordar el cuerpo liso y cilíndrico, así como los brazos flacos y las sencillas manos en sus extremos; la cara alegre, impaciente; la reveladora nariz que crecía siempre que decía una mentira. Todo se encontraba ahí, bien a salvo en mis recuerdos. Estaba seguro de poder hacerlo; después de todo, era un maestro artesano y nunca había fracasado en el intento de producir la talla que fuera.

«Si lo hago bien... —me dije mientras tallaba y cincelaba—. Si consigo que

quede perfecto, entonces quizá... sólo quizá...»

Y durante mucho rato creí que iba a funcionar. Las piernas parecían las que debían ser; el cuerpo parecía el que debía ser; la cara parecía la que debía ser. Pero cuando acabé aquella primera marioneta y me alejé un poco para estudiarla, quedé perplejo ante lo que vi: se había transformado misteriosamente en un zorro, un zorro que conocía bien, el mismo que, muchos años antes, me había convencido de que si enterraba mis cinco monedas de oro en el campo de los milagros, luego las regaba y después me iba durante unas horas, al regresar las encontraría convertidas en cinco mil monedas de oro. El zorro que me había robado abusando de mi ingenuidad.

«Vaya, ¿cómo ha ocurrido algo así?», me pregunté, sorprendido, y decidí que la noche siguiente me concentraría más en mi tarea y conseguiría tallar la marioneta perfecta.

A partir de ese día, noche tras noche, me empeñé en tratar de hacer una versión en madera de mi antiguo yo, pero, cada vez que acababa y observaba el resultado, la marioneta era completamente distinta. La marioneta de un jefe de estación, quizá. O de una viuda doliente. Una mujer sentada a un escritorio componiendo un soneto a un amante perdido en el mar. Una pluma flotando en la brisa. Un piano que necesitaba afinación. La estatua de Zeus en Olimpia. Charles Lindbergh levantando el vuelo en el *Spirit of Saint Louis*. No importaba cómo empezara la marioneta o con cuánta intensidad trabajara en ella, siempre resultaba algo muy distinto y completamente inesperado.

Todas las noches arrancaba otra rama del árbol y volvía a empezar. Y unos días después, la rama había crecido de nuevo.

Hace años que sucede lo mismo. He decorado la tienda con las marionetas que mis manos han tallado del árbol de mi padre, y durante todo este tiempo he envejecido más y más, hasta que ahora comprendo que mi objetivo era imposible.

Tomé una decisión: me convertí en un niño de carne y hueso. Nunca podré volver a ser una marioneta.

Y, como señaló el doctor Wings, un niño de carne y hueso se convierte en un hombre de carne y hueso, y un hombre de carne y hueso se convierte en un anciano de carne y hueso, y después...

24. Noah y el viejo

—Ya sé qué viene después —intervino Noah, apartando la mirada y notando que el corazón le latía más rápido.

—Sí, supongo que lo sabes —repuso el anciano, sentándose y sonriéndole, y sus dulces ojos hicieron que el niño se sintiera querido y a salvo—. ¿No crees que ya es hora de que te vayas a casa, de estar con tu madre mientras todavía puedes hacerlo?

Noah se levantó. Se sentía cansado y confuso. Había sido un día lleno de sorpresas y aventuras, toda clase de gente e incidentes inesperados, y la verdad era que nada deseaba más que contarle a alguien todas las cosas que le habían ocurrido. A alguien a quien quisiera.

—Ojalá pudiese tener una juguetería —comentó al cabo de unos minutos, alzando la vista con expresión emocionada—. Creo que ha de ser maravilloso trabajar en un sitio como éste.

—Pensaba que querías ser astrónomo.

—Sólo es una de las profesiones que estoy considerando. A lo mejor no es la adecuada para mí. Lo cierto es que me gustan mucho los juguetes. Y la carpintería se me da bien. Así que quizá algún día pueda tener un trabajo como el suyo, ¿no cree?

—Tal vez —admitió el viejo, volviéndose para echarle un vistazo a Alexander el reloj—. Caramba, se está haciendo tarde. Dentro de poco será hora de cenar.

—Pero si acabamos de comer... —repuso Noah, convencido de que en ese momento no podía comer ni un bocado más, o explotaría.

—Y el sol ya se está poniendo —añadió el viejo mirando el cielo por la ventana, que estaba de un azul oscuro con nubes negras en el horizonte—. Supongo que tendré que salir pronto a hacer ejercicio.

—Entonces, ¿todavía corre? —preguntó Noah, pues mirando al anciano costaba imaginar que pudiese correr; para empezar estaba un poco encorvado, e incluso al subir y al bajar la escalera había ido muy despacio.

—Claro que no —contestó—. Ahora ya no podría. Pero me gusta salir de paseo cada anochecer. Sólo por los alrededores del pueblo, nada más. Para que entre un poco de aire fresco en mis pulmones y la sangre siga circulando. Quizá te apetezca acompañarme esta noche.

Noah consultó el reloj. Había decidido marcharse de casa y buscar un pueblo que le gustara, pero, ahora que había encontrado uno, no sabía qué hacer.

—De acuerdo —contestó, tomando la chaqueta del perchero, que se le acercó en el momento preciso—. Supongo que también me vendrá bien un paseo después de este atracón de comida, pero luego me pondré en marcha.

—Por supuesto —repuso el viejo, tomando a su vez el abrigo y la bufanda—. Gracias, William —le dijo al perchero, que inclinó la cabeza en que reposaban los sombreros y volvió al rincón de la juguetería—. Un niño que se ha ido de casa debe estar siempre en movimiento. Nunca puede detenerse en ningún sitio, o lo encontrarán. Vaya, si hasta corre el riesgo de hacer amigos si se queda demasiado tiempo en el mismo sitio.

—Estoy seguro de que podría detenerme en algún sitio —respondió Noah—. Con el tiempo dejarán de buscarme.

—Oh, inocente muchacho —repuso el anciano, y rió un poco—. Si piensas eso, es que no conoces a tus padres. Nunca dejarán de buscarte. Siempre querrán tenerte de vuelta. Bueno, ¿seguro que no te dejas nada?

Noah miró alrededor y asintió con la cabeza. En realidad no quería irse, pero sabía que no podía quedarse allí solo. La juguetería era un sitio extraño y desconcertante, aunque se sentía a salvo en su interior.

—Bien —dijo el viejo—. Entonces, vámonos.

Salieron al aire del anochecer, que era un poco fresco. La calle estaba tranquila y no había rastro del salchicha servicial, el burro hambriento ni la multitud congregada antes ahí fuera.

—¿No cierra la puerta con llave para que no entre nadie? —preguntó Noah.

—La forma más sencilla de impedir que entre alguien es no cerrar la puerta con llave —explicó el viejo—. Es lo más obvio del mundo, pero a nadie se le ocurre. Ven, vayamos por aquí.

Pasaron ante el árbol de su padre, y Noah lo observó una vez más. Parecía un árbol perfectamente normal, aunque la madera tenía un aspecto más brillante y lustroso que la de los árboles del bosque frente a su casa.

—Ojalá pudiese tallar algo con la madera de ese árbol —comentó Noah.

—Oh, me temo que no es posible —repuso el viejo—. Ese árbol es propiedad exclusiva de la juguetería. Además, no puedes tallar juguetes o marionetas hasta haber practicado muchos años y llegado a conocer tu oficio. Hay que trabajar muy duro para eso, y hay que disponer de un buen montón de madera.

—¡Fantástico! —exclamó Noah esbozando una sonrisa—. Porque resulta que mi padre es leñador y nuestra casa está situada junto a un bosque, de manera que tendría toda la madera necesaria. Si quisiera probar, quiero decir.

—También necesitas buenas herramientas —continuó el viejo—. Un formón resistente, un buen cepillo de carpintero, unas cuantas gubias afiladas. Y pinturas, por supuesto; pinturas de buena calidad.

—¡El tío Teddy! —exclamó Noah.

—¿El tío qué?

—¡El tío Teddy! Es dueño de una tienda de pinturas. Tiene más de tres mil variedades de pintura. «Si no la tenemos, no existe, colega», ése es su lema.

—Además —añadió el viejo tras considerar la cuestión unos instantes—, para llevar un negocio hay que ser bueno en cálculo; si no, nunca te cuadran las cuentas.

—No soy muy bueno en cálculo, aunque empezaba a mejorar. En el colegio, quiero decir. Mi profesor decía que empezaba a pillarle el truco, al menos a las fracciones y los decimales; me temo que nunca he entendido del todo la trigonometría.

—Descuida, la trigonometría tiene la misma utilidad para un niño que una bicicleta para un pez. De modo que yo en tu lugar no me preocuparía demasiado. Pero sí es importante que redactes bien, para escribirles cartas a tus proveedores.

La cabeza de Noah bullía de ideas. Miró al suelo y se palmeó las rodillas mientras consideraba sus opciones.

—Me pregunto... —empezó—. Si volviera a casa... bueno, si volviera a casa sólo una temporada... quiero decir, hasta que tuviera un par de años más. Hasta que hubiese mejorado en cálculo, por ejemplo.

—Y en tu escritura —añadió el viejo.

—Y en mi escritura —admitió Noah—. Entonces quizá podría convertirme en un artesano tan habilidoso como usted. ¡Y algún día abriría mi propia juguetería!

—Es posible —repuso el viejo, deteniéndose en un cruce y respirando con dificultad—. Cosas más raras han pasado. En cierta ocasión, por ejemplo, vi a una oruga discutir con una ballena, y ganar la disputa. ¿Te importa si nos detenemos aquí un momento? Estoy un poco cansado.

—Claro —repuso Noah, y señaló un banco a sólo unos pasos—. ¿Nos sentamos ahí?

El anciano asintió con la cabeza y se dirigieron al banco.

—Así está mejor —dijo con un suspiro—. Hacerse viejo es algo terrible. La mera idea de que yo, el más grande corredor de la historia, sea incapaz de caminar hasta el extremo de mi propio pueblo sin tener que hacer un alto es... bueno, algo que jamás habría imaginado que pudiera sucederme.

Noah se volvió para mirarlo y titubeó, pues quería plantear adecuadamente su pregunta.

—¿Piensa que...?

—A veces, hijo mío. Cuando no puedo evitarlo.

—No —dijo Noah—. Me refiero a si piensa que podría quedarme aquí con usted.

—¿Dónde, aquí? —inquirió el hombre mirando alrededor—. ¿En un banco de un cruce? No me parece un plan muy sensato.

—Aquí no. Me refiero a la juguetería. Me instalaría con usted y así podría enseñarme. Yo podría aprenderlo todo sobre carpintería y talla de madera, y mantener la tienda abierta si le apetecieran unas vacaciones.

—No tengo planes de tomarme más vacaciones —repuso el viejo sonriendo, y le dio unas palmaditas en la mano—. Mis tiempos de viajero han quedado atrás, me temo.

—Bueno, pues podría llevar la tienda por las noches. Cuando usted duerma. Así estaría abierta las veinticuatro horas.

—Pero no creo que tuviésemos clientela para permitirnoslo —repuso el viejo frunciendo el entrecejo—. No, me parece que no, muchacho. No creo que sea una idea muy sensata.

—Entonces quizá podría ser simplemente su aprendiz. Podría enseñarme todo lo que sabe. Yo podría serle de gran ayuda y...

—Noah —lo interrumpió el anciano con voz dulce y sonriéndole—, olvidas que ya tienes un hogar.

—¿Lo tengo? —preguntó el niño.

—Por supuesto que sí.

—No estoy seguro de que vaya a seguir pareciéndome mi hogar. —Noah entornó los ojos para mirar hacia la carretera, que llevaba al segundo pueblo describiendo tortuosas curvas, y al primero, y más allá hasta el bosque y su propia casa, donde su madre yacía en la cama.

—Quizá te parezca distinto —explicó el anciano—, pero eso no significa que no debas regresar. Yo dejé solo a mi pobre padre durante mucho tiempo, y cuando volví... bueno, ya era demasiado tarde para nosotros. Quería ver mundo y sólo me interesaba mi propia satisfacción. ¿Tú quieres ver mundo?

—¡Sí! —exclamó Noah, y añadió en voz más baja—: Bueno, algún día, al menos.

—Y si lo haces, ¿no te parece que llegará un momento en que tendrás tantos remordimientos como yo?

Noah asintió. Lo cierto era que empezaba a añorar su casa y su propia cama. Y aunque aún no sabía cómo iba a acabar la historia de su madre, ella seguía allí, no se había ido a ningún sitio todavía, y había tenido razón en querer pasar con él todo el tiempo posible mientras aún pudiese. Ya era hora de que él hiciera lo mismo. No sabía de cuánto tiempo juntos disponían todavía, pero, aunque sólo fuera un par de días, podía bastarle con eso para reunir toda una vida de recuerdos.

Noah dio golpecitos en el suelo con el pie izquierdo, abrió la boca, la cerró, titubeó y por fin tomó una decisión.

—He decidido irme a casa —anunció, y se puso en pie.

—Muy sensato por tu parte.

—Pero ¿cree que...? —Noah miró esperanzado a su nuevo amigo—. ¿Cree que

podría volver en alguna ocasión? ¿De visita, nada más? ¿Y observar cómo trabaja? Podría aprender mucho de usted.

—Por supuesto. Pero tendrás que perdonarme si me paso la mayor parte del tiempo tallando viejos pedazos de madera. Por lo visto, no puedo evitarlo.

Noah sonrió y se volvió para mirar en la dirección de la que había venido. Ya había oscurecido, pero de algún modo no sentía miedo. Sabía que no sufriría ningún daño.

—¿Le gustaría que lo acompañara de vuelta a la juguetería? —preguntó—. Puedo hacerlo, si quiere.

—No, no, muchacho —contestó el anciano—. Es muy amable por tu parte, pero me quedaré aquí un rato más para disfrutar del aire nocturno. Mi amigo el burro pasa por aquí casi cada anochecer en torno a esta hora. Supongo que no tardará; podremos charlar un poco antes de que me vaya a casa.

—Muy bien, entonces —dijo Noah y le estrechó la mano—. Gracias por lo de hoy. Por el almuerzo, quiero decir. Y por haberme enseñado su juguetería.

—De nada.

—Bueno, será mejor que me vaya —añadió el niño, y se volvió en redondo.

Salió disparado calle abajo, en la oscuridad, y, corriendo deprisa, se desvaneció en la noche.

Noah Barleywater llegó a su casa ya entrada la noche, después de la puesta de sol, cuando los perros ya dormían, después de que el resto del mundo se hubiese ido a la cama.

Corrió por el sendero de entrada, sin oír otra cosa que el chirriar de los grillos y el ulular de los búhos, y alzó la vista hacia la única luz encendida, en la habitación del piso de arriba, donde dormían sus padres. Se detuvo unos instantes y contempló la ventana, tragando saliva, nervioso, y se preguntó hasta qué punto se vería en problemas por haberse escapado, aunque en realidad no importaba; lo único importante era que no hubiese llegado demasiado tarde. Temiendo entrar en la casa por si había ocurrido lo peor, podría haberse pasado horas allí parado, en la fría noche, pero la puerta de entrada se abrió y apareció su padre, que descubrió a su hijo solo en la oscuridad.

—Noah —lo llamó.

El niño se mordió el labio, sin saber qué decir.

—Lo siento —susurró por fin—. No sabía qué hacer. Tenía miedo. Por eso me escapé.

—Estaba preocupado por ti —repuso el padre, y no pareció enfadado, sino más bien aliviado—. Iba a salir en tu busca, pero de algún modo sabía que estabas a salvo.

—No llego demasiado tarde, ¿verdad? —La respuesta a esa pregunta era lo que más temía—. ¿Todavía estoy a tiempo de...?

—No llegas tarde —contestó su padre con una leve sonrisa—. Mamá aún está con nosotros.

Noah suspiró aliviado y entró en la casa, pero, al hacerlo, su padre le apoyó las manos en los hombros y lo miró a los ojos.

—Noah, ya no falta mucho. Lo comprendes, ¿verdad? Ya no le queda mucho tiempo.

—Lo sé —repuso el niño, asintiendo con la cabeza.

—Entonces, subamos —dijo el padre, y le rodeó los hombros con el brazo—. Querrá vernos. No tardará el momento en que deba despedirse.

Subieron juntos, y Noah se detuvo en el umbral de la habitación, mirando a su madre.

—Ya estás aquí —dijo ella, volviéndose con una sonrisa—. Sabía que regresarías a casa para estar conmigo.

25. La última marioneta

El anciano permaneció en el banco un rato más, pensando en lo ocurrido aquel día, y sólo se sintió listo para volver a la juguetería cuando pasaron por allí sus amigos, el perro salchicha y el burro.

—¿El chico se ha ido a casa? —preguntó el chuchito mirando alrededor—. Me pareció que acabaría haciéndolo.

—Sí —respondió el hombre, y saludó con un ademán al reloj de cuco, que se cernía ahora en lo alto para hacerle saber que había transcurrido una hora más.

—Nunca me he fiado de la gente que vive al otro lado del bosque —comentó el burro—. Me parecen bastante desagradables. He ido por allí unas cuantas veces, sólo para ver cómo era, y he advertido que hacen cosas muy raras. ¿Sabéis que una vez vi a una joven que paseaba con un labrador sujeto con una correa, como si fuera su dueña o algo así?

—Sí, tienen costumbres curiosas —admitió el viejo—, pero no todos son malos. Recordad que yo mismo viví allí antes. Mi padre y yo teníamos una casita, y desde la ventana de mi habitación veía extenderse el bosque ante mis ojos. No fueron malos tiempos, en realidad.

—Sí, pero luego vinisteis a vivir a nuestro pueblo —dijo el salchicha—. Fuisteis sensatos.

—Fue decisión más de mi padre que mía. Aunque me alegro de que nos trajera aquí.

—¡Ji, jaaa! ¡Ji, jaaa! —exclamó el burro al oír eso.

—Oh, no —contestó el viejo—. No, en eso no estoy de acuerdo contigo. Las cosas habrían sido distintas, desde luego. Pero yo no habría deseado vivir en cualquier otro sitio. Me ha venido bien esta vida en la juguetería. He sido feliz aquí. —Titubeó al llegar ante la puerta. Alzó la vista hacia el maltrecho edificio levantado con tanto amor por su padre, y sintió que los antiguos remordimientos volvían para atormentarlo.

—¿Crees que regresará algún día? —preguntó el salchicha, volviéndose un instante cuando ya se alejaba trotando—. Me refiero al niño. Al menos de visita...

—Es posible —contestó el viejo con una sonrisa—. Si ha llegado una vez hasta aquí, ¿quién dice que no volverá a encontrar el camino? Buenas noches, amigos míos. Nos veremos mañana.

Para entonces ya era casi medianoche y se sentía cansado tras aquel día agotador; nunca había disfrutado de compañía tantas horas en un solo día, y eso lo había dejado extenuado. Aun así, nunca pasaba una noche sin tallar un poco antes de acostarse, de modo que arrancó una rama del árbol de su padre —se desprendió con facilidad entre sus manos, como siempre sucedía— y cerró la puerta antes de bajar por las escaleras hasta el taller. Tras sentarse, empuñó un formón y un martillo en las envejecidas manos y empezó a trabajar, desprendiendo la corteza y alisando la madera para tallar su última figura.

La madera no tardó en adoptar la forma de la marioneta de un niño, pero siempre ocurría eso al principio. Era sólo después, cuando estaba a punto de acabarla, que se transformaba en algo distinto.

El viejo siguió trabajando.

Vaya marioneta insensata había sido, pensó al recordar escenas de su vida mientras tallaba la madera. Había preferido existir como un niño, y luego como un hombre, a las maravillosas aventuras que podría haber corrido durante toda la eternidad; a los palacios que podría haber visitado, los amigos que podría haber hecho. ¿Por qué había creído que estaría mejor siendo de carne y hueso? Era casi inconcebible para él. Se sintió embargado por una enorme tristeza, y trató de sofocar aquellas emociones mientras proseguía con su tarea.

«¡Qué extraño! —se dijo cuando estaba a punto de terminar—. Me resulta muy familiar. Pero cambiará en cualquier momento, sin duda».

Dejó el formón y las gubias y sostuvo la marioneta a la altura de sus ojos. Un niño pequeño, de piernas rectas y estilizadas, articuladas en las rodillas, de cuerpo liso y cilíndrico y un par de brazos flacos, con unas sencillas manos en sus extremos. Una cara alegre, impaciente. Una nariz problemática. Y, ahora, una sonrisa radiante. Por fin lo había conseguido.

—Pinocho —dijo.

26. Diez años después

La carta llegó la mañana en que Noah cumplía dieciocho años. Estaba tumbado en la cama, recordando que de niño siempre se levantaba muy pronto ese día y corría al piso de abajo para ver qué regalos lo esperaban, pero ese año decidió no hacerlo. Después de todo, ya era un hombre y resultaría un poco ridículo precipitarse escaleras abajo de aquella manera. Sonrió al acordarse de que su madre solía prepararle un desayuno especial de cumpleaños, pero ése era uno de aquellos recuerdos que ya no lo entristecían. Si algo hacía, era sonreír aún más ante aquellos recuerdos felices de sus primeros ocho años de vida que habían contribuido a convertirlo en la persona que era ahora.

En realidad era muy afortunado. Hay gente que no tiene ni un solo recuerdo feliz; él tenía ocho años con su madre y dieciocho con su padre. No estaba mal, visto en perspectiva.

Se levantó de la cama y se dirigió al escritorio que había en el otro extremo de la habitación. «Caramba —se dijo al ver el formón encima del mueble, pues estaba seguro de haberlo dejado en su taller del sótano la noche anterior—. ¿Lo habrá traído papá aquí arriba durante la noche?»

Llamaron a la puerta y un instante después entró su padre para desearle feliz cumpleaños. Había regalos de la tía Joan, el primo Mark, el tío Teddy, y un sobre bastante curioso.

—¿De quién es? —quiso saber Noah, sosteniéndolo como si fuera una bomba de relojería a punto de explotar.

—No lo sé —contestó su padre—. Ha llegado a primera hora por correo exprés. Tendrás que abrirlo para averiguarlo.

Noah lo hizo y extrajo un documento, al que le echó un vistazo antes de abrir más los ojos y releerlo con atención desde el principio.

—¿Qué es? —preguntó su padre.

Noah se limitó a mover la cabeza y tendérselo.

—Será mejor que lo leas.

Al día siguiente, Noah Barleywater recogió las llaves de la Juguetería de Pinocho y emprendió el camino hacia el pueblo. Su padre se había ofrecido a acompañarlo, pero él dijo que no, ese día no; quería ir solo. Habían transcurrido diez largos años desde la última vez que había estado allí, y lo asombró recordar aquel lejano día en

que había llegado al pueblo y conocido al maestro artesano, así como todas las cosas extrañas que habían ocurrido allí. Había prometido volver a visitar al anciano alguna vez, pero de algún modo, una vez estuvo en casa, el recuerdo de aquel día había ido desvaneciéndose en su mente hasta casi desaparecer. De hecho, durante todos aquellos años prácticamente no había vuelto a pensar en él, ni siquiera cuando le dijo a su padre que quería familiarizarse con la carpintería y la talla de madera, y había organizado una zona en el sótano donde aprendió los rudimentos del alisado y el cepillado, el labrado y el cincelado, la pintura y el diseño: todo lo necesario para fabricar sus propios juguetes. Había llegado a hacerlo muy bien, además, y los vendía en los festivales de primavera y en los distintos mercadillos de los alrededores.

En realidad, no fue hasta la mañana de su dieciocho cumpleaños, con la llegada de la carta en que se le comunicaba que iba a heredar aquel sitio y todo lo que contenía, cuando aquellos recuerdos revivieron de golpe. Sin embargo, la herencia tenía una condición: que reabriera la tienda y continuara con el negocio de juguetes y marionetas de madera. Ni plástico ni metal; sólo madera.

—Bueno, eso puedo hacerlo —comentó, encantado con aquel regalo inesperado, pues trabajar como fabricante de juguetes había sido su intención desde pequeño, y ahora contaba con el sitio perfecto para empezar.

La juguetería estaba cerrada cuando llegó, y al abrir la puerta con la llave, despacio, reparó en que debería ponerle aceite para que no chirriara. Cuando alzó la vista, la campanilla exhaló un profundo suspiro y profirió un tintineo aparatoso. Noah sonrió, pensando que iban a tener que hablar un poco sobre su actitud. No le sorprendió descubrir que el suelo y los mostradores tenían una gruesa capa de polvo.

«Bueno, nada que una limpieza a fondo no pueda arreglar», pensó, y se dispuso a bajar los juguetes y marionetas de las estanterías para guardarlos bien ordenados en la trastienda, iniciando así el proceso de devolverle a la juguetería sus días de gloria y empezando su nueva vida como maestro fabricante de juguetes.

Pasó allí el resto de sus días, por supuesto, feliz y contento, trabajando con madera, formón y cepillo. Una vida llena de alegría, como deberían ser todas las vidas. Y, a diferencia de su predecesor, jamás hizo un juguete que no se vendiera, pues la Juguetería de Pinocho —conservó el nombre— no tardó en convertirse en uno de los negocios de mayor éxito en ochenta kilómetros a la redonda. De hecho, las únicas marionetas que nunca bajaron de las estanterías con el paso de los años fueron las integrantes de aquel curioso grupo de personajes que el padre del anciano, Gepeto, había tallado, y que le presentó aquel lejano día en que se conocieron: la señora Shields, el señor Wickle, el príncipe, el señor Quaker, el doctor Wings... Nadie las molestó nunca. Ningún cliente las tocó en los estantes. Ningún visitante las miró siquiera. Era como si no existieran. Pero Noah las conservó allí como recuerdo, porque pertenecían a un día que no quería volver a olvidar nunca más.

De hecho, todo lo que el anciano había reunido seguía presente en la juguetería la mañana en que llegó Noah, y cuidó y mimó cada pieza como si fuese de oro. Con excepción de una. Una en la que Noah no había reparado la primera vez que estuvo allí. Una solitaria marioneta de madera que había permanecido sobre el mostrador cubriéndose de polvo durante los diez largos años transcurridos hasta que Noah recibió la herencia. Una marioneta de un niño de piernas rectas y estilizadas, articuladas en las rodillas, con un cuerpo liso y cilíndrico.

Estaba allí sentado cuando Noah entró en la juguetería. Éste dejó la puerta abierta mientras examinaba su nuevo hogar, permitiendo que cualquiera pudiese entrar, o escaparse.

Y cuando se volvió otra vez...

Como por arte de magia...

La marioneta de Pinocho...

Había desaparecido.

Agradecimientos

Muchas gracias a David Fickling, Bella Pearson, Simon Trewin, Jane Willis, y a los equipos de Random House Children's Books y United Agents por todos sus consejos y el apoyo que me ofrecieron.

Y a Con, por su amor y su apoyo constantes.



JOHN BOYNE nació en Dublín, Irlanda, en 1971. Se formó en el Trinity College y en la Universidad de East Anglia, en Norwich. De sus seis novelas publicadas anteriormente destaca *El niño con el pijama de rayas*, que se ha traducido a más de cuarenta idiomas y de la que se han vendido más de cuatro millones de ejemplares. Ganadora de dos Irish Book Awards y finalista del British Book Award, ha sido llevada al cine. En España fue galardonada con el *Premio de los Lectores 2007* de la revista *Qué Leer* y ha permanecido más de un año en todas las listas de libros más vendidos. Boyne es asimismo el aclamado autor de *Motín en la Bounty*, *La casa del propósito especial*, *La apuesta* y *El ladrón de tiempo*, publicadas también con el sello de Salamandra. John Boyne vive en su ciudad natal.

<http://epubgratis.me/taxonomy/term/55>